

LO
SUFICIENTEMENTE LOCO
UNA BIOGRAFÍA DE MARCELO BIELSA

Ariel E. Sienosiain.

Ariel E. Sienosiain.

LO
SUFICIENTEMENTE LOCO

© CORREGIDOR

Senosiain, Ariel

Lo suficientemente loco : una biografía de Marcelo Bielsa .
- 2a ed. lareimp. - Buenos Aires : Corregidor, 2009.
176 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-950-05-1785-0

1. Marcelo Bielsa.Biografía. I. Título CDD 927

Diseño de tapa: Ezequiel Cafaro

Fotografía de tapa: Gentileza Photogamma

Impreso en papel
provisto por San Juan Papeles S.A.

Todos los derechos reservados

© Ediciones Corregidor, 2009

Rodríguez Peña 452 (C1020ADJ) Bs. As.

Web site: www.corregidor.com

e-mail: corregidor@corregidor.com

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN 978-950-05-1785-0

Impreso en Buenos Aires – Argentina

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente en ninguna forma ni por ningún medio o procedimiento, sea reprográfico, fotocopia, microfilmación, mimeógrafo o cualquier otro sistema mecánico, fotoquímico, electrónico, informático, magnético, electroóptico, etc. Cualquier reproducción sin el permiso previo por escrito de la editorial viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Ese tipo es parco, férreo, neutro, bravo, solo. Con un par de palabras se refiere a lo esencial, pero sabe que necesita de todas para hacerlo real.

Le consta la extraordinaria dedicación que requiere transformar en destino la porción de libertad que le ha tocado en suerte. Jamás se entusiasma con los amores fáciles porque sólo puede descansar a sus anchas luego de las victorias difíciles. Con un puñado de certezas que se licúan bajo el sol de su análisis, deber hacer frente a una profesión donde reina la lógica de lo nunca visto antes. Ese tipo sabe que un segundo antes y un segundo después siempre estará separado, porque es propio del género humano no poder morir de a dos. Este libro, *Lo suficientemente loco*, habla de ese tipo, Marcelo Bielsa, DT del seleccionado nacional. Lo hace con cautela, que es Igilo de los buenos observadores; con rigor, la exactitud de los Isciplinados; con sensibilidad, que es la versión pudorosa de la emoción; con curiosidad, el interés de los discretos; y con belleza, que siempre se agradece. Con palabras justas, entra sin invadir, y proclama sin vulnerar, labia de ese tipo minucioso con minuciosidad, de ese tipo veraz con verdad, de ese tipo complejo con sencillez. Ese tipo es parco, férreo, neutro, bravo, -solo. También es locuaz, distendido, comprometido, dubitativo, colectivo. *Lo suficientemente loco* lo advierte, y lo relata con el aliento de las grandes biografías, uno de los pocos géneros que consiente la trama de la novela, porque la vida supera al arte, y la disparidad de la historia, porque la palabra es derrotada por la ilusión.

RAFAELA. BIELSA

PRÓLOGO

"Lo suficientemente loco", el original, es un cuento de Bukowski. Chinaski, el protagonista, vendía sus obras a los directores de cine, pero detestaba el negocio. Traumado por su infancia, Bukowski escribió que "es el intento de escapar del sufrimiento lo que crea grandes escritores".

El cuento se desarrolla dentro de la prosa ambigua del autor. Ambigua porque es ordinaria y no deja de ser genial. Porque habla de la gente común y termina describiendo a los que viven en el lujo.

Tan multifacética como es la vida de otro personaje "lo suficientemente loco", mucho más terrenal por cierto. Y palpable. Marcelo Bielsa le escapa al negocio como Chinaski y también arrastra las consecuencias de su formación. Nacemos apenas humanos, pero por algo hay gente que estudia la herencia genética.

Este libro trata sobre un hombre que al enterarse de la realización de su biografía, prefirió no intervenir durante el desarrollo, excusándose en no querer hacer diferencias entre todos los periodistas que se le acercan, uno tras otro, desde que firmó como técnico del Seleccionado argentino de fútbol.

En los genes se explica su apodo. A todos los hombres de su familia los llaman "loco". Su hermano reconoce que "en este país llamamos así al que no transita el mismo camino que los

demás". Se es loco en la ocupación de cada uno, y el fútbol es la manera que Marcelo tiene de transcurrir la vida.

Uno de los personajes de "Los siete locos", la obra de Roberto Arlt, le dice a otro: "Lo que llamamos locura es la descostumbre del pensamiento de los otros. Naturalmente, como nosotros debe haber pocos... Lo esencial es que de nuestros actos recojamos vitalidad y energía. Allí está la salvación".

Muchos se arrancarán los pelos al enterarse de la edición de un libro sobre un técnico, antes condenado a ser una figura decorativa. Por el sello que imponen, por la cada vez mayor cantidad de tareas que le corresponden, volvió la época de "los equipos de", como en la década del '60, cuando convivían el Racing de José, el Estudiantes de Zubeldía, el Boca de Lorenzo y años después, el River de Labruna.

Pero una de las ideas es no recaer demasiado en el fútbol. Porque Marcelo no sólo "no transita el camino" de sus colegas, sino tampoco el de sus compatriotas. Se manifiesta en cada acto basado en la moral y contra el exhibicionismo, lo que algunos quisieron imponer como forma de vida. Lejos está de parecer argentino, justo en una época donde nuestros defectos están muy expuestos.

Es una recolección de sus hechos y sus frases a lo largo de su vida y su carrera. Lo de ayer es lo de hoy, porque el hombre (y el mensaje) sigue siendo el mismo. El Bielsa del pasado, el jugador frustrado, piensa y siente como el actual, el técnico que llegó a Chile, motivado y con uno de los desafíos más importantes de su carrera por delante.

DESTINO

... "NO HEMOS HECHO NADA DE NADA"

En 1981 concluía para muchos argentinos la desventura del exilio obligado. El régimen que los había despedido comenzaba a caer en desgracia. Rafael Bielsa, abogado rosarino y militante del justicialismo, volvía entonces desde España, que había cobijado a tantos de aquellos. Después de haber pasado el año 1977 secuestrado y haber entendido que transitoriamente no tenía lugar en su país, podía ahora reencontrarse con sus afectos. Su hermano Marcelo, dos años menor y a quien constantemente se le presentaban inquietudes, fue a recibirlo al aeropuerto de Ezeiza. En pleno viaje posterior a Rosario en ómnibus, giró para decirle "estamos cerca de los 30 años y no hemos hecho nada de nada".

Rafael, ex ministro de Relaciones Exteriores de la Nación, no sólo coincidió en ese momento, sino que hoy lo recuerda significativo: "Yo tenía 27, él 25 y en verdad no habíamos hecho nada trascendente. Yo podría haber muerto cuando me secuestraron y él, que había dejado muy temprano la carrera de futbolista, podría haber seguido con sus quioscos de diarios y sus pensiones. El destino es muy esquivo, hace esas cosas. Te enfrenta con situaciones de anonimato y de extremo peligro para ver si tenes la capacidad para trascender".

El destino, importante punto de partida para conocer al director técnico del seleccionado argentino de fútbol. Por lo que opina de él, por cómo se preparó para enfrentarlo y por cómo lo enfrentó.

Puede manifestarse de diversas maneras el destino en la vida del hombre. Según Sábato, no siempre en abstracto. Sí en la carrera de Bielsa: de su frustración por no haber desarrollado en Primera División sus sueños de jugador, pasó a ser el técnico campeón más joven del fútbol argentino.

La abogacía figuraba en el legado impuesto por abuelo, padre y hermano mayor. El abuelo, Rafael, fue uno de los propulsores del Derecho Administrativo argentino, tuvo importante cargo en el Colegio de Abogados de Rosario y creó numerosas obras jurídicas que siguen teniendo actualidad en la facultad. Incluso le fue ofrecida la presidencia de la Corte Suprema de la Nación.

Pero Marcelo se propuso torcer lo genéticamente trazado, lo predestinado, porque guardaba otra vocación: el fútbol.

Como todo solitario, gasta mucho tiempo simplemente en pensar, en procesar la realidad. Puede llegar a anotar un concepto cuando lo elabora, pero ese concepto le sirve para desarrollar uno nuevo. Tiene un permanente deseo de incrementar su conocimiento, al cual llega buscándole a todo una causa e imaginando distintas consecuencias. Descreyendo de lo que sale bien desde su concepción. Su pregunta más típica es "¿qué te parece?", aunque como dice su gran amigo Carlos Altieri, "siempre termina haciendo lo que él quiere".

Pregunta porque todo debe tener su razón de ser. No discrimina la fuente de información, cree que en cualquier lugar puede encontrarla. Tiene firmes convicciones, aunque en lugar de explicarlas se esconde y se cierra.

Definido alguna vez como arquitecto de lo eventual, y aunque nunca intuyó quedar eliminado de la Copa del Mundo de

Corea-Japón tan rápido, es propenso a pensar siempre lo peor. De ese modo sus preparativos son más fuertes que los que la realidad luego le depara. Y asimismo, por ser así en la vida como en el fútbol, imaginando un partido, intenta vanamente que el azar dibuje sus chances.

Dice que "los equipos totalmente mecanizados no sirven, ya que los sacas del libreto y se pierden", aunque en el Mundial el equipo pagó por su falta de espontaneidad. Pero está claro que menos le gustan "los que viven sólo de la inspiración de sus solistas. Porque cuando Dios no los enciende, quedan a merced del rival".

Da por cierto que la inspiración es un acto dependiente de la acción divina y la echa de menos en el fútbol. "Jamás podría reprocharles a mis jugadores la falta de talento. En lo que sí soy inflexible es en la entrega, porque depende sólo de la voluntad de ellos, de que sólo lo quieran, no de que Dios los ilumine".

Una cita futbolística del libro de su hermano, "La vida en rojo y negro", explica la previsión de todas las posibilidades: "Habrá un tiro libre en el vértice del área rival; alguien lanzará un centro, ciertos jugadores irán al destino natural de la pelota, otros al error del rival y un tercero al error del compañero, porque un shot equivocado no quiere decir que no pueda terminar en gol".

Intenta Bielsa incorporarle un gran aporte de mecanización al fútbol, tan dinámico e impensado. Pero por más que trabaje sobre ello, nunca logrará que sus dirigidos tengan una respuesta para cada alternativa del juego. No es casual que un técnico que tiene en cuenta todo detalle como lo es Bielsa, haya reconocido que a su equipo le faltó frescura en el Mundial.

De esa forma de trabajar proviene el éxito de sus equipos y también sus detractores, que no le cuestionan su forma de ser o actuar, sino sus modos de entender el fútbol.

Ángel Cappa, un técnico alistado detrás de la línea de César Menotti en cuanto a crear el ámbito ideal para que los futbolistas justamente se iluminen, lo define claramente: "Con Bielsa no comparto el criterio ni el punto de partida. Arranca de un esquema y después a ese esquema le pone los hombres. Trata en un papel de hacer el fútbol previsible para que no se le escape ningún detalle táctico. No digo que esté bien ni mal, no me gusta. Yo parto de los jugadores. No quiero soldaditos obedientes del sistema. Saber de fútbol es saber de futbolistas y no de táctica". Marcelo disiente con este tipo de apreciaciones, sobre todo porque dice partir de las ideas y no de un esquema.

Su previsión, en el fútbol y en la vida, no tiene que ver con un derrotista. Lo atestigua la exigencia a los directivos del Espanyol de Barcelona en 1998, de incluir una cláusula que atendiera una eventual rescisión de contrato, si recibía una oferta de la Selección argentina.

Al ex futbolista Fernando Pandolfi le pidieron que contara una orden ridícula que recibió de un técnico y recordó una anécdota de cuando Marcelo dirigía en Vélez: "Teníamos que jugar contra Racing y Bielsa nos hacía hincapié sólo en Michelini. En lo importante que era en el mediocampo, que sorprendía cuando se adelantaba. A nosotros nos parecía por lo menos raro, Racing tenía muy buenos jugadores en ese momento: Capria, Delgado, el Piojo López. Al final, por seguir a Michelini, un luchador, le terminé sacando un gol en la línea".

Bielsa quiere que sus ayudantes le traigan soluciones y no les tolera una excusa ni el "pero" justificador, como aquella teoría de Proust: los "aunques" son casi siempre "porqués" desconocidos.

Las guías de Bielsa son la disciplina y fundamentalmente, la planificación. No es cuestión de esperar lo que viene. Todo debe estar antes programado. Suele escuchársele en una referencia a su trabajo como técnico, "la tarea que a mí me tocó realizar".

Pero bien sabe que a nadie "le toca" nada si no procura por ello. Bielsa se prepara para lo que le puede pasar y entonces nunca encontrará en la suerte un motivo. Enfrenta al destino, así como otras veces jugaba con él: de joven, con su hermano creían que algunos hombres cargan con su sentencia. "Decíamos que hay apellidos que algunos jugadores llevan y que irremediamente los harán triunfar, sobre todo si coincide con los puestos donde juegan. Es muy difícil que un jugador que se llama Cáceres y juega de 9, no vaya a ser por lo menos bueno".

Es curioso el tratamiento de los apellidos en una nación donde el tango fue tango una vez que llegó a París. En Rosario, ser Bielsa significa ser bien. De ninguna manera estaba predestinado que el hijo de una familia aristocrática se codeara, con el tiempo, con el ambiente popular del fútbol.

Aunque luego deberá revalidarlo, cada uno parece nacer con un designio según el apellido que porta. "Yo mismo soy capaz de hacer un buen pase. Pero realizarlo en un partido intenso, con la marca encima y nada de tiempo para cerebrar, es para elegidos. Por eso sólo Bochini es Bochini", dijo.

La suerte la reserva para librarse de análisis personales. Cuando asumió en la Selección argentina, opinó que su designación "tiene muchísimo de casual, quiere decir que ostento un cargo para el cual no he hecho demasiado. Siempre estará el riesgo de que mi respuesta pueda ser interpretada como un signo de falsa modestia o humildad intencionada, pero sinceramente las cosas en el fútbol, a diferencia de otras actividades profesionales donde hay una secuencia más previsible, encierran mucho de casual. Y la suerte a mí me ayudó".

Los pibes que dirigió en las inferiores de Newell's, fueron los mismos con los que luego salió campeón dos veces en Primera. Aunque Vélez lo había tentado en 1992, llegó recién seis años después a un club ya ordenado, para sumar su tercer título. Gabriel Batistuta, parte de la carnada de juveniles que ascendía

siendo dirigida por Bielsa, rechazó su propuesta de reunirse nuevamente ya como profesionales; tuvieron tiempo de volver a unirse en el representativo nacional. Ubaldo Fillol había posibilitado que Newell's obtuviera el Apertura '90, con una gran actuación jugando para Vélez contra River; una década después, ingresó en la AFA como entrenador de arqueros: allí estaba Marcelo para agradecerle con posterioridad. Ángel Coerezza fue el arbitro de su primer partido como jugador en Primera; volverían a coincidir uno como técnico y el otro como encargado del predio de Ezeiza donde concentra la Selección argentina. Las ofertas que había rechazado del fútbol chileno a principios de la década pasada se repitieron en el 2007, ya no de Universidad Católica sino del equipo nacional.

El tiempo le fue dando a la carrera de Marcelo Bielsa forma de un viaje cíclico. Desconfiado del ritmo natural de la vida, respetuoso de su vocación, y sobre todo siendo un ser que niega que el destino esté echado; su primer gran objetivo, el de trascender, el de "hacer algo", quedó bien atrás.

FÚTBOL

... "PRETENDO QUE LOS JUGADORES SE ARGENTINICEN PARA GAMBETEAR Y SE EUROPEÍCEN PARA DESMARCARSE"

Se sabe: Marcelo Bielsa se mueve casi exclusivamente en el terreno del fútbol. "La condición de hombre público no me autoriza a opinar sobre cualquier tema", suele eximirse cuando lo alejan de su tema preferido. Hace culto del perfil bajo. En sus catorce años de técnico de profesionales, no ha variado su catálogo de conceptos sobre el juego. Cuando llegó al Espanyol de Barcelona, en 1998, declaró que "el reto es dar al Espanyol un perfil. Que se le vea jugar y se reconozca la forma de juego del Espanyol". No le interesa cómo venía jugando el equipo en el que asume, siempre quiere imponer lo suyo. No se adapta a lo que tiene; adapta lo que tiene a sus ideas. Es un obsesivo del ataque, de la presión constante y de inventar opciones para desarrollar un partido. Desde un par de resultados negativos en Newell's, sus equipos se movieron siempre 3-3-1-3. Aunque su definición es más clara: "El esquema que yo armo es con un par de wines bien abiertos, un cen-trodelantero, un volante de creación, un "5" tradicional y una defensa con un solo jugador más que la delantera rival".

Si son tres los atacantes adversarios, serán cuatro los defensores propios. En ese caso Bielsa restará un mediocampista externo, un puesto que igualmente prefiere ocupar, porque cree que en las puntas se decide el juego. El volante central suele tener mucho espacio a sus costados para cubrir, un riesgo que Bielsa acepta en su idea de fútbol ofensivo. Lucha por un equipo compensado, pero pretende que su equipo ataque con por lo menos seis hombres.

La mejor forma de conocer ese catálogo es repasar los comentarios que hizo a lo largo de su carrera, desde lo que siente por este deporte hasta las definiciones técnicas:

"¿Usted sabe que yo me "muero" después de cada derrota? La semana siguiente es un infierno. No puedo jugar con mi hija, no puedo ir a comer con mis amigos. Es como si no mereciera esas alegrías cotidianas. No me siento merecedor de felicidad por siete días". (Diciembre de 1990)

"Yo sé que el fútbol tiene un altísimo componente de azar. Pero no se puede ejercer esta tarea que a mí me tocó realizar admitiendo que un porcentaje muy alto se lo lleva la suerte y nos termina favoreciendo o perjudicando. Una cosa es que yo diga que no se puede trabajar de entrenador admitiendo que la suerte decide un porcentaje altísimo, porque entonces 'qué hago, si total la suerte lo va a resolver', pero no se puede ignorar que el juego tiene condicionantes que van más allá de lo establecido y de las facultades que cada equipo tiene. Celebro que el fútbol esté en ese rumbo, porque quiere decir que no está en nuestras manos, que puedo asegurar que sería peor. Es mejor que esté en manos de los futbolistas y de Dios".

"No veo como una contradicción tener algunos aspectos de Bilardo y de Menotti. Lo que pasa es que en la Argentina, jamás los técnicos obsesivos se preocuparon por jugar ofensivamente. Y yo soy un obsesivo del ataque. Yo miro videos para atacar, no para defender. ¿Saben cuál es mi trabajo defensivo? "Corremos

todos" El trabajo de recuperación tiene 5 o 6 pautas y chau, se llega al límite. El fútbol ofensivo es infinito, interminable. Por eso es más fácil defender que crear. Correr es una decisión de la voluntad, crear necesita del indispensable requisito del talento". -Entrenar es lograr que cada persona sea capaz de poner en el juego todas las facultades a las que fue habilitado por la naturaleza. Si la potencialidad de Berizzo es 10 y le brinda al esfuerzo conjunto 7, estoy fracasando yo, porque no obtengo lo máximo de él en mi función de entrenador".

"Soy un enamorado de la creación, pero nunca ignoraría los aspectos del fútbol que tienen que ver con la voluntad. Correr es un acto voluntario, no de inspiración. La diferencia es que correr pueden hacerlo todos y crear, unos pocos. A mis jugadores les digo que jamás podría reprocharles la falta de talento. En lo que sí soy inflexible es en la entrega, porque depende sólo de ellos, de que ellos lo quieran, no de que Dios los ilumine".

"Pretendo que los jugadores, en ataque, se europeicen para desmarcarse y se argentinicen para gambetear"

"Existe un estilo argentino de jugar. Es el público quien impulsa esta creación. Cuando la pelota pasa de la defensa al ataque por abajo, a ras del piso, el público se siente cómodo. Cuando pasa por arriba constantemente se incomoda. Cuando yo dirigía a Vélez y Newell's, si la pelota no iba ras del suelo, sentía el murmullo de las tribunas. De todos modos hay algo universal' cuando un equipo gana, se bendice hasta lo malo; y cuando pierde, se maldice hasta lo bueno.

"Mi única forma de interpretar el juego es que la pelota vaya por abajo".

"El Ajax realizaba, en promedio por partido, 37 pases hacia atrás. El aficionado los rechaza, por ansioso, pero indudablemente esa jugada es el comienzo del nuevo intento".

"Soy incapaz, como cualquier otro entrenador, de ordenarle a un jugador que desequilibre a través del talento. Que un fut.

bolista gambetee a cinco rivales en fila no depende de mí, pero sí puedo hacer que el equipo rote y se desmarque para que si posee buena pegada para hacer pases gol, encuentre al mismo tiempo varias opciones de cesión. Mi función es reunir la posibilidad creativa individual con la capacidad de mecanización y movimiento. Los equipos totalmente mecanizados no sirven, ya que los sacan del libreto y se pierden, pero tampoco me gustan los que viven sólo de la inspiración de sus solistas. Cuando Dios no los enciende, quedan a merced del rival".

"El fútbol descansa sobre 4 premisas fundamentales: defensa, ataque, cómo pasar de defensa a ataque y cómo pasar de ataque a defensa".

"Yo apuesto por lo compensado. Ambos momentos, ataque y defensa, son igual de trascendentes, aunque sea más bello el primero que el segundo".

"Nunca me planteo la posibilidad de salir a atacar con la iniciativa o aprovechando el contragolpe. Para mí siempre hay que protagonizarlo. Si se puede protagonizarlo, para qué cederlo. Nunca preparo al equipo para la espera".

"Un gran equipo es el que no se condiciona por el rival". "La Selección argentina ataca siempre con seis jugadores, porque si por algo vale la pena descompensar un equipo es para atacar. Valora los tres espacios del campo para atacar, que son los dos costados y el centro, algo que es muy poco reconocido. Y después de perdida la pelota, agrega los jugadores suficientes como para recuperarla rápidamente. Son las tres cosas que utilizo para distribuir los jugadores en el campo".

"Lo fundamental es ocupar bien la cancha, tener un conjunto "corto", que tenga a su defensa y su delantera separadas por no más de 25 metros, y que no tengamos gente en la defensa ocupada en la marca de alguien inexistente".

"Elijo ocupar los costados porque allí surgen la mayor cantidad de situaciones de peligro. Lo contrario significa centralizar

el juego. Cualquier estudio que se realice sobre cómo se convierten los goles en cualquier torneo, revela que el 50% tiene su origen en el juego por los costados. Si uno quiere un equipo protagonista, debe poner mínimamente dos jugadores por cada sector". "El objetivo fundamental de que la pelota vaya por las puntas es que haya desborde o centro intencionado. El primero permite que haya pase hacia atrás, lo cual es complicadísima para el rival. Y el segundo es cuando no hay desborde pero la pelota puede llegar al área hacia alguien que marca la jugada".

"Está totalmente descartado que un equipo pierda o gane por el dibujo táctico. ¿Cómo puede ser tan importante el sistema si han ganado sistemas tan antagónicos? Se habla tanto del sistema porque no hace falta saber de fútbol. Cualquier persona mira cómo están dispuestos los jugadores en el campo. Antes, la sabiduría de un técnico indicaba poder mantener la formación, que se pudiera recitar el equipo titular de memoria. Hoy, se atribuye la sabiduría al que cambia más. No es así".

"Siempre quise sintetizar la habilidad argentina con la disciplina y la mecanización europeas".

"En nuestro país se desarrolló muy pocas veces el espíritu del juego colectivo. Aparecía un Bernao, un Houseman, y no solucionaban todos los problemas. Pero con el tiempo fuimos cambiando".

"Noté de los jugadores chilenos una gran disposición a arriesgar la pelota. Asumen acciones técnicas exigentes, de cierto atrevimiento, con naturalidad".

"No hay nada mejor que un jugador de fútbol para resolver un partido, pero hoy los entrenadores y los equipos han decidido que el proceso creativo sea secundario, y esto es negativo para el fútbol. Si el fútbol destructivo creció y la jerarquía de los jugadores por sí sola no alcanza para detener esto que es tan dañino, habrá que ver si no se necesita del desarrollo de algunas

ideas colectivas de ataque que auxilien la capacidad creativa individual. Si pudiéramos darle la pelota a Maradona y que él resuelva, todos estaríamos felices, pero no hay más Maradonas y seguimos pensando que el fútbol es según las capacidades que él tenía". "Estoy convencido de que estamos en la base del desarrollo. Aseguro que en cinco años llegaremos a un nivel espectacular. Algunos ven en la desaparición de los genios una desgracia, yo prefiero vivirlo como una oportunidad. Fíjese si no. Para los europeos, el toque, la pared, la triangulación, las infinitas combinaciones que se pueden armar para progresar en el terreno son cosa de siempre, porque nunca les fue fácil encontrar Bochinis, Alonsos o Maradonas. Nosotros, que tuvimos la suerte de tenerlos, descansamos a veces exageradamente en sus talentos". (Abril de 1991)

"Michael Owen sintetiza el jugador que va a aparecer: con cambio de ritmo, sorpresivo, no lleno de fantasías como Maradona o el propio Ortega. Costará volver a ver jugadores así". (Después del Mundial '98)

"Cada vez hay menos jugadores que juegan bien y a esos cada vez les cuesta más poder demostrar sus posibilidades. Por eso el juego es cada vez menos próspero. Y no es un fenómeno de la Liga española: pasó en la Eurocopa de Inglaterra, en el Mundial de Francia y pasa en todas partes. La cancha mide siempre lo mismo, la pelota es igual, pero el lugar donde se disputa el balón está cada vez más poblado". (Agosto de 1999)

"Ningún equipo juega regularmente bien en el mundo. La causa principal es que si ganara el que desarrolla mejor sus capacidades creativas, se jugaría bien. Pero se juega a neutralizar las capacidades creativas del rival. Entonces, el juego, que originalmente era quien elaboraba mejor, es ahora quien neutraliza mejor. Se desnaturalizó la esencia del juego porque es mucho más peligroso perder que reconfortante ganar, y eso es

por la condición que se genera en el alrededor la condición de derrotado. Esta es indeseable y entonces todo el mundo evita ser derrotado antes que querer ganar".

(Noviembre de 2001)

"El fútbol en la actualidad no crece en belleza pero para la gente es suficiente". (Agosto de 2007)

"El fútbol encierra detrás de cada partido una sorpresa que es lo que lo hace tan bonito".

"La capacidad de pensar es la única que jamás puede perder un entrenador".

"El futbolista debe ser pensante, inteligente, con capacidad interpretativa de cada una de las variantes del juego. Puede ser inteligente en el fútbol y luego puede no soportar esas facultades en otros ámbitos de la vida".

"Va a ser un equipo que no va a renunciar al sello característico del fútbol de Newell's, pero que se va a esforzar. No habrá jugadores que no se sacrifiquen. Existe un prejuicio que dice que si jugás no tenes que correr y viceversa. Pero nosotros vamos a tratar de jugar y correr". (Julio de 1990, cuando asumió en Newell's)

"Pude concretar lo que soñaba: hacerle jugar a Newell's un fútbol diferente, donde el principal rasgo fuera la movilidad. Me quedan imágenes: el Tata Martino con la pelota al pie y la cabeza levantada pudiendo elegir entre cinco opciones: Saldaña que sube, Ruffini que se cierra, Boldrini que va a una punta, Berizzo que se desprende, Zamora que se tira atrás. En suma, fútbol de movimiento". (Diciembre de 1990)

"Un equipo es ante todo, el respeto por cuatro o cinco ideas básicas que deben servir para conducirlo. Después hay que buscar la coincidencia colectiva. Y luego trabajar para que los jugadores incorporen esas ideas".

"A mí lo que más me interesa es ganar, pero entiendo que se pueden recurrir a miles de fórmulas para lograrlo". (Junio de 1992)

"El modernismo en el fútbol lo implantó Arrigo Sacchi en el Milán. La presión constante, la agresividad permanente del que se sabe y se siente protagonista. En este país se tiene que acabar eso de que el que apuesta a ganar se embroma. Newell's fue una buena prueba. Arriesgó, fue a buscar el error del adversario y no se embromó. Todo lo contrario, salió campeón".

"Mis ideas están expresadas en el Newell's del '90 y el Vélez de este año. Esa es la forma en que interpreto el fútbol y es lo que intentaré con la Selección". (Noviembre de 1998)

"Saber de fútbol, desde mi punto de vista, es interpretar lo que sucede en el juego. Es mentira que es muy simple y que lo entiende cualquiera. Cuando uno lo escucha hablar a Menotti, uno descubre que ese hombre, evidentemente, algo más que nosotros sabe".

"Como producto de mi formación, siempre tuve que evaluar si a los jugadores hay que modificarles alguna particularidad, para que se adapten a lo que necesita el conjunto. Ser técnico de Selección es otra cosa: hay que elegir reconociéndoles la virtud que va a servir para resolver las necesidades del equipo, no pensando en lo que hay que cambiarles".

"La permanente rotación sobre el terreno apunta a intentar que los adversarios se queden sin referencias cuando intentan fijar las marcas".

"Quisiera jugar siempre en campo de ellos y recuperando rápidamente el balón, lo que supone mayor tiempo para elaborar jugadas ofensivas".

"Jugar bien es crear situaciones pero también convertirlas. Acerca de la contundencia, poco se puede trabajar en ella, porque es una característica innata del futbolista".

"Un buen entrenador debe acercar a sus jugadores a su máximo potencial, o descubrirlo. Esa es su principal función, y la que debe ocuparlo todos los días en su trabajo cotidiano"

"Los entrenadores podemos cometer dos pecados: hacer caminar a jugadores que vuelan o pretender que vuelen los que sólo pueden caminar".

"El temple es el complemento insustituible de todo lo que uno pueda proponer en el pizarrón".

"El fútbol es todo lo que usted quiera, pero al menos para mí es, sobre todo, una cuestión de actitud".

"Todos sabemos que el fútbol se guía por los resultados y cada uno sabrá cuánto abona para que esto siga siendo de esta manera. El resultadismo tiene responsables clarísimos. En esta profesión todo se dirime a partir de los resultados que uno obtenga, más allá de si eso me parece malo, bueno o regular, y me adapto a esa circunstancia".

"Si tengo que ponerle un rótulo a la actuación, fue un fracaso. Si lo que quieren es buscar un responsable y terminar con esto, el responsable es el conductor". (Después del Mundial 2002)

"He notado que los equipos que no juegan con un volante central de ataque (un enganche) sufren mucho para crear juego". "La posición de centrodelantero es una de las pocas especialidades que ningún planteo debe omitir".

"Jugar con dos centro atacantes nos hubiera quitado la elaboración de jugadas que tuvimos. Si uno no tiene elaboración, la presencia del '9' no es utilizable. Las chances de gol se concretan mediante un jugador, no mediante dos". (Junio de 2002, respondiendo a la posibilidad de juntar a Gabriel Batistuta con Hernán Crespo)

"Defender es la tarea incómoda del fútbol".

"Una cosa es la técnica y otra el talento. Meter una pelota al claro, requiere sólo de técnica, es algo que está al alcance de cualquiera. Tener la visión para hacerlo en el momento justo, con la velocidad y el efecto necesarios, precisa de la llama del talento. Yo mismo soy capaz de hacer un buen pase. Pero reali-

zarlo en un partido intenso, con la marca encima y nada de tiempo para cerebrar, es cuestión de elegidos. Por eso yo me llamo Bielsa y Bochini, Bochini".

"La alta competencia es para un núcleo selecto, no para los que sólo tengan ganas de participar de ella. En las prácticas le lanzamos 220 centros a un jugador; si se abstiene de picar a una de los 220, lo corrijo. Una oportunidad es el gol y en ese gol nos quitó el triunfo y la gloria, que para mí es mucho más movilizadora que el dinero".

"El modelo ajeno que más me gusta es el Ajax de Louis Van Gaal, o sea un equipo con flexibilidad para componer sus líneas de acuerdo a las exigencias del planteo del rival, en el momento de la recuperación. Además, a mí me interesa que el equipo tenga un proyecto propio e independiente en ofensiva".

NEWELL'S

... "MIS MAYORES ALEGRÍAS"

Generalmente Marcelo Bielsa no tiene problemas en "etiquetar" episodios, en lanzar definiciones categóricas del tono de "el más recordado" o "el menos querido". En julio del 2001, debido al incipiente reconocimiento del público por el esplendor del Seleccionado argentino en las Eliminatorias, le preguntaron si encuadraba aquel momento en lo mejor de su carrera. La pregunta fue circunstancial y lógica, pero la respuesta la convirtió en trascendente, como a veces sucede: "No, no me puedo olvidar de Newell's, allí viví mis mayores alegrías", contestó sonriendo, como si su memoria se fugara en una asociación libre de imágenes emocionantes para él.

Después del Mundial, debiendo recomponer el afecto o por lo menos el reconocimiento del público, dejó un deseo muy personal, cuando le hablaron del regreso de Carlos Bilardo a Estudiantes de La Plata: "Ojalá que el tiempo me permita volver a trabajar en Newell's".

Curiosamente un ser reflexivo hasta el mínimo detalle como él, también posee la capacidad de sentir extremadamente. Es una característica que lleva congénita la convivencia de sus partes racional y pasional. A él, el amor por Newell's lo desnuda. Y su

paso de dos años como técnico de la primera, su primer empleo en el fútbol profesional, es su punto de honor.

Le cabe la denominación de fanático racional. Pretendía ser un hincha activo, estar del lado de las resoluciones. Si su vocación era el fútbol, Newell's era su lugar. Con su padre simpatizante de Rosario Central -el histórico rival-, al estadio del Parque Independencia lo llevó un tío y luego la mudanza con su familia a Moreno al 2300, casi enfrente. Primero se enorgullecía cuando lo identificaban con Newell's. Luego, siendo técnico y campeón, el orgullo se invertiría: identificaban a Newell's con (y por) él. Idealizó y concretó la idea de hacer propio al equipo de su vida. Siempre dijo "mi Newell's", pero esa posesión tendría que ver no sólo con el sentimiento, sino con haberlo moldeado a su gusto.

En la tan mentada identidad del fútbol argentino, es indudable que la de cada equipo en particular la sintetizan las formaciones exitosas del club; en el caso de Newell's los títulos habían llegado de la mano de planteles a los que les sobraba fútbol, pero no espíritu combativo, mística, por lo cual antes habían perdido en alguna definición. Bielsa llegó para cambiar todo: "Esta institución cargaba sobre sus hombros un mote injusto que le habían adosado hace varios años. Para nosotros era muy importante deshacernos de él. Este plantel merece que se hable de su garra, de su fiereza", diría con los triunfos ya consumados. Para transformar a "su" Newell's, fue necesario imponer la concepción de juego que siempre pregonó: "Soñaba con hacer-le jugar a Newell's un fútbol diferente, donde el principal rasgo fuera la movilidad y donde los futbolistas sorprendieran apareciendo en sitios inesperados".

Con él en el banco, Newell's resignó estética pero ganó historia. A la vez que Norberto Scoponi aceptaba que "este equipo tiene fútbol pero no tanto", Mauricio Pochettino razonaba en 1992 que "Bielsa le dio al equipo un vuelo futbolístico distinto

al de todos los demás. Nuestras variantes tácticas modificaron la estructura convencional de nuestro fútbol. Rendimos tanto cuando marcamos en zona como cuando lo hacemos con libero y stopper. Los muchachos pueden actuar en defensa, en el medio, por los laterales, defendiendo, atacando, relevando, llegando". Bielsa revolucionó al club desde la cancha. Porque en menos de dos años obtuvieron dos títulos nacionales y un subcampeonato de América, la misma cantidad de lauros que había cosechado la entidad en su historia de 51 años anterior en el fútbol profesional de la Argentina.

Su primer torneo fue el primer título, el Apertura 1990. Marcelo no sólo era novato, sino también el entrenador más joven de Primera División. Movi6 las piezas como imaginaba antes de asumir como técnico, entre las que juntó una zaga de 19 años promedio con Gamboa y Pochettino. Confió sobre todo en los jóvenes, a cambio de que se predispusieran a escucharlo. A algunos de ellos los había reclutado todos los había dirigido en inferiores. Porque antes de que llegara aquel momento habían trabajado durante años con Jorge Griffa, entonces director del fútbol juvenil de Newell's, seleccionando lo mejor de cada camada, cual si fuera un viñedo.

Con los históricos Scoponi, Gerardo Martino, Juan Manuel Llop y Julio Zamora, debió presentarse. Tenía que encontrar la manera de pedirle a jugadores con unas cuantas campañas como profesionales (salvo Zamora todos superaban los 28 años), que se entregaran a su obsesividad. Preponderó el bien común en juego, algo que Bielsa agradeció siempre.

Martino se convirtió en su primer dirigido admirado, porque Marcelo es de admirar a sus futbolistas, sobre todo si les ve algo que a él le falta; en este caso, más que no haberse rebelado a un técnico revolucionario (él sí quizá lo hubiera hecho), lo sorprendía la forma de manejar la fama que tenía la figura del equipo. "Sin él no hubiéramos podido hacer lo que hicimos en el

club. Es fácil imaginarlo: un entrenador debutante le pedía más despliegue al mejor del equipo. Si Gerardo hubiese querido desaprobar el proyecto, lo podría haber volteado. Le bastaba con hacerse el distraído. Pero su actitud fue un ejemplo para los pibes, que habrán pensado: "Si lo hace el Tata, que es Gardel, ¿cómo no lo vamos a hacer nosotros?". Además, no conocí a nadie que asumiera el éxito como él. En ese sentido me gustaría aprender: siempre está dispuesto, siempre amable, siempre un señor". El Tata Martino, quien tiene el récord de partidos jugados en la historia del club, también apoyaba a su nuevo técnico cuando a algún periodista se le ocurría buscar la confrontación: "Me siento un jugador más completo. Encontré respuestas en mí mismo que me gustaron ayudando en la recuperación. Es necesario tener alguien al lado que no sea conformista y que te hable de algo nuevo. Lo mío igual no fue cambiar, sino agregar".

Imprevistamente aparecía Newell's peleando por el campeonato. De la campaña resaltaban el invicto como visitante (punto de inflexión en 52 años de Newell's actuando en Buenos Aires) y el éxtasis de un clásico ganado 4-3 en cancha de Rosario Central, donde quedó a sólo un gol su promesa de cortarse un dedo. La ilusión nació recién sobre la marcha: "Yo no me propuse grandes cosas. En el fútbol ningún proyecto puede ir más allá de una semana porque siempre espera un rival que quiere bajarnos. Les pedí que nos concentráramos para el próximo partido. Lo demás es puro sueño, créame...", contaba en la revista "El Gráfico".

El sábado 22 de diciembre de 1990, definían el Torneo Apertura Newell's visitando a San Lorenzo en cancha de Ferro y River recibiendo a Vélez. El punto de diferencia y el empate propio obligaron a jugadores e hinchas a permanecer en el campo de juego escuchando por radio los últimos ocho minutos de River, que había empezado su partido después. El técnico,

recluido, incomunicado por decisión propia, temiendo trágicamente que 35 años de vida se debatían ahora en 8 minutos de incertidumbre; con la vista baja y fija, como siempre. El destino volvía a ubicarlo en situación límite.

"Me fui de la cancha. Atrás de la tribuna, había una cancha auxiliar, después una segunda y por último, las vías del ferrocarril. Ahí me quedé. Y por el helicóptero que sobrevolaba el estadio, casi no escuchaba a la gente, así que estaba realmente aislado. Se me dio por mirar a los hinchas y sólo les veía los tobillos entre los tablones de madera. ¡Pero ninguno gritaba! ¡Nadie se movía! Entonces, interiormente, les pedí por favor que dijeran algo... Por suerte, uno que estaba dado vuelta, me reconoció y comenzó a hacerme señas con los brazos. Ahí sí oí el griterío y salí corriendo como para abrazarme con todos". Mientras lloraba emocionado, empezó a correr en círculos y se trepó al alambrado.

Las reglas no lo llamarían campeón, sino ganador del derecho a jugar la final de la temporada; pero para él significaba mucho más: el pasaporte a obtener el crédito de los jugadores, el que le faltaba por no haber tenido trayectoria como futbolista. Por eso el festejo, por eso las lágrimas, por eso el afloramiento de sentimientos como nunca antes ni después, paseado en hombros, con un trapo rojinegro y gritando "Newell's, carajo, esta es la que vale".

Y con Bielsa Newell's fue campeón en La Bombonera. Porque Boca ganó el Clausura y se convirtió en el segundo finalista. Puede recordarse fácil: primer chico 1-0 en Rosario, a definir el martes 9 de julio en Buenos Aires, con 55 mil espectadores y la prensa en contra (Boca llevaba una década sin coronas). Otra vez el festejo, otra vez el llanto, otra vez el agradecimiento a quien se le cruzara.

Para aquellas finales echó mano a dos de sus cualidades en su relación con los futbolistas. En primer lugar, demostrarles

confianza, una confianza que con el tiempo se invierte. En vez de pedir las dos incorporaciones permitidas para suplantar a los que habían viajado a Chile para participar de la Copa América con el seleccionado, prefirió que los que lucharan por el campeonato fuesen los mismos con los que estaba trabajando hacía un año. Se jugó por los suplentes Fabián Garfagnoli y Miguel Ángel Fullana, para ganar con los mismos de siempre.

Y en segundo lugar, sacó su carta motivadora de entonces, que le costaba sus enemigos futbolísticos pero que le daba sus grandes satisfacciones: "Les expliqué que las finales definen a los actores, que no me importaba el trámite, que el que gana es el mejor y el que pierde es el peor. Que no se dejaran engañar por eso de las derrotas dignas o las victorias morales. Era la vida o la muerte. Así lo interpretaron. Por eso hoy festejamos". Esos términos de "vida o muerte" son los que lograría erradicar sólo con los años. Las finales contra Boca fueron el punto máximo del temple y la estrategia adosadas por él un año antes a la identidad histórica de Newell's. Una planificación exacta, que contempló incluso la salida al campo de juego, cuando se paseó por todo el estadio para que lo insultaran a él y no a los jugadores. Una planificación que paradójicamente concluyó en la lotería de los penales. La ganaron desechando la suerte, a semejanza de su entrenador, para ello estaban preparados desde hacía doce meses.

El segundo semestre del '91 los encontró relajados en el ánimo y anteúltimos en las posiciones. "Ya no somos sorpresa, aparecen las tentaciones. Uno luchó tanto para empezar a tenerlas y ahora resulta que no puede disfrutarlas porque el nivel de autoexigencia que le implantamos al plantel de Newell's es enorme. Es inútil, del éxito siempre se sale con alguna abolladura".

En cada declive, buscaba las causas en su gran progenitor, Jorge Bernardo Griffa, quien por experiencia analizaba con los ojos del presente y también con los del pasado, para tener una mejor visión del futuro, como dice el escritor Mario Benedetti. "Juntos aguantamos los momentos de incertidumbre. Conmigo charlaba para entender por qué en el fútbol se puede trabajar bien y tener malos resultados", recuerda Griffa.

Pese a ser tremendamente triunfal su gestión, teniendo en cuenta que sólo duró dos temporadas, también tuvo sus picos depresivos. Típico de la carrera y la vida de Marcelo Bielsa los vaivenes emocionales, justo en un hombre que busca el equilibrio, por lo menos de la boca hacia afuera.

Apenas firmó, en julio de 1990, la desconfianza era el denominador común hacia el ignoto fanático que comenzaba como técnico: Newell's arrancaba la temporada con el quinto peor promedio en la tabla del descenso, a sólo siete puntos del último, Chaco For Ever. Y a la tercera jornada (derrota 1-2 con Huracán de local), soportaba las primeras críticas y los comentarios burlones de su carrera. Su amigo Carlos Alüeri, que había utilizado sus contactos en el club para que Marcelo asumiera, siempre recuerda que "ese día yo estaba cerca del alambrado y un gordo le gritó 'Bielsa, si querés a Newell's, ándate'". Contra los rumores y el descrédito, Newell's daría la vuelta olímpica.

Luego de la pésima segunda mitad del '91, el año 1992 avizoraba la Copa Libertadores, una llaga para los hinchas leprosos desde cuatro años atrás. El comienzo fue, guiado por el carácter definitivo que le daba el técnico, catastrófico: 6-0 abajo ante San Lorenzo, de local y a cancha llena. Volvió a su casa con el descontrol que lo invadía en cada derrota del torneo anterior, y con un pensamiento que pocos conocen: le decía a los suyos que quería renunciar.

Nuevamente los cuestionamientos y por primera vez, rencillas internas salían a la luz: Juan José Rossi se había negado a ir

al banco, Bielsa no lo incluía a Fernando Gamboa por una lesión que el jugador no reconocía y "El Gráfico" publicaba que sus dirigidos lo llamaban "mal necesario". En el siguiente compromiso, segunda fecha del Clausura ver-sus Unión, experimentó un par de cambios posicionales que pensaba hacía tiempo y que armarían el esquema táctico que lo caracterizaría durante el resto de su carrera: tres zagueros, una línea de tres volantes, un conductor y tres delanteros, todo en pos de la agresividad que pregona. Concentrado para ese partido, eligió la soledad oscura de su habitación para recluirse con puerta y ventana cerradas. Sólo golpeó un llamado telefónico de su esposa, quien aparece cuando hay que recordarle las pequeñas cosas de la vida. Una bisagra temporal para comenzar un ciclo de 26 partidos sin perder, imponiendo el equipo Su autoridad mientras avanzaba en la Copa y lideraba de punta a punta el torneo local. En el medio, quedaron dos cúspides emocionales. Una, emparentada a las obligaciones de conciencia y no con el bolsillo: ganarle a Central, y encima con los suplentes. De los cuatro clásicos que dirigió, triunfó en tres. Entendió cada uno como un designio y donó el premio material. La otra epopeya, ligada al corazón en el sentido literal: por las semifinales de la Libertadores, Newell's necesitó una maratónica ronda de 13 penales por equipo para dejar afuera al América de Colombia. Aquella noche, en el estadio Pascual Guerrero de Cali, en la que nadie supo dónde padeció y gozó la definición Bielsa (había sido expulsado), un hincha murió y otros diez fueron internados por ataques cardíacos, tal la magnitud del sufrimiento. El sueño de proyectar a Newell's a "la mesa de los grandes", como habitualmente cita Jorge Griffa, quedaría inconcluso la noche del miércoles 19 de junio del '92, con la derrota en la final de la Copa a manos del San Pablo. El destino volvía a merodear: cuando el suplementario expiraba y llegaban los penales que

decretarían la victoria brasileña, no lo autorizaron a hacer ingresar a Gustavo Raggio, de potente remate. Dónde estará escrita la historia, dónde estará designada la gloria.

Le sobrevino, lógicamente, una profunda congoja y la reflexión, fue casi un morbo:

"Las finales se ganan y si no, no se explican. Nos costó una enormidad perder nada más que por 1-0. Perdimos porque ellos fueron mejores. Esto nos define: los campeones son ellos. Y son cosas que hay que sufrirlas, para mí es terrible. No sirve decir ahora que la Copa es menos importante que cuando planificamos para ganarla. Este plantel tiene un coraje indiscutible, nadie puede decir que Newell's se haya aburguesado: estos muchachos viven de cada metro, de cada pelota; es un equipo de esforzados, no de cómodos. Y ahora tenemos que mostrar madurez para ganar el campeonato, eso también nos va a definir. Ya está: estoy destrozado, pero creo que los grandes fracasos también acuñan próximos triunfos".

Una década después, colocaría las derrotas contra San Pablo y San Lorenzo en el mismo nivel que la eliminación en primera ronda de un Mundial que siempre anheló: "A mí me echaron, perdí 6 a 0, una Libertadores y ahora quedé afuera de un Mundial. No soy omnipotente. Imposible serlo después de esos golpes".

Como una continuidad de su carrera, tener que sufrir para luego gozar, conocer primero la espina y después la rosa, le aguardaba, no sin antes ver dos veces el video de la final perdida, un 3-0 a San Lorenzo en Buenos Aires y dos semanas después, el título del Clausura '92.

El festejo ya no tendría las mismas características de los otros. El desgaste producido terminaba de redondear un ciclo completo en episodios y casi perfecto en resultados. De aquel Bielsa que compartía con su plantel un video de la brasileña Xuxa en el micro rumbo al estadio, simplemente por respetar la cábala de ellos, o del que decía "si no quisiera mucho

a los jugadores de Newell's, no hubiera podido lograr el clima que creé en este equipo", sobrevinó uno que, siempre con la marca de su fluctuación emocional, sustituyó a los once titulares en un amistoso de festejo ante Olimpia de Paraguay posterior al título, disgustado porque no rendían y porque el día anterior, habían retornado del casamiento de uno de los jugadores (Darío Franco) más tarde de lo previsto.

Cuando los sentimientos se deterioran o se transforman, no hay milagro que los pueda reinstaurar en su calidad inicial. La alquimia produce invalorables elementos pero de limitada existencia. Marcelo Bielsa renunció, dándole fin, incluso antes del repechaje clasificatorio para una nueva Copa Libertadores, a un ciclo inolvidable por éxitos y apoyo popular. En esos dos años, la masa de hinchas rojinegros creció en cantidad y efusividad, tomando como gran referente al técnico fanático que llevó a "su" Newell's a lo más alto.

MÉXICO

... "ME VOLVÍ MÁS REFLEXIVO Y MENOS EVIDENTE"

Un ser de expresiones tan elocuentes como era Bielsa en sus primeros años necesitaba un contexto que lo menguara. Sus reacciones espontáneas, cíclicas, dieron a conocer una imagen opuesta a la pretendida por él, un hombre introvertido que nunca quiso ventilar su costado sanguíneo. Le juega en su contra que siempre haya abandonado la timidez durante los partidos, dando indicaciones permanentemente y al borde del exabrupto.

"En la medida en que uno se compromete con lo afectivo exageradamente, como me pasó en Newell's, hay más decepciones que satisfacciones. Me volqué íntegramente a aquella cuestión. El paso del tiempo hizo que entendiera que no podía vivir de ese modo. Comprendí que el fútbol es mi profesión y no mi vida", razonó con el tiempo. Al poco tiempo de desvincularse raudamente de Newell's, llegó al Atlas de Guadalajara, México, el país que vive el fútbol de la manera ideal para atemperar el ánimo. Se trata de una liga sin presión, donde el resultado maneja la continuidad de los técnicos con mucha menor celeridad.

Una dirigencia dispuesta a darle todo lo que pretendía por sus facilidades económicas, incluso la construcción de una cancha a su gusto, le daba la posibilidad de que otros se encargaran de tareas que en Argentina eran suyas. En consecuencia, horas de tiempo libre y por primera vez, el espacio para compartir con su esposa, lo moderaron. "Me fui a México porque necesitaba limar algunos aspectos exagerados. Allá me volví más reflexivo y menos evidente", acepta. Entendió, en definitiva, que no podía tomar al fútbol como todo o nada.

Tal fue el cambio de su semblante mientras trabajó en Guadalajara, que adoptó una nueva costumbre: el golf, que practicaba en el mismo club, además de vivir en un lujoso condominio donde se levantaba su mansión.

En Newell's, donde los árbitros lo echaban recurrentemente, había instrumentado, desde los tiempos de inferiores, comer chupetines durante los partidos para calmar la ansiedad. La señora que tenía la concesión del quiosco debajo de la platea le separaba su característica bolsa, que le regaló también cuando Bielsa volvió al Parque Independencia seis años después con Vélez, un día que fue el gran ovacionado de la tarde y con su estilo para definir los estados de ánimo, declaró "tanta muestra de amor me emociona".

En cada encomienda a México de diarios y revistas, también viajaban dos bolsas de chupetines. Así como fue calmando su intranquilidad, también fue dejando ese hábito, que le servía para no caer en el vicio del cigarrillo.

Interesado como siempre por la formación de los futbolistas, su primera función en el Atlas fue el orden de las "fuerzas básicas", como se denominan a las divisiones inferiores en México. La forma, la misma que había diseñado cuatro años antes desde Rosario hacia toda la Argentina: armar puntos de contacto en cada rincón donde se podía extraer un futbolista de México y observar, para luego perfeccionarlos, los gestos técnicos de cada

adolescente que actuaban en las juveniles del club. De allí salieron Daniel Osorno, Miguel Zepeda, Pavel Pardo, Osvaldo Márquez, Juan Pablo Rodríguez, Rafael Márquez y Jared Borghetti, más tarde jugadores de Selección.

Eduardo Bermúdez había dirigido a Bielsa en la reserva de Newell's. En esa época viajaba a México, ya como representante de jugadores. Lo primero que recuerda son algunas facetas que asomaban: "En esa época ya lo tenía todo. El se levantaba bien temprano y compraba todos los diarios posibles. A mí me mostraba sus cuadernos y me preguntaba '¿qué quiere saber?, ¿cómo le va a Alfaro en Chile?, acá lo tiene'".

Quienes trabajaron con él entienden que al ordenamiento de sus tres años en el Atlas (el primero estructurando las divisiones menores, el segundo de técnico de la primera y el restante como director deportivo), le faltaba la infraestructura que luego tuvo en el América, uno de los clubes que más dinero mueven en el mundo, a partir del control de las acciones por parte de Televisa, el grupo multimediático.

En el América, tuvo una buena primera vuelta y un mal cierre de campeonato, aún habiendo clasificado al equipo a los denominados playoffs. Todavía hoy, Marcelo cuenta que aquel final ha sido la espina clavada que le quedó entre sus trabajos.

Las obligaciones en el América pasaban nuevamente por los resultados. Y a partir de una racha de derrotas consecutivas, reaparecieron sus picos depresivos. La relación con estos directivos no fue nada idílica; en definitiva, eran gente de medios. Todo terminó con un juicio por 600 mil dólares que les ganó.

Ricardo Rentería, uno de los hombres del cuerpo técnico, piensa que "fue un trabajo intenso que cansó a los futbolistas, que se disponían muy bien pero que llegaron a un cansancio mental. Tal vez los jugadores, por costumbre, lo sienten un poco más. El ambiente deportivo supone otra cosa y no tanta investigación".

Bermúdez también tiene presente la forma que ya tenían sus entrenamientos: "Dividía dos o tres canchas con cintas para hacerlos jugar en espacios reducidos. Las prácticas eran terribles. Martín Ubaldi, aquel que jugaba en Independiente, se me acercó un día al alambrado en un entrenamiento y me dijo que no podía más, que los estaba matando. Esa misma tarde, hacía varios minutos que le pedía que nos fuéramos, pero él seguía obsesionado en dejar todo armado. Salió del vestuario, vio a un mexicanito y le dio cinco pesos con la condición de que sacara los residuos de la cancha. Siempre en todos los detalles".

En el América ocupó la oficina que había dejado el vicepresidente saliente, Francisco Hernández, y la transformó en un auténtico, como dicen los mexicanos, "almacén" de videos. Lo sucedió Carlos Ramaciotti, que recuerda: "Siempre busco lo que dejaron los técnicos anteriores cuando llego a un club. Y de él encontré de todo: videos de jugadores de casi todo el mundo, arcos cuadrados para ubicar el chanfle donde quería, informes de todos los rivales y una gran maquinaria en las divisiones juveniles".

Promovió a quienes fueron pilares de la década del '90 en la Selección mexicana: Germán Villa, Cuautémoc Blanco y Raúl Lara. Al primero lo llevó luego al Espanyol, en uno de los ejemplos de la identificación que siente el Loco por algunos jugadores. "Fue el mismo Bielsa el que conocí en mi país que el que tuve en Barcelona. Recto, ilusionado, trabajador. Un hombre que lleva a compenetrarte en lo que él quiere", afirma Villa.

Sería injusto reducir cuatro años de trabajo, cambios de personalidad y experiencias, al gran valor material que tuvieron. Pero pocos saben el mal humor que tenía a su llegada a México, antes de empezar en el Atlas. La primera causa fue simplemente ver desde la platea a los jugadores practicando. En México los clubes contratan futbolistas mediante un draft, donde los seleccionan como si estuvieran en una vidriera. Debido a que dicho

reclutamiento ya había sido realizado, y no había posibilidad de reforzar el plantel, le encomendó dar marcha atrás con los dirigentes a su amigo Carlos Altieri, que había viajado con él y que muchas veces lo representaba.

"Me dijo que ni por toda la plata del mundo dirigiría al Atlas. Me mandó a mí a hablar con los directivos para decirles que nos encargábamos de los gastos del hotel y del viaje, y que se volvía. Le contestaron que se quedara a dirigir las divisiones inferiores. Hizo lo imposible para no quedarse, pero los mexicanos le dieron todo lo que pidió: un técnico, un preparador físico y un puesto de manager, desde donde manejaba todo el fútbol, ideal para él", recuerda Altieri.

Le mantuvieron la plata prometida, la cual era una cifra muy importante. Llevaron como técnico a Mario Zanabria, viejo conocido suyo (jugaron juntos en Primera), y al uruguayo Esteban Gesto, a quien había querido atraer cuando se fue Jorge Castelli de Newell's, como preparador físico.

Tenía un empleo muy acorde a su vocación de formador, con directivos predispuestos a satisfacerlo, el espacio ideal para disfrutar de sus seres queridos como nunca antes ni después en su carrera y sobre todo, condiciones económicas ideales.

Bielsa, cuando hablaba de dinero con su amigo de toda la vida, le confiaba que en el fútbol necesitaba ganar lo suficiente para que no lo sorprendiera alguna eventualidad de los descendientes de ambos: "¿sabes para qué sirve el dinero? Para usarlo si tus hijas o las mías se enferman y hay que operarlas en los Estados Unidos", le decía.

Pues de lo que había hablado siempre era una realidad. Sin embargo, después de firmar el acuerdo, su pensamiento era otro. La disconformidad lo envolvía. El Atlas no le reclamaba la exigencia de rigor que siempre impone. Tras la reunión en la que definió su asunción, entró a su habitación, miró a su amigo y le

dijo "ahí está, ahí tenes el contrato que querías", revoleándole la copia de lo que venía de firmar.

VELEZ
... "¿Y ÉSTE QUÉ ME QUIERE ENSEÑAR?"

Si en Newell's logró la concreción de un plan idealizado años atrás, y si su trabajo en México quedó enfrentado entre revelación en el humilde Atlas y fracaso en el poderoso América, su año en Vélez puede considerarse como una gestión exitosa aunque trunca. El ciclo de un año fue mucho más allá de un título en dos torneos.

"No creía que iba a encontrar todas las dificultades que encontré", aceptó a fines de 1997, con un campeonato encima y sin poder hacer nada para que los problemas dejaran de tener repercusión, que es lo que lo descontrola.

Había llegado para manejar el tipo de plantel que más le cuesta: el ganador. El entonces presidente del club, Raúl Gámez, reconoce que "nosotros tuvimos algo de culpa.

Teníamos que vender jugadores y él era ideal. Los jugadores estaban muy cómodos en el club, deportiva y económicamente, porque para que se quedaran nosotros arreglábamos contratos altos. Yo me hubiera quedado de por vida con Chilavert, porque hasta aunque haciendo macanas, con él caminaba el mundo Vélez. Yo podía defender al club con la televisión porque tenía a Chilavert; por verlo pelearse, hacer una hazaña o comerse un gol, la gente nos veía. Veníamos de ganar todo y los jugadores no ponían el mismo sacrificio. Nos pasa a todos: cuando queremos volver a lograr un objetivo, no lo hacemos con la misma intensidad y damos ventajas".

Los futbolistas creen en una única fórmula, en lo deportivo y en la conducción: la obvia, la que les dio resultados. El Vélez que precedió a su llegada fue el más exitoso de la historia: dos torneos locales, Libertadores, Intercontinental, Interamericana y Supercopa en cuatro años. Con un hombre de estilo casi paternal y simple taticista dirigiendo desde el banco, Carlos Bianchi, ligado por varios motivos a la carrera de Marcelo y secundado luego por Osvaldo Piazza, que potenciaba aquellas características.

Lo que buscaba la comisión directiva era tener una excusa para desprenderse de los sueldos altos de José Luis Chilavert, Flavio Zandoná, Raúl Cardozo, Víctor Sotomayor y Ornar Asad, más Claudio Husaín y Martín Posse. Los jugadores encontraban en el riguroso Bielsa, entonces, la herramienta que utilizaban los dirigentes para encauzar la disciplina del grupo y hacer a un lado al que no estuviera dispuesto. Tuvo que pasar un torneo para que el plantel se percatara de que la metodología usada por el técnico, distante y frío con los jugadores al punto de no tutearlos, no era una bajada de línea de los directivos sino su forma de trabajar.

Debían adaptarse a un fútbol distinto: otro sistema, presión, despliegue constante y un juego concebido en la semana para que los domingos lo desarrollaran de memoria. Además, influía la reticencia de los jugadores argentinos a cambiar la táctica. Habían llegado a ser campeones del mundo recibiendo de Bianchi un concepto ante todo práctico de cómo encarar un partido. Casi opuesto al modo de Bielsa: "Todos marcan y todos juegan". Por otra parte, habrá que ver por qué afecta tan negativamente entre los jugadores, pasar de una defensa de cuatro hombres a una de tres, casi una trivialidad sobrevenida en factor de discordia entre futbolistas y su director.

Marcelo llegaba cada mañana a entrenar a un grupo que le obedecía sólo por obligación. Confrontó muchas veces mano a mano y frente al plantel entero. Vivió inquieto todo su primer

campeonato, el Apertura '97. No tanto porque los buenos resultados aparecían y desaparecían (terminaron cuartos), sino porque le irrita es que interfieran en su trabajo. En noviembre, comenzó un entrenamiento imponiéndose: "Hasta ahora, los empujaba yo para que se encolumnaran detrás mío; ahora no los voy a empujar más. El que se suba, bien; el que no, lo abandonaré".

Recién en la pretemporada veraniega, pudo plasmar el sello distintivo de todos sus equipos, el sentido de pertenencia que les imprime cada vez que tiene tiempo y cuenta con las ganas del destinatario del mensaje. "Es cierto que Vélez cambió. Ahora juega con dos extremos en ataque y adaptándose a la cantidad de delanteros rivales en defensa", diría apenas comenzado el campeonato.

Nunca como en Vélez dotó de polifuncionalidad a los jugadores. Su equipo base formaba con Chilavert; Zandoná, Sebastián Méndez, Mauricio Pellegrino; Lucas Castromán, Carlos Compagnucci, Cardozo; Pandolfi; Posse, Patricio Camps y Carlos Cordone. Pero en algunos partidos entraba Darío Husaín y bajaba Camps de enganche; Castromán actuaba a veces en la defensa y Compagnucci, de libero; y entre otras tantas variantes, Zandoná resultó uno de los mejores desde su novedosa función de zaguero. Una noche acomodó cinco delanteros entre los once titulares, pero empató 0-0 con Argentinos y creó sólo dos situaciones claras de gol, aunque la prensa deportiva lo elogió unánimemente.

En aquella pretemporada tuvo tiempo de convencer a los jugadores, su gran virtud como técnico, de que su propuesta era la correcta, pero también en ese período sufrió por el estado público que tomó su pelea con José Luis Chilavert.

Raúl Cardozo, en varias oportunidades relegado al banco, había declarado en el diario "Ole" que prefería el estilo de juego de Menotti y Cappa. Bielsa lo entendió como un duelo y se lo recriminó delante del plantel, lo que irritó a Chilavert, de estilo opuesto en el sentido de cuidar los modos (el paraguayo siempre

fue de exteriorizar sus sentimientos). Nunca se le hubiera ocurrido a Bielsa, experto en prever las diversas eventualidades, que el capitán del equipo lo interrumpiría diciendo que debía respetar las trayectorias. Descolocado, él que llegó a decir que "a los históricos hay que exigirles más", le contestó que si pensaba de esa manera, no podía continuar en el grupo.

Prosiguió un fuerte cruce verbal y a la salida del vestuario, donde el técnico había arremetido contra Chilavert, la explosión del arquero, quien siempre eligió los momentos para hablar: Es un arrogante, un duro entre los débiles. Está muy acostumbrado a tratar con chicos y no le gusta que la gente opine. Ni mi papá en vida me levantó la voz. No se lo voy a permitir a nadie, se llame como se llame. ¡Y menos a Bielsa!". Si hubiera acontecido en otros años de Vélez, poco hubiera trascendido, pero en esa época Chilavert era el jugador que más "vendía" en el fútbol argentino.

Las posturas enfrentadas dominaron la escena varios días. Y con un agravante: mientras Bielsa ni siquiera le contaba su visión al presidente Gámez, encargado de suavizar las posiciones, para no dar un punto de vista parcial de lo sucedido, el arquero no tenía problemas en ahondar la disputa por medio de la prensa.

Como una constante en su carrera, Marcelo demostraba su rigor y su trato por igual con el mejor cotizado del plantel. La relación terminaría de gran forma, a tal punto de que hoy José Luis Chilavert lo pondera cuando tiene oportunidad.

Casualmente la única derrota en el siguiente torneo, el Clausura (1-2 ante San Lorenzo por la sexta fecha), marcó un antes y un después en la marcha del a la postre campeón. Darío Husain interpreta que "desde ese día empezamos a funcionar sin intermitencias. Como si hubiéramos dejado de tener problemas de confianza para intentar y resolver lo que nos pedían". El convencimiento al que Marcelo aspira en cada relación con sus jugadores se produjo a partir de que incorporaron la certeza de que el

conductor no difería demasiado de los que habían sido campeones. Como cita Martín Posse: "En realidad, tanto con Bielsa como con Bianchi y Piazza nos armamos de atrás hacia adelante. Y con los tres fue más importante el equipo que cada uno de nosotros". El 31 de mayo del '98, Vélez le ganó 1-0 a Huracán y su escolta Gimnasia perdió en Rosario con Newell's. Así, una fecha antes del final, sacando 6 puntos de ventaja (43 contra 37), ganó el título. En la última jornada amplió diferencias, tras ganarle a su perseguidor 3-2 en La Plata con un equipo de juveniles, tal como quería Raúl Gámez cuando lo contrató: "Ya lo habíamos contactado en 1992. Averigüé porque quería tener jugadores del club en vez de traer préstamos. Entendíamos que Newell's lo había podido hacer, sin ser un club de gran convocatoria, que en todo caso empezó a convocar a partir de él. Con algún grado de temor, porque se contaban historias de alguien que veía las prácticas por video. No pudimos traerlo porque ya estaba trabajando en México. Pensar que después hablamos con Valdano y recién de última lo hicimos con Bianchi... De Bielsa me sorprendía la dedicación, la creatividad, que en Newell's pudieran decir 'suspendieron a tal, no importa, el que sube va a tener el mismo rendimiento'".

En estas cuestiones a Gámez lo terminó de convencer una anécdota: cuando le ofrecieron el cargo, le presentaron la lista de profesionales, pero Bielsa ya la tenía, y además les dijo que debían agregar a Rolando Zarate, un delantero de las divisiones inferiores.

El Vélez campeón del Clausura '98 convirtió tres goles por cada uno que recibió y tuvo características salientes de los equipos de su técnico: coordinación, vitalidad y eficacia. Pero el título que hubiera sido en cualquier otro contexto el inicio de grandes aspiraciones, daba paso al concepto ya escrito, a la interrupción del proceso. Los entrenamientos, generalmente aburridos y centralizados en mejorar un determinado movimiento, ya no generaban la

misma entrega. Fernando Pandolfi, quien formó su propia opinión sobre el entrenador por haber sido el único que se sumó para el segundo torneo, memoriza: "Tuvimos un gran desgaste físico y psicológico ese año, porque hablar constantemente de fútbol nos llevó a eso. Creo que todos queríamos que terminara el año lo antes posible. Salimos campeones y nadie tenía ganas de festejarlo, todos estábamos esperando las vacaciones. Y no nos sorprendió en realidad que no renovara y se fuera, creo que se fue en el momento justo".

El éxito, única fuente tangible de credibilidad en este deporte, por lo menos terminó revirtiendo la desconsideración de los hinchas y del plantel. Aunque el núcleo de la popular, manejado por Raúl Gámez, siempre lo apoyó, había comenzado padeciendo estar a metros de una de las plateas que pelea por ser la más exigente del país, compuesta además por varios ex directivos del club alejados por la conducción que reinaba entonces.

El vuelco con los jugadores lo personifica Cristian Bessedas: "Cuando asumí decíamos '¿qué quiere hacer éste?'. También lo recuerda Gámez: "Cuando empezó a marcar la cancha con una cinta, delante de jugadores que eran campeones del mundo, ellos decían "¿y éste qué me va a venir a enseñar?". Todo esto empezó así, pero terminó completamente distinto, con los jugadores agradecidos por la participación de él en la carrera deportiva de ellos". Justamente Gámez sería fundamental en su elección como técnico del seleccionado argentino.

A su partida de Vélez, Marcelo Bielsa dejó, en lo material, el consejo de lo que necesita un técnico para que pudieran confeccionar el estilo de la Villa Olímpica, lugar de hospedaje y entrenamiento orgullo de las dirigencias de Liniers. En lo sentimental, la estela de un técnico que siempre pretenderá modelar lo ya asentado y la imagen de alguien que nunca quiso darse a conocer, una de las máscaras de un hombre misterioso.

ESPANYOL

... "PENSÉ QUE PEKERMÁN QUERÍA SOLICITARME ALGÚN VIDEO"

Existe un mito acerca de los directores técnicos europeos. Por idiosincrasia, en este lado del mundo se supone que todos trabajan con una severidad desconocida en estas tierras. Los jugadores argentinos que los experimentan y hablan con fundamentos, reconocen que aquellos tienen un mayor apego por el orden táctico, que la frialdad en las relaciones los convierten en personajes impenetrables, pero que no se diferencian demasiado en los sistemas de entrenamiento. Marcelo Bielsa es considerado excepción aquí y también allá.

Antes de que asumiera en el Espanyol de Barcelona (el 10 de junio de 1998), los medios adelantaban que estaba por arribar un personaje por lo menos distinto. Su particular visión del juego, ausentarse de las prácticas si el plantel trabaja sólo en lo físico, sus inusuales ejercicios con cintas seccionando el campo de juego, provocaron que "El Periódico" publicara al poco tiempo que "en los pasillos del Montjuic (el estadio del Espanyol) se escucha que este entrenador no dura ni dos meses", con el clásico modo de darle vida a lo abstracto que a veces maneja la prensa, algo también propio de aquí y de allá.

A su ida, que no se dio a los dos meses pero sí a los cuatro, debido a que la Selección argentina asomaba y no por sus inusuales formas de trabajar, el diario "Sport" tituló "Un sistema que no cuajó". Una victoria, dos empates y tres derrotas en el inicio de la Liga, pasar de ser el conjunto menos goleado de la temporada anterior a recibir más de un tanto por partido, jugadores que sentían en el último cuarto de hora el gran desgaste físico, un amistoso ganado en Turín ante la Juventus, una decisión salomónica como fue disputar con los suplentes la Copa Intertoto (que clasifica para la UEFA, el segundo certamen continental a nivel de equipos) y una despedida turbulenta marcaron su gestión.

Cuando José Pekerman lo visitó en el Hotel Hesperia, el lunes 12 de agosto de 1998, aprovechando que había viajado con el Seleccionado Sub 21 en Valencia, Marcelo pensó que "quería monitorear a algún jugador argentino de los que estaban en el Espanyol, solicitarme algún video o algo por el estilo", no ofrecerle el cargo soñado de entrenador de la Argentina.

Así y todo había previsto incluir una cláusula que según el Derecho español le garantizaba pedir la rescisión en caso de recibir una oferta del Seleccionado mayor argentino, para no irse en una postura unilateral. Y ese pedido lo hizo en reuniones que le sirvieron para conocer los intereses que mueve una pelota (que luego volvería a sufrir mientras dirigía a la Argentina), ya que debió toparse con nueve de los dieciséis empresarios que controlaban el 47% del paquete accionario del club. Hombres adinerados que suelen tomar sus determinaciones de acuerdo a la Bolsa de Valores y que se acercaron al fútbol desde que se convirtió en un gran comercio, casualmente lo despreciado por Marcelo.

Debido al típico cuidado de su imagen (no estética sino moral), Bielsa nunca quiso renunciar. Es más, tras un entrenamiento, llegó a detenerse ante un hincha que le había gritado

"hay que tener palabra"; en vez de ignorarlo, se dio vuelta y le contestó: "Antes de hablar, primero tienes que informarte".

Daniel Sánchez Libre, presidente del club, calificó luego esos cónclaves de rescisión de contrato como "guerras". Justamente con Sánchez Libre mantuvo buena relación, no con aquellos que le comunicaron su alejamiento: el vicepresidente Alfred Torras y el director general Fernando Molinos.

El 2 de septiembre habían decidido que el 24 de diciembre de 1998 fuera su fecha tope como entrenador del Espanyol. Pero el flojo rendimiento del equipo aceleró su ida. Un equipo desorientado al enterarse de que tenían técnico por cuestión de días, no respondía en la cancha. Más que por su viaje a la Selección, Marcelo terminó abandonando el Espanyol por la falta de victorias. La dirigencia apuró entonces la incorporación de Miguel Brindisi antes del derby contra el Barcelona, el partido que quería Marcelo para despedirse, tan devoto de los clásicos y de los partidos con presión. Además, imaginaba que un clásico era ideal para mitigar la deuda que sentía con una ciudad donde se había encontrado muy a gusto, con sus hijas estudiando en catalán, y él como había querido siempre: trabajando en Europa.

"Mundo Deportivo" del 20 de octubre ilustró la nota con una foto de Torras y Molinos caminando con la frente alta, fieles a su imagen de hombres de negocios, y en el medio, Bielsa, con la cabeza gacha y resignado. Por segunda vez en su carrera, así como en el América de México, lo echaban por los resultados.

Cambió el término 'nostalgia' que utilizó cuando se hablaba de su alejamiento para ir al Seleccionado, por el de "decepción profunda" al saberse despedido. Y dijo: "Jorge Valdano tiene razón cuando dice que al directivo, aún cuando te elogia, hay que mirarlo como al señor que acabará echándote".

MÍSTICA

... "ESTE EQUIPO MERECE QUE HABLEN DE SU GARRA Y DE SU FIEREZA"

En el arte de conducir, Bielsa entiende que debe acompañar de alguna manera lo que le pide a los jugadores. "Me preocupo en anotar cada movimiento futbolístico que percibo, ya sea en directo o en video. La transmisión oral no alcanza para producir modificaciones en el fútbol. Se requiere de algún ejercicio que la contenga, para que sea correctamente comprendida por ellos", son sus palabras.

Esta definición guarda mucho de la doctrina filosófica denominada empirismo. Los empiristas postulan que todo lo que incorporamos debió haber pasado antes por los sentidos. Pero Bielsa, sin saberlo, también rescata de sus opuestos, los racionalistas, quienes priorizan la razón y el intelecto sobre los sentidos. Son aquellos que dudan de la infalibilidad del hombre, lo que incorporó en su modo de desenvolverse el técnico de la Selección Nacional. Y también ha influido en él el gran objetivo de la tercera escuela, el pragmatismo: todo debe fundarse en lo que se aspira a tener. Todo lo que Marcelo hace es por un objetivo trazado anteriormente; en el fútbol y en la vida, lo domina el resultado final.

Bielsa tiene una concepción del fútbol casi científica. Por eso puede justificarse las horas que consume desentrañando rasgos de una actividad que no sabe de misterios y sí de misteriosos.

La gran prueba que refuta su empirismo, su necesidad de experimentar lo que le llega para darle validez, son sus entrenamientos, que constituyen fragmentos de partidos. "En lo táctico ya está todo inventado. A las jugadas que anoto porque me gustaron, después trato de obtener, a través de un ejercicio, un recurso para que los jugadores lo incorporen. Nunca repito esos ejercicios, porque el futbolista es dependiente y de no cambiarle el entrenamiento, sólo memorizaría y ejecutaría lo que el técnico le enseñó, entonces el culpable será el entrenador si la jugada sale mal", opinó en 1991.

No repite los ejercicios, aunque sí dónde apunta con ellos. Fue una de las quejas que recibió en Vélez; no entendían por qué hacía tanto hincapié en los gestos técnicos básicos. Localiza una cualidad y no para hasta mejorarla. Dibuja posibles movimientos y ordena llevarlos a cabo. Divide el campo de juego para que los jugadores incorporen lo que quiere su técnico que hagan en determinados sectores de la cancha. Las tareas, rutinarias, están cimentadas en la generación de variantes casi automáticas.

Se vale de un grupo de "sparrings", jugadores juveniles que primero deben aprender los ejercicios para que luego Bielsa les muestre a los mayores empíricamente lo que desea. A aquellos les pide la mayor atención. Juan Manuel Torres, luego profesional en Racing y San Lorenzo, todavía recuerda sus épocas de sparring: "Un día me equivoqué y gritó '¿no podemos traer chicos que entiendan los ejercicios?'".

Los equipos de Bielsa usufructúan los tiros libres y los cór-ners. Su Newell's tenía un promedio de por lo menos un gol cada dos partidos mediante "jugadas de probeta". La reproducción sucesiva de movimientos perfecciona, es indudable, porque la mayoría de los jugadores de Newell's sabía cabecear bien.

Alfredo Alegre, periodista de "El Gráfico", escuchaba sus prédicas a comienzos de los '90: "Yo pretendo que mis jugadores, en ataque, se europeicen para desmarcarse y se argentinicen para gambetear. Boldrini tiene que ser Butragueño; Franco, Michel; Zamora, Manolo, ese wing derecho del Atlético de Madrid que la rompe y se parece a Houseman". El cronista lo interrumpió haciéndole percatar que lo que pregonaba era casi una utopía: "Ahí sí que nos divertiríamos todos"; "ustedes, yo no. Lamento que nunca vea un partido para divertirme. Me cuesta sacarme al entrenador de la cabeza", le replicó Bielsa. Una clara demostración de que su mirada de este deporte es amplia, para algunos inexplicable, pero sobre todo, distinta.

Cuando le preguntan para qué sigue acumulando tanta información, responde, por ejemplo, que "necesito seguir incorporando variantes para ver cómo puedo atacar sin que resulte previsible". Con la fórmula de demostrarles lo que quiere (y también corregirlos) a través de los ejemplos prácticos, sumada la prédica del protagonismo, los convence. Y una vez convencidos, se los apropia. Así crea la mística que caracterizó sus distintos períodos como entrenador.

Sabe que un técnico sólo puede obtener prestigio a través de los jugadores: "El responsable es el conductor, con la conformidad de los referentes del grupo, que son los modelos y sustentan con su comportamiento el reconocimiento colectivo".

En su libro "Liderazgo", Jorge Valdano le preguntó si elige la autoridad o la persuasión como modelo de conducción; prefirió "la persuasión, pero con la visualización de que ante la negativa caprichosa se imponga la autoridad. El reconocimiento de poder vuelve efectiva la persuasión. Los egoísmos y las "negatividades coyunturales" de los destinatarios, vuelven inefectivos los mejores recursos persuasivos".

En el mismo libro, cuyo tema es el rol y las virtudes que debe tener todo aquel que encabeza un grupo, se refirió a los errores

más comunes de un líder: "La falta de estatura en la convivencia con la adversidad; la incapacidad para visualizar la derrota como un espacio o escenario para robustecer los principios, y no afrontar con honestidad sus decisiones y sus actos fallidos". Los dos primeros (generados lejos del éxito) lo atormentan, el tercero (asumir las consecuencias negativas) fue la táctica para lograr el compromiso de sus dirigidos en la Selección. Bielsa lidió con la primera carnada de jugadores superprofesionales, que no sólo se diferencian de sus antecesores en las cifras que mueven, sino en la estética personal, en ser la fuente de ingresos de un grupo numeroso que corre a su alrededor y también en la relación Selección-prioridad. En la Copa América '99 abundaron las excusas (no las razones) para desistir de representar a la Argentina, lo que provocó la reacción de Diego Maradona, Oscar Ruggeri y cualquier otro que se hubiera calzado la camiseta nacional. Recién con los buenos resultados, la posibilidad de hacer historia y la mística instaurada, los jugadores tomaron conciencia de lo que significa jugar en "el equipo de todos".

Demoró en conseguir la asimilación del mensaje por parte de los futbolistas. Por eso se decepcionó tras perder ante Brasil por la Copa América de 1999, en un partido en el que había ordenado que encimaran a los creadores. Para Marcelo, en el fútbol el conjunto prevalece ante las individualidades y su previsión apunta a certificarlo. Aquel día, Argentina dejó mejor imagen colectiva que su clásico rival, pero una inspiración de Ronaldo y un gran tiro libre de Rivaldo decretaron el 1-2. Bielsa lo entendió como un duro revés a sus postulados.

"Tendré que bancarme a los que les digan 'para qué le haces caso a este tipo si los brasileños te ganan sin esforzarse', y volver a convencer a los jugadores", les confiaba a sus íntimos. Debía defender su mensaje sin resultados que lo avalaran. Sólo

la energía con la que lo transmitió y los ejemplos que antepone como fundamentos lo hicieron posible.

Después del Mundial, con el fracaso a cuestas, uno de los dolores que más lo apretaba era el que tenía que ver, justamente, con el descrédito sobre su mensaje. El discurso, en el fútbol como en pocos otros órdenes, depende del triunfo para hacerse valer. Sólo la propuesta de renovar el ciclo lo estabilizó, tal como declaró en la conferencia de presentación de su segunda gestión como técnico del Seleccionado, que abarcó más de tres horas: "La pregunta que me hice fue si tenía derecho a seguir. Las herramientas utilizadas merecen la posibilidad de intentarlo de nuevo. Creo en la vigencia de los recursos utilizados".

A Newell's llegó en 1990, tres años después de un apelativo impuesto por un técnico anterior Jorge Solari, que le dolía ante todo como hinchada: pecho frío. "Esta institución cargaba sobre sus hombros un mote muy injusto que le habían adosado y por eso, para nosotros, era tan importante deshacernos de él. Este plantel merece que aquellos que negaron su capacidad, ahora hablen de su garra y de su fiereza", reflexionó apenas ganó el primer título.

Aquel Newell's fue pura energía: "Hubo un cambio fundamental, contagiado de la cancha hacia la tribuna. Antes, nuestra hinchada le transmitía su frialdad a los jugadores. Ahora, se revirtió. Gamboa fue fundamental: contagia, transmite, enciende. Hay un hecho sintomático: mientras festejábamos el título del Apertura en el campo de juego, el alambrado se derribó hacia el lado de la tribuna. Los que hacían más fuerza para festejar eran los propios jugadores".

Su hermano Rafael describe otros rasgos en su libro: "Mandón como pocos, nunca tuvo problemas con sus superiores en los clubes donde trabajó. No habrá problemas mientras el negocio no interfiera en una rutina de centros o si no ponen en

riesgo el proyecto del técnico de la máscara de hierro de ser el mejor a través de sus jugadores⁹.

Raúl Gámez, quien nunca lo llamaba porque no quería interrumpir su trabajo, piensa que "si Marcelo descubre un dirigente que lo quiere limpiar, se va primero él". Héctor Domínguez, en ese momento tesorero de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), rescata que "él dice muchas veces 'soy un empleado', se refiere a 'mis empleadores'.

Muy pocos técnicos y jugadores hablan de esa manera. Lo hace por respetuoso y porque entiende que existe una estructura".

Realmente no tiene problemas en declarar que se debe a lo que dictaminan sus "superiores". Antes del Mundial, Rafael pronosticaba que "el festejo popular podría emocionarlo profundamente. Y si la dirigencia de la AFA y la política disponen que los jugadores vayan al besamanos y todo ese show que se suele hacer, es posible que vaya, pero no porque él quiera. Si va es porque lo llevan".

Aunque, así como se siente "empleado", su relación con Julio Grondona, el presidente de la AFA, se basó más en los desencuentros que en los acuerdos. En realidad, nunca tuvieron diálogo.

El 23 de abril del 2001, en conferencia de prensa, debió contestar negativa y taxativamente si había pensado en renunciar, tras discutir con Grondona, quien había permitido la cesión de Diego Simeone de la Lazio de Italia, un día después de lo estipulado por el reglamento.

Por el mismo tema de las convocatorias, en julio de 2003 llamó a conferencia de prensa para el mismo día. Con vistas a un amistoso frente a Uruguay, Bielsa había nominado 17 jugadores como lo hace siempre: haciéndoselo saber a la AFA, a los clubes y a la prensa al mismo tiempo, para evitar influencias. Influencias que finalmente surgieron, porque la AFA aceptó el

pedido de River, y no incluyó a Luis González y Javier Mascherano.

El técnico creyó conveniente salir a hablar para demostrar que no había sido de él el trato sin igualdades. De lo contrario, nuevamente pondría en juego la confianza de los futbolistas, algo que siempre tiene en cuenta. Volvió a referirse a sus "superiores", aunque declaró que "acepto sus decisiones, pero tengo la necesidad de diferenciarme de ellas". Varios dirigentes habían pensado que esa tarde Marcelo renunciaría.

Hasta marzo del 2002, cuando fue a discutir por la deuda que mantenían con él, no conocía las oficinas de la Asociación, en la calle Viamonte de Capital Federal (quien negociaba por él siempre era Marcelo Fernández, su contador). Grondona viajó por primera vez con este cuerpo técnico a Alemania, en el amistoso previo a la Copa del Mundo, para reunirse por esa deuda, y Bielsa le recriminó en un tono casi violento el incumplimiento en sus haberes.

Fueron motivo de numerosas notas periodísticas aquellos 490 mil dólares de atraso (cobraba 70.000 mensuales), que generaron controversia entre Bielsa y los dirigentes debido al cambio de convertibilidad monetaria en la Argentina. Ambas partes siempre estuvieron de acuerdo en trasladar a pesos los meses siguientes, pero el entrenador, único en la AFA que tenía contrato en dólares, imponía cobrar lo ya adeudado en esa moneda.

El apego al trabajo de Marcelo abrumba. Cuando le afectan lo laboral, no domina las voluntades. Gámez soslaya un ejemplo, "Día a día me sorprendía. A pocos días de su llegada, fuimos con uno de los vicepresidentes a hablar con él, en una práctica de un sábado. Cruzamos la cancha y nos echó. Nos echó con toda naturalidad. Me quedó un fuego por dentro... Por haberme equivocado, por querer ir a hablar con el técnico en un momento en el que estaba trabajando. Lo que le íbamos

a preguntar era simple, cómo estaban las cosas, si necesitaba algo. Y le agradezco que nos haya echado porque ese tipo de actitudes siempre enseñan, cuando vienen de buena leche, por exigencias de trabajo".

Fernando Pandolfi recrea la misma época: "En la camioneta en que viajaban llevaba un video con una batería y una pantalla. A sus asistentes no los dejaba dormir nunca". Por medio de las imágenes, analiza el funcionamiento colectivo y luego el individual.

Pocas veces estuvo tan ansioso como en la semana previa a la victoria a Brasil por Eliminatorias, en el 2001; en la concentración de Ezeiza, con la única misión de trabajar, de seguir recolectando datos y reflexiones en su visión compleja del fútbol, sentado junto a un colaborador frente al verde del predio, mostró su otra cara: "Mire esos eucaliptus, mire todos estos árboles, la naturaleza, ¿por qué yo no podré disfrutar todo esto?".

Bielsa permanece horas delante del video buscándole al rival el punto débil. En "Sobre héroes y tumbas", Ernesto Sábato se adelantó a los hechos: "Los apóstoles de la máquina nos dijeron que cada día daría al hombre más tiempo para el ocio. La verdad es que el hombre tiene cada día menos tiempo, cada día anda más enloquecido".

Cuando no entrena ni disputa amistosos, se encierra a montar los videos que prepara para luego señalar a cada jugador los errores cometidos. Bilardo acumula 6500 cassettes y dice ser el que más tiene en el mundo; Marcelo nunca contó los que él tiene, pero sólo a Japón llevó casi 7000. Quedó la idea, igualmente, de que Bielsa vio esa cantidad en los meses previos al Mundial, pese a lo imposible que podría resultar esa tarea para un ser humano.

Ricardo Rentería, quien lo ayudaba en el América de México en lo concerniente a la computación cuando Marcelo no estaba

muy preparado en la materia, trabajaba con él delante del televisor: "Lleva una finura de trabajo muy grande. Agotaba. Para sacar una edición de un defensa central llevábamos 3 horas y cuando la tenía en sus manos, pedía la del volante central, y luego la del delantero".

Cuando analiza por televisión un encuentro, lo divide en fragmentos de cinco minutos. En cada uno califica individualmente, marca situaciones de gol, extrae porcentaje de posesión, dibuja las jugadas que le agradaron y así extrae el equipo que dominó.

Bielsa siempre fue de trabajar en su casa o en su campo de la localidad de Alcorta, incluso invitando a sus ayudantes. Con Guillermo Lambertucci y Daniel Carmona, que trabajaban con él en Newells, giraba alrededor de una larga mesa de madera, les mostraba revistas, correspondencia o faxes, y les ordenaba distintas tareas. Debían seleccionar reportajes, realizar seguimientos de equipos y jugadores, responder los pedidos de cada carta según su criterio o conseguir los videos de los rivales, con las dificultades de la época.

Lambertucci era un amigo con quien había compartido el profesorado de educación física. Carmona recuerda que "Marcelo no nos exigía horario ni nada. Sólo que, a más tardar, el martes estuvieran los videos, los informes del rival, los resúmenes de las entrevistas. No nos preguntaba quién de los dos había hecho el trabajo, sólo quería que estuviese. Un día, me pidió que fuera a buscar a las once de la noche un cassette que llegaba de Buenos Aires y que lo llamara apenas lo tuviera. Debí pedirle por favor al chofer que me lo entregara, que hizo una excepción porque tenía la orden de llevarlo al club. Entonces lo llamé a Marcelo para tranquilizarlo, para decirle que ya lo tenía, y él me contestó 'te pido un último favor, ¿no me lo traes a casa?'. Era un día de invierno, de lluvia y yo andaba con una Zanellita 50..."

La acumulación de datos la realizan en forma prolija y temática, en conjunto. El se encarga de lo técnico y lo táctico, y recibe la información meramente estadística para procesarla. Su gran aliado actualmente era Claudio Vivas, que cuenta con las características ideales, más allá de coincidir ciudad natal (Rosario) y fanatismo por Newell's: vocación por estudiar el fútbol, bajo perfil y gran margen de toleración para trabajar cuantas horas sean necesarias según el técnico.

Vivas atajaba en la cuarta "B" de Newell's, al mismo tiempo que Bielsa dirigía la "A". Claro, a aquella división eran relegados los que estaban tapados por uno mejor en su puesto y los que directamente no tenían condiciones: "Era un desastre al arco, pero como mi papá José era dirigente (no sólo eso, sino que había fundado la escuela de fútbol infantil), nadie se animaba a decírmelo. Tuvo que ser Marcelo quien me advirtiera que no iba a tener posibilidades y que me dedicara a otra cosa", acepta quien hubiese sido uno de los arqueros más bajos de la historia. Incursionó entonces en la carrera de técnico (que realizó dos veces) en el Instituto Superior Abanderado Grandoli. Se recibió con apenas 22 años, en el '93. Bielsa dirigía al Atlas, lo tenía en mente y lo llamó apenas se separó de sus asistentes Vignale y Lambertucci.

Vivas comenzó filmando los entrenamientos y pasó a tener un abanico de funciones muy amplio que incluía toma de decisiones, la distribución de las marcas en las pelotas paradas y el trabajo con el grupo (de delanteros o defensores) que Bielsa dejaba.

La presencia del experimentado (trabajó junto a León Najnudel, en River, el Ferro de Carlos Griguol e Independiente) Luis María Bonini tranquilizó a Julio Grondona cuando Marcelo Bielsa presentó su grupo de trabajo. Los "profes" adquieren relevancia para el presidente de la AFA desde que encontró en Ricardo Pizzarotti, con quien confronta públicamente desde que

trabajó en la era de César Menotti, la gran causa de la gestión trunca de Daniel Passarella.

Con Bielsa Bonini trabajó primero en el Atlas, en una relación interrumpida mientras el Loco dirigió a Vélez. Lo conocía de su trabajo como profesional y había afianzado la relación en las cenas que organizaba, en el restaurante "La cantina de David", un grupo de amigos de Bonini: los periodistas Adrián Paenza y Miguel Tití Fernández, junto a Carlos Timoteo Griguol y Víctor Marchesini, entre otros.

A Javier Lucho Torrente, su segundo colaborador en Argentina, le pagaba el sueldo de su bolsillo. Es quien preparaba los elementos necesarios para el entrenamiento, como dividir la cancha con cintas y distribuir la parafernalia de conos, casi un escenógrafo de las prácticas.

Rafael Bielsa parece más que un hombre de la misma sangre, casi un admirador de Marcelo. En abril del '98, escribió en el diario "Página 12": "De chicos estábamos con la barra de la esquina. Eramos los más jóvenes. Y le preguntaron a Marcelo si no le gustaría que de lunes a viernes fuera fin de semana, y sábado y domingo de lunes a viernes. Con el ceño de chimango tronador que todavía conserva, le contestó que 'no, porque el trabajo sería un descanso'. Igual que el ceño, también conservará por siempre este concepto: el trabajo es superior al descanso, algo que nunca permitirá que alguien invada. Esa es su nota distintiva".

Muy pocas personas lo conocen francamente. Qué mejor pues, que su hermano rubrique este capítulo: "Será un técnico establecido pero jamás aposentado. No puede quedarse quieto, siempre intentará ir más allá. De chico jugaba al fútbol más horas de las que dormía. Hoy trabaja más horas con el fútbol de las que vive".

SU TRABAJO EN DIVISIONES INFERIORES
... "EL CHICO ESTÁ PREPARADO PARA DIRIGIR EN PRIMERA"

Aquellos que vieron jugar a alguno de sus equipos de amateurs, comprueban que Bielsa siempre pregonó el mismo fútbol. Martín Prieto es uno de ellos, quien detalló en el libro "La vida en rojo y negro", cómo se veía desde arriba la cobertura de todo el campo mediante las diagonales y las verticales permanentes de los jugadores, que aspiran a una coordinación casi mecánica; "En la cancha, frente al modestísimo Deportivo Armenio, aquella tercera de Bielsa desplegaba figuras raras: como los rayos de un paraguas que se abría y se cerraba, nueve de los once iban y volvían, y aquello, por el calor, por la hora, era más bonito de ver que cuando sucedió, unos años más tarde, con el mismo equipo y por la gloria".

En 1982, Eduardo Bermúdez, quien estaba a cargo de la reserva de Newell's se marchaba a la primera de Central Córdoba, generando un ascenso y enroque de entrenadores. Bermúdez conocía a Bielsa porque lo había dirigido en la tercera campeona de Newell's en 1976. Todavía tiene patente aquella mañana de la propuesta: "Marcelo decía que quería empezar a trabajar y nosotros estábamos buscando técnicos. Lo encontré

en pleno centro de Rosario, en la peatonal Córdoba y Corrientes. Y le planteé si quería asumir en las inferiores. Desde ahí, enseguida fuimos al club y lo hablamos con Griffa". En esa época, Newell's no participaba en el fútbol amateur de la Asociación del Fútbol Argentino. Sólo la reserva, que años después, dirigida por Marcelo, sería campeona en la temporada 1989/ 90, a 9 puntos de River.

Las divisiones menores de Newell's competían únicamente en la Asociación Rosarina, torneos de menor nivel en los que el grupo que avanzaba siendo dirigido por Marcelo marcaba la diferencia. Fernando Gamboa, Darío Franco, Eduardo Berizzo, Lorenzo Sáez, un delantero llamado Mario Sciacqua que relegaba a Gabriel Batistuta a ser suplente, un gran valor que no llegó a primera como "Perico" Pereyra, entre otros, eran aquellos que ganaban los sábados y soportaban la meticulosidad de su técnico en la semana, quien por ese entonces empezaba a ser apodado "loco".

Jorge Griffa, director general del fútbol amateur de Newell's desde 1973, ya preveía la gloria. Y privilegió esa carnada, a la que se sumaría lo mejor de las categorías más chicas, como Mauricio Pochettino, Cristian Ruffini, Alfredo Berti y Ricardo Lunari, en función de que entrenador y jugadores compartiesen cada experiencia y llegaran juntos a Primera División. Por eso aquello de "unos años más tarde, con el mismo equipo y por la gloria".

Así se formó la "cuarta especial", que reclutaba lo mejor de la cuarta y quinta divisiones del club, y reunía un equipo que era motivo de charla entre los típicos habitués del fútbol de chicos. Griffa repasa que "era la primera vez que se hacía en el país, tratar de llegar con una carnada de jugadores del fútbol juvenil a una competencia de primer nivel. Pero teníamos que esperar, no iba a dejar que Marcelo tuviera el error que yo cometí: dirigir a los mayores sin foguearme abajo. Esperé el momento oportuno

para decirle al presidente del club, Mario García Eyrea, 'el chico está preparado para dirigir la Primera'".

El envío para asumir como técnico de profesionales, fue el éxito que dio un plan novedoso pensado por Griffa, el maestro, y diseñado y llevado a cabo por Bielsa, el mejor alumno. Recuerda aquél: "Marcelo fue muy ansioso siempre. Sólo los años lo fueron templando, lo hicieron madurar. En 1988 lo mandé por todo el país para marcar distintos polos de referencia y así ganarle de mano a los otros clubes. Nos propusimos sentar a Newell's en la mesa de los grandes".

Griffa canalizó las ganas y la energía de un hombre que se define como un "insaciable buscador". Bielsa dibujó 70 divisiones en la Argentina, con la misión de designar en cada una a un representante, quien se encargaría de realizar 5 subdivisiones y reclutar 3 chicos de cada una, para dar un total de 1050 potenciales futbolistas anuales para Newell's. Se trataba de ir a buscar el talento, no esperarlo, no conformarse con las zonas históricas de Córdoba y Santa Fe aledañas a los campos, donde los pibes crecen y logran una importante contextura física.

Pero los contactos con cada representante debían ser formales, a cada uno debía darle las directivas. Así fue como manejando su Fiat 147 recorrió la longitud y la latitud del país, en dos meses y medio, llegando a un total de 25.000 kilómetros, en cinco etapas de 5.000. Lo que lo sorprendió fue el culto de la palabra empeñada de la gente del interior: "Los contactos los hacía por teléfono. Yo llamaba a la oficina pública de Tartagal, por ejemplo, nadie me conocía, pero preguntaba quién entendía de fútbol en el pueblo y armaba una entrevista. Lo grande fue que armé reuniones en setenta lugares y nadie me falló".

Daniel Carmona, secretario técnico en las inferiores, fue una de las personas a las que acudió para que lo ayudara. "Juntos hicimos con escalas milimétricas el recorrido que tenía que hacer. Visitó casi toda la república. Cuando terminamos el tra-

bajo me dio un premio, porque sabía que yo tenía un pequeño sueldo por trabajar en inferiores. Marcelo se preocupaba por todos. Después en Primera, preguntaba si los jugadores estaban al día, pero también si cobraba la señora que lavaba las sábanas de la concentración".

Para el recorrido se valió de su gente de confianza. En primer lugar, Oscar Isola, de gran vitalidad más allá de sus 75 años. Tenía un taller y era capaz de solucionarle cualquier problema mecánico. Oscar falleció en el 2001, pero su hijo Pedro evoca: "Hicieron dos viajes. El primero, por toda la Mesopotamia, durante una semana. El segundo, de diez días, hacia el Sur; llegaron hasta Río Negro, me acuerdo que desde Cipolletti trajeron manzanas. A veces manejaba mi papá y mientras, Marcelo hacía sus anotaciones".

María Isola, la esposa de Oscar, tiene presente el gusto de Marcelo por sus pasta frolas y la historia de la relación: "Un amigo en común presentó a mi marido con Rafael, el padre de Marcelo. Así armaron su relación, afianzada por un equipo de cacería que formaron y con el cual generalmente se iban a Victoria, Entre Ríos. Del viaje con Marcelo, Oscar guardó muy buenos recuerdos. No llamaban desde allá, porque la idea era hacer todo lo más rápido posible. Mi esposo cocinaba, incluso arriba del auto, y Marcelo le pedía que hiciera cualquier comidita para seguir el camino. No quería recorrer, ni parar en ningún lado, menos en los lugares poblados, como mucho estar 25 minutos en cada pueblo".

Luego lo acompañó Luis Milisi, un amigo, con quien se separó en pleno viaje: "Estaba vendiendo repuestos y quiso cambiar las reglas del viaje, que consistían en que me acompañaría a todos lados. Me dijo: 'usted me deja en San Pedro, yo trabajo todo el día y mañana, cuando regresa de Oran, me pasa a buscar y seguimos. Eso sí, se va a tener que meter seis kilómetros adentro, porque el pueblo está alejado de la ruta...'. Le

advertí que estuviera entre las 9 y las 12 en el camino. Se ofendió y amenazó con volver a Rosario en micro. Entonces me bajé, le dejé el equipaje en el asfalto y le di la mano. No volví la cabeza porque debe haber sido muy duro verlo al Lulo parado en un colectivo lleno de coyas", contó Bielsa en "El Gráfico" en 1992.

Los años en los que dirigió inferiores, mostraron el estado más puro de su carrera como técnico, su más puro nivel de creatividad. A la primera carnada que dirigió, en la que se destacaban Roberto Sensini y Abel Balbo, les hacía llevar palos de escoba para utilizarlos como estacas en los entrenamientos de conducción.

Griffa lo caracteriza: "Piensa y se maneja como un hombre de divisiones inferiores". En este sentido se relacionó a principios del 2000 con Francisco Maturana, director técnico de la selección de Colombia en aquel momento, quien todavía lo recuerda: "Por Bielsa guardo un respeto absoluto y mucha admiración. Hablé con él de la importancia que le da a la formación de los jugadores. Uno trabaja con futbolistas ya formados y él considera que hay que mirar esa primera etapa, la que llevó a cabo en Newell's.

Queríamos compartir su experiencia en una charla con todos los técnicos de Colombia. Consideramos que la Copa América era el escenario ideal para volcarle nuestras inquietudes. Lamentablemente la ausencia de Argentina nos privó de aquel deseo".

Acompañar los primeros pasos de un deportista, algo no demasiado redituable, habla de su vocación, de respirar constantemente fútbol, de su más sincero sentimiento: "Fui feliz cuando disfruté del amateurismo, cuando crecí enamorado de mi trabajo. Tengo un sentimiento profundo por el fútbol, por el origen del juego, por el picado y por el baldío. Desprecio todo lo añadido, todo lo que le fueron agregando para convertirlo extrañamente en deseado".

SU TRANSGRESIÓN

... "LA MÍA ES UNA FAMILIA DE PROFESIONALES"

Martín Prieto conoció a Marcelo en la época en que el técnico del Seleccionado argentino era "Cabezón" y no "Loco" (este apodo caería luego por decantación), por intermedio de un amigo en común, con quien iba a ver a la tercera de Newell's. En el libro de Rafael Bielsa y Eduardo Van der Kooy, "La vida en rojo y negro", Prieto escribió en uno de los capítulos: "Nos divertía que el Gordo -el amigo en común- conociera a un jugador de la tercera y más de la forma en que lo había conocido: en el colegio Sagrado Corazón. El fútbol estaba reservado para los de abajo; para los de arriba, quedaba el infinito glamour del deporte amateur, pero él -Bielsa-, un zaguero menos fino que el "Chacra" Moreira y un estratega diez veces más burdo que "Peluca" Segarra, los dobló a todos en transgresión".

Su hermano Rafael lo afirma: "En el colegio secundario de Marcelo, el Sagrado Corazón de Jesús de los bayoneses, había grandes jugadores de fútbol que jugaban en el Jockey Club pero que tomaban al profesionalismo como una incultura. Lo social-mente aceptado era el amateurismo".

Nunca Bielsa se refirió a la clase media alta de su familia, ni al prestigio que tiene su apellido en las aulas de derecho. Sí a ser la excepción de la genealogía: "La mía es una familia de profesionales y sin embargo jamás se opusieron a mis vocaciones. Quise ser jugador de fútbol y lo fui. Fracasado, pero llegué a jugar en la Primera de Newell's. Después inicié la carrera de preparador físico y la terminé, soy profesor. Finalmente trabajo como director técnico de fútbol, sin que nadie me mire con mala cara. Y digo esto más allá de que mi padre jamás haya pisado una cancha para verme jugar o dirigir; no es que no le gusta el camino que yo elegí, sino que no le interesa la actividad que a mí me apasiona", declaró hace diez años.

Durante su carrera de jugador, se distinguió de la media de los futbolistas. José Luis Danguise, compañero en Newell's e Instituto, contó en el diario "Ole" que "estábamos juntos a diario. Rompía las reglas, tenía libros a patadas. Vivíamos en el mismo edificio y él se cortaba, pasaba mucho tiempo solo". En el curso para director técnico, las horas de psicología se consumían por sus discusiones con el profesor. Y desde siempre, se caracteriza por un léxico distinto, con frases bien pensadas y descripciones largas. Cuando jugó en Córdoba, sus compañeros lo cargaban en el vestuario, por esas palabras tan suyas: episodios, discernir o amerita.

Braceó contra la corriente numerosas veces. Norberto González, secretario técnico del fútbol profesional de Newell's entre 1967 y 1992, fue uno de los primeros sostenes en la carrera de Marcelo. Decía conocerlo como nadie: "Me acuerdo cuando con 16, 17 años, se peleó con el padre y me vino a pedir una mano: quedarse en la pensión del club. ¿Cómo hacía para darle lugar a un chico de familia acomodada y rosarino, donde vivían sólo los chacareros que llegaban con una mano atrás y otra adelante? Hablé con el Gallego Martínez, que cuidaba la pensión de Mendoza y Moreno. ¡Para qué! A los dos días se puso loco por-

que se le había cruzado la idea de dormir con su moto bajo techo, al lado de su cama". "Vivió en una pensión del club abrazado junto a su moto; se ve que necesitaba afecto", escribió su hermano.

Clelia González, viuda de Norberto, no quedaba fuera de las órdenes de Bielsa, cuando éste y a era técnico de la primera: A mí me encargaba grabar algunos partidos. Llamaba a cualquier hora; un día a la una y media de la mañana, tuve que decirle 'mire Marcelo, es tarde, estamos durmiendo...'. Mi esposo quiso a todos los entrenadores, Se llevó bien con todos. Pero con Marcelo era especial, le tenía más paciencia, quizá por ser mas joven". La disponibilidad horaria es otro rasgo que Bielsa piensa que debe tener cualquiera que trabaje cerca suyo, sean sus ayudantes o los jugadores, y éstos raramente soportan eso.

Carlos Ramaciotti, el director técnico, que también jugaba en las inferiores de Newell's siendo un año mayor, comparte muchos caracteres de Bielsa. Sobre todo, recoger todo lo posible para incrementar el conocimiento, lo que Ramaciotti define como una "aduanas intelectual". En la época en que tenían como meta llegar a ser jugadores profesionales, los separaban cuestiones insalvables: "Teníamos poco trato. Era lógico: jugábamos en el mismo puesto y además, por mi posición económica yo tenía que llegar o llegar, en cambio su situación era otra". Bielsa llegaba a cada entrenamiento en su bicicleta negra, vestido de jeans y camisa. Sus compañeros lo cargaban diciéndole que las empleadas en su casa lo llamaban "niño Marcelo".

Irascible, tenaz, se ofusca cuando alguien se interpone en el camino trazado, sobre todo en lo laboral. Y no tiene problema en exteriorizar su bronca.

Ya como técnico de la Selección argentina, el 8 de junio de 1999, en un viaje a Chicago para enfrentar amistosamente a México (2-2), fue almacenando rencores hasta explotar, algo habitual en él. Los jugadores habían tenido que separarse en

taxis porque el micro no había aparecido para llevarlos a la práctica, el estadio Soldier Field no dio signos de vida de algún encargado de abrirles la cancha por varios minutos y luego los cancheros prohibieron que usaran botines. Uno de los empleados les escondió una bolsa de pelotas para que no pudieran entrenarse y evitar que maltrataran el reluciente verde campo. Bielsa, desencajado, fue a buscar luego a uno de los dirigentes que encabezaban la delegación, Jorge Bosco (de la Liga Marplatense), para recriminarle no haber intervenido. Tiempo después, como acostumbra, le pidió disculpas mediante una carta.

En el libro "Liderazgo" que escribió Jorge Valdano, al ser uno de los reporteados por el autor, Marcelo reflexionó abiertamente sobre algunas de sus inquietudes en su labor de técnico. Cuando respondió sobre las dificultades que impiden la comunicación fluida en los equipos, dejó ver cuestiones muy ligadas a sus preocupaciones más allá del fútbol.

"El individualismo excluyente, que sitúa las conveniencias personales sobre los intereses colectivos; la incapacidad de reconocer errores, de sobrellevar con grandeza la sensación de ser criticado; el sentir el reconocimiento público del error como un hecho que lo vuelve más vulnerable y lesiona su imagen, y no reconocer la necesidad de esfuerzo sobre aquellos aspectos que exceden su capacidad natural y espontánea de prestación", fue su elaborada reflexión.

Bielsa nació en 1955, es de una generación que comenzó la adolescencia en tiempos de revolución y nuevas concepciones, como los beatniks que dieron lugar al hippismo, el rock como forma de manifestación en el Primer Mundo y los movimientos de liberación en esta parte del globo, como la Revolución Cubana. Crecido dentro de una juventud signada por modelos que lucharon por la igualdad social, Bielsa elige tres líderes:

Mahatma Gandhi, Jorge Griffa (significativo en su vida) y Ernesto Guevara. El Che, devenido en mito a su muerte, había dicho en 1962: "Yo trabajo 16, quizá 18 horas diarias. Duermo seis, cuando puedo dormirlas. No tomo. No voy a ninguna diversión, de ninguna clase, y soy un convencido de que tengo una misión que cumplir en este mundo y de que en aras de esa misión, tengo que sacrificar el hogar e incluso mi vida". Con muy disímiles objetivos, la lucha contra "el sistema" de un lado, ganar un partido de fútbol del otro, usó aquél y usa éste, los mismos recursos, la misma dedicación, para alcanzarlos.

Practicar un deporte o trabajar en un grupo sirve para conocer al prójimo. También para rescatar virtudes y jerarquizarlas. Fue el fútbol y su ambiente lo que le dio un parámetro a Bielsa: "Aprendí por el deporte que la generosidad es mejor que la indiferencia. Aprendí el valor del coraje, la importancia del esfuerzo y lo trascendente de la rebeldía. Son los tres o cuatro elementos con que después yo traté de orientar mi vida".

Bielsa transgrede, es distinto por naturaleza. No es el típico director técnico: tras ganar el Apertura '90 con Newell's, sorprendió cuando le pidieron una opinión sobre el subcampeón: "¿Qué le puedo decir de River? Y... que fue el mejor equipo del torneo". A la mayoría de los entrenadores les comienza a interesar la carrera luego de retirarse de la práctica activa; a Marcelo, no. El fútbol siempre fue lo de él, pero sin duda no para jugarlo. Mientras actuaba en Instituto, le mostraba a sus compañeros dibujos de quiénes debían ser los titulares y cómo debían moverse.

Rafael le dedicó en su libro un capítulo entero, titulado significativamente "El D.T. de la máscara de hierro", en el que lo aísla del resto de sus colegas: "Está llamado a saldar una rancia antinomia detrás de la cual se alínean los hinchas, los entrenadores, los periodistas y hasta la Bolsa: pelota al pie versus cen-

tro a la olla, Huracán del '73 versus Estudiantes del '69. Tiene algo de cada uno de sus predecesores en la Selección, carece de rasgos de ellos y debe amalgamar algunos de los suyos, que no son pocos. El es escueto, Menotti es copioso hasta el empacho. Es práctico, contra lo dogmático que es Bilardo. Basile cree que el fútbol es una mezcla de profesión, diversión y suerte; Bielsa cree tanto que la profesión puede arrinconar a la suerte que no le queda margen para la diversión. Passarella dirige mirando para atrás, al Gran Capitán; él busca su estatua ecuestre en los años por venir".

En la conferencia de prensa del 6 de noviembre del 2001, anterior al partido de Argentina frente a Perú, lo interrogaron acerca de sus virtudes como técnico: "La frontalidad y la sinceridad son valores que todo aquel que está obligado a conducir, debe tener. O por lo menos, yo como conducido, siempre aspiré a que mis conductores actuaran conmigo de esa manera".

Ya había hablado en primera persona el mismo año, en otra de las extensas conferencias: "Me atrae la victoria y me doy cuenta de que el camino que más me acerca a ella es el protagonismo. Jamás pensaría un partido sin jugar en el campo rival". La única parte que deja conocer de su máscara polígona es la relacionada a su trabajo. Jorge Griffa, a quien deberá estarle agradecido de por vida (fue quien lo moldeó, lo guió y lo recomendó), fundamenta la predilección que conserva sobre Bielsa: "El técnico que está convencido es diferente. El jugador no puede crecer en la duda. Él tiene un gran poder de comunicación y de convencimiento con los jugadores. Tiene la capacidad para estar al mando de cualquier grupo, conoce abajo y arriba, y cuenta con una juventud madura y condiciones muy buenas para la conducción".

José Pekerman nunca lo elogió tan abiertamente como en una columna que escribió en el diario "La Nación", cuando se cumplieron 1000 días de la estructura novedosa formada por ambos

en la Selección argentina: "Es tan apasionado como consecuente y perseverante, aprendo todos los días de él. He conocido a muchos colegas, cada uno con sus características, pero a Marcelo no lo puedo comparar con absolutamente nadie". Raúl Gámez lo llevó a Vélez y lo destacó siempre que tuvo adelante a Julio Grondona; él rescata otra diferencia con la mayoría de los técnicos: "Normalmente le echan la culpa al árbitro; a Bielsa jamás lo vas a escuchar después del partido quejarse de un juez. En toda actividad conviven y trabajan seres regidos por el mismo patrón de conducta. Se nota que él es un exponente por lo menos extraño en el fútbol. Para algunos será motivo de burla, para otros de reconocimiento. En las definiciones de las copas internacionales entre clubes, abundan las formas de sacar ventaja desde lo psicológico, por ejemplo los típicos aprietes. Cuando llegó a San Pablo para la revancha de la Libertadores que perdería, fue categórico ante la prensa brasileña, que le preguntaba si podrían soportar la presión belicosa que vivirían en las horas previas: "Los que generan estos climas hostiles antes de los partidos de fútbol demuestran una debilidad ante la alta competencia... Y los que le responden también".

Pekerman escribió en aquella columna: "La selección es el sentimiento de representación más grande y más fuerte que tenemos los argentinos. Entendí que desde esta vidriera se podían demostrar algunos valores perdidos y Marcelo lo hizo. Es alguien que debate, que no tiene prejuicios. No elimina porque se le antoja. Es un estudioso. Un constante formador de conceptos".

El periodista Miguel Marín razonó, antes del Mundial, que "la Selección nacional es una Argentina de ficción, donde juegan los mejores de cada momento y en la que, junto con el talento, se premia el esfuerzo. La resistencia que ha generado Bielsa está relacionada con el rechazo de los argentinos a aceptar esquemas rígidos y previsibles".

El escritor Esteban Peicovich redactó en "La Nación" que "la dirigencia del país debería incorporar la fórmula 'corazón y pases cortos' de Bielsa; o sea, sanata por rigor y temblor, que es como salen bien las cosas de la vida".

En ese sentido, un mejor rendimiento en Corea-Japón hubiera servido como un cachetazo en una nación donde "sacar ventaja" con furor, ha producido que algunos términos hayan perdido vigencia y valor, como por ejemplo "trabajo". Una nación signada, como escribió su hermano Rafael, por "la erudición del sálvese quien pueda". Se cuida de no caer en excusas, pese a que "el que no llora no mama", y sólo disfruta de lo que merece, contra "el que no afana es un gil". Por todo esto le dicen Loco. Por ser distinto, por ir contra la corriente, pese a que tiempo después de la eliminación del Mundial haya dicho: "No me describo como un inocente. Soy una expresión de este pueblo, soy igual de malo. Yo también muestro la hilacha cada vez que puedo".

"Una nueva Argentina se merece a Bielsa", rezaba una bandera que algunos hinchas de Newells llevaron para recibirlo en el aeropuerto de Ezeiza, después de quedar eliminados del Mundial. Paradójicamente, ese día dijo: "Si hay que buscar un responsable, ése soy yo". Se hizo cargo; cuánta falta hace que lo hagamos cada uno. Sabemos nuestra historia. La padecemos. Menos claro es dilucidar a este ejemplar que no la simboliza ni le pertenece.

RELACIÓN CON LOS JUGADORES

... "HABÍA QUE ESTAR PREPARADO PARA BANCAR A BIELSA"

Es notable cómo Marcelo Bielsa no ha variado el discurso a lo largo de los años. Llama igualmente la atención que su relación con los jugadores haya sido regida siempre por idénticos parámetros, haya acarreado similares problemas y haya producido que ellos, más allá de donde los ha dirigido, rescaten las mismas características del Loco. Sólo influyó el contexto en el cual desembarcó en cada uno de sus trabajos, por lo objetiva y subjetiva que es a la vez la realidad.

Sin la verbosidad de César Menotti ni el estilo paternal de Carlos Bianchi, por ejemplo, sus virtudes de conductor no son advertidas de inmediato por los futbolistas. Su figura de anticarismático provoca que primero lo miren de reojo. El ex presidente de Vélez Raúl Gámez lo sabe por haberlo vivido: "A los jugadores se los va ganando con la dedicación, el trabajo y la hombría de bien. Fijate que es muy difícil que hablen mal de él, mientras que de otros técnicos que tienen más renombre, siempre hay alguien que los critica".

Una constante en sus etapas de entrenador es haber sido criticado y menospreciado por los mismos jugadores que a su par-

tida, no sólo lo elegían sobre el resto, sino que también lo exteriorizaban. Un ejemplo: Martín Posse era uno de los pocos que se enfrentaban con él en las charlas sobre la táctica a utilizar; tiempo después, lo invitó a su casamiento.

Bielsa tiene un precepto: "La conducción es fundamentalmente convencer". Y para ello, sabe que para vender algo primero hay que querer comprarlo.

Establece un orden: "Se puede ganar con un estilo y con el antagónico, pero no con aquel en el que uno no cree". Este es uno de sus axiomas preferidos, creer fuertemente en lo propio, para lo cual necesitó de años, hasta que armó sus conceptos, que hoy transmite con la energía y el entusiasmo que el convencimiento le da.

El psicólogo social Emilio Cos Cuevas le da la razón: "El jugador debe tener claro qué es lo que tiene que hacer personalmente en la cancha y qué busca el equipo. De no ser así, puede sacar la conclusión de que él no lo sabe porque el técnico tampoco. Y así, indudablemente, le perderá la confianza".

En este sentido fundamental de la credibilidad al técnico, juegan varios factores. En primer lugar, la chapa del conductor. A su arribo al campo profesional, no cargaba precisamente con una mochila de triunfos. Por eso declaraba después del título del Apertura '90, su primer torneo: "Soy tan sólo el producto de 16 años con mensaje. Porque Menotti y Bilardo, más allá de sus diferencias, lo tuvieron y lo propagaron. En lo personal, nadie sabe el peso que me saqué de encima. Porque yo partía en desventaja frente a los jugadores. Qué diferencias había con los muchachos de River... A ellos, Passarella les decía "perdemos 1 a 0, pero hay que ir al frente, como aquella vez, en el Mundialito, contra Alemania, cuando le dimos vuelta el partido en cinco minutos". Yo me podía referir a algún partido contra Botafogo, un equipo de la Liga Rosarina... Daba un enorme handicap de credibilidad. Ahora no. Soy otro técnico argentino

que puede contar los episodios que llevaron al logro de un campeonato".

El arte de motivar a un plantel necesita también de variantes en el mensaje. Juan Manuel Llop, referente en Newell's, figura en las dos finales frente a Boca en una posición en la que nunca había jugado, decía en aquel entonces: "Vivimos concentrados y jugando, pero no nos atrapa la monotonía. Eso es virtud de Bielsa, que tiene una esencial: brinda el mensaje exacto para cada partido. Nunca entramos vacíos de emoción; siempre tenemos un motivo, una ilusión, una esperanza...".

Para ejemplificar aquel concepto de que la relación de Marcelo con los jugadores se desarrolló siempre de la misma manera, sin importar el club ni la época, sirve relacionarse con los estudiantes universitarios que dirigía cuando estaba a cargo del seleccionado de fútbol de la Universidad de Buenos Aires.

Aldo Forti, arquero suplente en aquel selectivo, recuerda: "De Bielsa rescato como punto distintivo el transmitir lo que siente por lo que hace. Contagiar y entusiasmar".

Forti, que luego lo volvería a encontrar ya como técnico profesional, rescata como anécdota saliente un hito que se repetiría en sus sucesivas labores: enfrentarse con el experimentado del grupo. Lo memoriza mejor Miguel Caloni, mediocampista derecho del equipo universitario: "Todos recordamos cuando quiso trompear al capitán del equipo: Eloy del Val, un tipo considerado casi intocable, que cagaba a pedos a todos. A la segunda vez que discutió, Marcelo se encerró en el vestuario y se sacó el saco, el reloj y todo lo que tenía encima para pelearse. Lo tuvimos que separar entre todos".

Siempre tuvo inconvenientes con las figuras. En Newell's su teoría de fútbol en constante movimiento le valió que dudaran de la relación que tendría con Gerardo Martino y Julio Zamora. Al mexicano Zague, histórico del seleccionado, costó cautivarlo en el América. En Vélez, donde estuvo enfrentado con José Luis

Chilavert, sus modos opuestos a los de Carlos Bianchi, le valieron la antipatía y la desconfianza de la estructura que había sido campeón del mundo. Es dueño de una frase que lo pinta: "Los mejores no merecen privilegios, a ellos hay que exigirles proporcionalmente a sus cualidades"; a la hora de trabajar no realiza ninguna concesión. ¿Cómo hubiera actuado si le hubiese tocado dirigir a Diego Maradona?

Generalmente no los incita a que le digan lo que piensan y a que le efectúen críticas delante de él, una clave en la conducta de cualquier grupo, para evitar que lo hagan en otros ámbitos. No obstante, mientras jugaba, no tenía problema en enfrentarse con el técnico o con el preparador físico; incluso era de pedirle mayor intensidad en los trabajos.

Capaz de contestar "no entendí una mierda" después de una indicación de Gualberto Mugione, su entrenador en Instituto, o también en Córdoba, de interrumpir un ejercicio físico al darse cuenta de que lo hacía defectuosamente y recriminarle al preparador físico Nardi: "Toda mi vida lo hice para la mierda". Se nota que tiene un exabrupto preferido.

Eduardo Bermúdez lo condujo en la reserva de Newell's: "Él es muy competitivo consigo mismo, de esa manera se preparó. Era exigente con él y con nosotros; nos refutaba algunas de las tareas que dábamos". "Soy de la idea de exigir", dijo en Japón, donde muchos se rieron cuando en un amistoso en el que los suplentes perdieron 1-0 ante el Sendai Vegalta, le gritó a uno de los desconocidos juveniles que reforzaron la delegación: "Pisculichi, metete en el partido".

Obviamente causó distintas repercusiones cuando llegó a Vélez, con futbolistas consagrados a nivel local, que cuando asumió en Newell's, en un plantel compuesto mayormente por pibes cuyo crecimiento había acompañado en inferiores. En abril del '91, un reportaje en "El Gráfico" fue ilustrado con una foto en la que se lo ve, en un alto de un entrenamiento, relajado,

hablando con siete jugadores titulares, sonrientes él y ellos, una imagen casi imposible de volver a conseguir en sus consecutivos empleos. Y después de uno de los títulos conseguidos, se sinceró: "Si no quisiera mucho a los jugadores de Newell's, no hubiera podido lograr el clima que obtuve en este equipo".

Le conviene regentar juveniles. Puede terminar de formarlos, una de sus cualidades, y son más proclives a aceptar las exigencias de un nuevo entrenador. En la Selección argentina, luego de una temprana época de turbulencias, se percató de que debía amoldarse a conducir un grupo de estrellas. Raúl Gámez, un constante defensor, entiende que "imponerse a estos jugadores de Selección, con el cartel que tienen, no es fácil. Era claro en su primera época, como cuando tuvo aquella pelea con Calderón. Pero pasa el tiempo y los jugadores lo conocen, se dan cuenta que no es traicionero, que no va con cuentos; se los gana con ejemplos y no con hipocresía".

Gámez trata de justificar el descontrol que lo llevó a Bielsa a insultar y a querer trompear, en pleno aeropuerto de Asunción, a José Luis Calderón. Realmente, en sus primeros meses en la Selección, su llegada entre los futbolistas era casi nula. Así como en Newell's no lo respaldaba una historia como jugador, mucho menos en el equipo nacional, donde también pesaba no haber estado en un conjunto de los más populares. Necesitaba del éxito inmediato, la única manera con la cual podían llegar a confiar en él. Lo mismo ocurre en su segunda gestión, aunque lo que necesita ahora es recuperar el crédito que había conseguido. Quienes lo tuvieron en sus primeros equipos opinan por lo general que ahora, en la Selección, genera otro trato. Fernando Pandolfi apuntó que "en Vélez cada uno tenía su partido con un rival. No lo veo tanto en la Selección. Creo que juegan más al fútbol; a nosotros, pese a que salimos campeones, nos llevó varias fechas jugar vistoso. No sé si es porque él no lo pide o porque no le hacen caso".

En Newell's les hacía revisar artículos de diarios acerca de los rivales para alcanzar una compenetración progresiva; indudablemente en la Selección debía amoldar sus exigencias.

Uno de los de aquella época, Fernando Gamboa, explicaba acerca de su primera época sin buenos resultados en el Seleccionado, en un reportaje brindado a la revista "Sólo Fútbol", que "lo que pasa es que el jugador debe estar abierto para recibir lo que él dice. No es lo mismo transmitirle conceptos a un grupo de pibes que nos queríamos comer la cancha, como éramos nosotros, que a uno de experimentados con 10 años en Europa. Por ahí se cierran y piensan que ya saben todo". El juego que pretende de su equipo lo va explicando a medida que se conocen. La primera impresión, unánime, es que Bielsa quiere cambiar lo que venían haciendo. Los entrenamientos se suceden y van completando la idea de un técnico detallista y exigente al máximo. El Kily Cristian González declaraba en agosto del 2000, en el diario "La Nación": "Y sí, al jugador un poco le rompe. Pero digamos que Bielsa tiene una sana manera de romper...". Gamboa se retrotrae y encuentra lo mismo: "Había que estar preparado para bancar a Bielsa, pero después los resultados se veían en la cancha".

En Vélez hacía charlas tácticas en forma separada; antes de la cena del día anterior de cada partido, se reunía con los defensores y volantes defensivos media hora, y luego con los delanteros y mediocampistas de ataque otro tanto, aunque con éstos siempre se demoraba, por la explícita reticencia que le demostraban por tener que marcar a un rival por todo el campo; Martín Posse y Pandolfi eran los que se animaban a decírselo. Al respecto surge una anécdota: en los tiempos en que empezaba a sonar confiable, Mauricio Pellegrino, capitán y líbero, le preguntó si pensaba que eran jugadores aptos para defender con una línea de tres hombres; Bielsa, obvio, le contestó afirmativamente.

te, a lo que aquél le respondió que "eso es suficiente para nosotros".

Acerca de su rigurosidad por lo planificado, hasta llegar a ver al fútbol de una manera mucho más compleja que la media, Fernando Pandolfi lo recuerda "raro. Había partidos que me iba a mi casa re caliente porque no me había salido nada y él me felicitaba. En cambio, otras veces que yo pensaba que había jugado bien, me cagaba a pedos porque en un par de jugadas no había seguido a un rival en un relevo. Nosotros analizamos el partido en lo técnico y él, en lo táctico. Más allá de que teníamos puntos de vista distintos y que los discutía con él, siempre le hice caso, aunque el periodismo decía que yo no aceptaba lo que me decía. Después de un partido contra River en el Monumental, donde lo único que hice fue seguir a Astrada, dije que estaba acostumbrado a que el 5 me marcara a mí y no que yo lo siguiera a él. Quedé mal porque ni había tocado la pelota ese día. Esa fue una de las veces que me felicitó y yo no entendí nada".

Bielsa actúa como si hubiera premeditado cada rasgo de la conducta para no dar lugar a ningún tipo de reproche. Así como se dedica absolutamente a su trabajo, quiere la misma entrega de parte de sus jugadores. No aceptó una invitación de Bernardo Neustadt para ir al programa televisivo "Tiempo Nuevo" en 1990 porque sus jugadores estaban concentrados. Quiere lo mismo para ellos que para él.

Pudoroso de su vida privada, no hace un tema importante de la de sus conducidos. No le interesa ni en qué gastan el primer sueldo. Carlos Cordone ya usaba pelo bien largo y tatuajes cuando jugaba en Vélez: "Nunca se fijaba en la ropa, en el pelo, en los aritos, lo único que realmente le importaba era que cuando tuviéramos que hacer los trabajos con él, los hiciéramos con ganas". Pero claro, si le irrita que salgan a la luz aspectos de su personalidad, la que va más allá de su trabajo, también le moles-

ta determinada exposición pública de ellos. A Cordone lo reprendió por mostrar tatuajes y aros en una producción fotográfica: "Que los tenga me parece bárbaro, pero no los exhiba. Usted es un jugador de prestigio internacional y no es de jugador serio lo que hizo", le advirtió.

Se opone a casi todos sus contemporáneos directores técnicos, quienes son ante todo experiencia más un mínimo de teoría. Mientras los demás jugaban al fútbol, él lo estudiaba. Armó sus ideas de fútbol a través de años, mientras lo sentía como hincha, espectador imparcial, profesor de educación física y estudiante para técnico. Hoy está tan seguro de su catálogo que pide otras opiniones, pero no para cambiar.

Tiene una particular concepción de los jugadores que elige fuera de la cancha: admira a aquellos que cuentan con algo que él desearía. Para el partido también elige a aquel que pueda discernir con objetividad y criterio: "El futbolista debe ser pensante, inteligente, con capacidad interpretativa de cada una de las variantes del juego. La inteligencia de ellos no debe ser, obligatoriamente, la inteligencia de la cultura". Fuera del campo también elige los que disciernen con criterio, porque cree que aquellos que usan la lógica en la vida también lo harán en el fútbol. Si pensar ya es difícil, hacerlo corriendo es más complicado todavía.

Su hermano Rafael describió la relación con los jugadores en el libro "La vida en rojo y negro": "Es fácil saber cuáles preferirá. Tiene que ver con su forma de ser, con las cosas que le faltan para sentirse a sus anchas en la vida y con lo que le transmite seguridad. Preferirá el temple al arranque, la transpiración inspirada a la inspiración momentánea, la acción del esfuerzo a la sobreactuación del sacrificio, la dosis a la canilla abierta. Una vez que Marcelo los ha hecho suyos, no deja de mirarlos hasta que se retiran del fútbol".

¿Cuántos técnicos argentinos tratarán de usted a sus conducidos? Miguel Caloni, que lo tuvo en el equipo de la Universidad de Buenos Aires, todavía se sorprende: "Nosotros tampoco lo tuteábamos, y eso que yo tenía 23 años y él 27. Marcaba distancia".

Necesita lograr esa brecha; si no, el desgaste con el grupo será una lógica consecuencia. El hablar con ellos sólo de fútbol, con la obsesión que guía su análisis, es un recurrente foco de discordia.

Pocos saben que antes no concentraba con ellos "para oxigenar la relación, para no transmitir la ansiedad. Ahora sí lo hago, por temor a ser mal interpretado". El viernes 21 de julio de 2000, estaba alojado junto al plantel antes de viajar a San Pablo para jugar frente a Brasil por Eliminatorias, pero nadie sabía, ni siquiera el personal del predio de la AFA en Ezeiza, que ese día cumplía 45 años.

Trató siempre de deslindar la relación con los futbolistas: en el América de México, en Carlos García, el preparador físico; en el Espanyol de Barcelona, en Paco Flores, técnico alterno anterior a su llegada.

Cuando fue designado técnico de la primera, designó un profe de experiencia y ascendencia en los planteles, Jorge Hugo Castelli, depositando el liderazgo social en él. Cuando éste marchó rumbo a México y el recio Rodolfo Valgoni lo reemplazó, Bielsa debió asumir funciones no queridas y empezó a debilitarse la afinidad, lo que marcó su alejamiento de Newell's. Gamboa evoca aquellos momentos en los que "no queríamos hablar de fútbol y él lo consume las 24 horas. Cuando se fue, la relación estaba muy desgastada. Tuvimos un momento de respiro en un amistoso de festejo. No me acuerdo ni cómo salimos (N. de R.: 0-2 con Olimpia de Paraguay), sí que estábamos jugamos muy mal. Él se enojó muchísimo y nosotros nos terminamos de dar cuenta de que para él en esto no hay respiro".

Fernando Gamboa es una de las referencias en su carrera. Lo había dirigido en las divisiones menores; en primera le dio confianza y titularidad pese a su juventud y una controvertida imagen; y Bielsa lo reconoció siempre uno de los artífices del cambio de identidad y la mística instaurada en Newell's: "Gamboa fue fundamental: contagia, transmite, enciende".

Dos hombres temperamentales como ellos suelen armar una historia de amores y odios. Mientras convivían, tuvieron cruces; hoy, el defensor no duda: "Tuve a los mejores técnicos del país, por lejos: Menotti, Bilardo, Passarella, el Coco Basile, el Maestro Tabárez, Yudica... Pero del mejor no tengo dudas: Marcelo Bielsa". Y también es clave para entender que Bielsa es mejor técnico a la larga: "Cuando en un entrenamiento repetíamos y repetíamos la misma jugada, nos fastidiaba, decíamos 'otra vez un lateral...'. Pero después entrábamos a la cancha con una confianza terrible. No teníamos el partido ganado, pero se simplificaba".

Los que lo cuestionan dicen que mecaniza, que repitiendo movimientos le resta improvisación a una actividad dinámica por naturaleza. Es posible, pero él prefiere ganar en coordinación. Para entrenar utiliza sectores pequeños de la cancha y llegó a atar a los jugadores, como hacía Juan Carlos Lorenzo, para que incorporaran tener una opción cercana, el sentido de jugar corto y ser solidarios.

Cuando los jugadores realizan sólo ejercicios físicos, los abandona. Pandolfi cuenta la experiencia de la temporada '97/'98 en Liniers, donde no iba a las prácticas de los martes (el primer entrenamiento después del partido) y de los sábados a la mañana: "Nos dejaba solos con el profe y a nosotros nos llamaba la atención. Quizás aparecía una hora después con una planilla y nos decía 'buenas tardes a todos, hoy vamos hacer esto, esto y esto, ¿lo entendieron?'. Mientras nosotros hacíamos físi-

co, él se la pasaba haciendo dibujitos de diseños tácticos en su cuaderno".

Una vez les dijo a los jugadores de Newell's que "no siempre estoy con ustedes, pero siempre estoy trabajando para ustedes, porque es mi obligación, para eso me pagan...".

Explica a través de los videos y también se vale de ellos para armar su concepto.

Eduardo Bermúdez, quien lo había recomendado para dirigir, viajaba a México para ver los jugadores que representaba: "Un día fui a comer con ellos y él no quiso venir, siempre con su idea de no mezclar los tantos. Yo tenía que volver a su casa, estaba viviendo con él y su familia. Me dijo que no me hiciera problema por la hora, que él iba a quedarse despierto para abrirme. Llegué a la una y media, y ahí estaba, con una idea fija: mirar fútbol. Me tuvo hasta las cuatro de la madrugada viendo un compacto de las jugadas del Piojo López en Racing".

Antes de los partidos, no habla más de 15 minutos y casi nada del contrario: "Las charlas técnicas las veo poco trascendentes. El futbolista admite cinco mensajes, hay que calificar bien lo que uno quiere transmitir". Prefiere ir desmenuzando a través del trabajo semanal en breves reseñas. En ocasión del viaje de Newell's a Cali para la semifinal de la Copa, un día los reunió seis veces. "El Gráfico" publicó que uno de los jugadores confió por lo bajo: "Si es por él, en vez de postre, nos da una charlita".

Aunque prefiere que lo hagan los preparadores físicos que trabajan con él, es de motivar a los jugadores. No deja ver las prácticas porque no quiere que trascienda su exigencia desmedida; él incluso la denomina "maltrato" (en un entrenamiento del seleccionado, por ejemplo, retó fuerte a Marcelo Delgado).

Usa el diccionario de sinónimos, no sólo para tener una mejor forma de referirse con los periodistas, sino también para aprender un concepto nuevo que movilice a sus dirigidos.

En situaciones límites, tiene a mano dos variantes: tomar la victoria como vida o muerte, o aflorarles el espíritu amateur, el mismo que elogia antes que cualquier virtud de una Selección repleta de figuras en el exterior, el mismo al que apuntó antes de la final de la Libertadores con Newells: "Nosotros tenemos que reconstruir una sensación, algo muy profundo: remitirnos a los 14 años, cuando en el barrio nos tocaba jugar contra aquellos rivales a los que les teníamos bronca y no nos importaba nada más que eso, ni el lugar, ni la hora, nada... Porque lo único que nos interesaba, justamente, era jugar". A los mismos jugadores, un año antes, les había hablado de la otra forma, en víspera de la definición del torneo en cancha de Boca: "Les expliqué que no me importaba el trámite, que el que gana es el mejor y el que pierde es el peor. Que no se dejaran engañar por eso de las derrotas dignas o las victorias morales".

Juan Pablo Sorín contó que "Bielsa tiene un grupo de ayudantes que le compagan las jugadas y hasta le filman los entrenamientos. Entonces él te dice 'en tal ataque volviste tarde'; si se lo llegas a negar, aprieta un botón y te calla". En Vélez llegaron a estar tres horas para analizar el video de un primer tiempo. Cuando convocó a Claudio Caniggia a la Selección, lo llamó después de la cena y le mostró muchísimas jugadas de él en el Glasgow de Escocia; marcándole cuáles de esas (y cuáles no) quería que repitiera para la Argentina.

Jorge Griffa, su gran mentor, habla como técnico, pero ante todo como formador: "La evolución del fútbol va de la mano de la evolución de los entrenadores. Y él piensa permanentemente de qué modo mejorar. Más allá de sus capacidades, es sobre todo leal, recto, honesto y a veces excesivamente frontal". Claudio Husain avanza sobre el mismo rasgo: "De él rescato más la personalidad que sus conceptos de fútbol. He tomado sobre todo la honestidad en el trabajo. Más allá de que los futbolistas somos sensibles, él siempre va de frente". Y Germán Burgos, cuando le

preguntaron sobre la virtud de Bielsa, dijo que "no tiene ningún problema en mandarte a la mierda en la cara".

Aldo Forti lo conoció en sus inicios, recién cuando dirigía a una selección universitaria, pero encontró el mismo personaje: "Me acuerdo de su fanatismo por el laburo, de su gran respeto por el jugador, siempre sin tutear, con diálogos muy elaborados, a veces incluso un poco complicado de entenderlo. Transmitía una enfermedad por el fútbol que emanaba y a nosotros no nos quedaba otro remedio que enchufarnos. Ese lenguaje que usaba lo sigo viendo en las conferencias de prensa, ya que no sólo a los jugadores les habla de esa manera. Es un tipo que transmite las ideas más abstractas que como estamos acostumbrados a escucharlas. Nosotros éramos todos alumnos universitarios y nos costaba, me imagino lo que le costará a algunos futbolistas".

Cuando un hombre está acostumbrado a comportarse de una determinada manera, cuando habla con un estilo, le cuesta cambiar, pese a que un buen comunicador se adapta a su receptor. Claudio Husaín decía ya en 1997 que "se expresa muy bien: nos habla de pases transversales, alturas, esquinas. Tuvimos que aprender un vocabulario nuevo". Y en un partido de eliminatorias, se acercó al campo para decirle a Ariel Ortega que quería que se mostrara cerca de la línea cuando Javier Zanetti se proyectaba por la derecha; la televisión denunció su léxico: "La oferta de la recepción tiene que ser vertical", le dijo al jujeño.

Otros momentos de evocación de Aldo Forti sirven para seguir conociendo al técnico persona: "Tiempo después de la ida de Bielsa de la UBA, quedé como uno de los responsables del equipo. En el '91 tuvimos que ir a jugar a Rosario un torneo de papi fútbol. Nos alojamos en el Liceo de Funes, donde casualmente también estaba concentrado Newells. Aproveché y lo busqué a Marcelo. Estaba desayunando en el comedor, cuando me acerqué vi que me miraba de reojo y me anticipé: 'mira, no te vas a acordar de mí.', 'no, no, yo me acuerdo bien' me dijo,

“vos sos Aldo Forti, de la UBA, el arquero suplente, ustedes formaban con tal, tal y tal”, y me dio los nombres de cada uno de nosotros. Habían pasado 8, 9 años. Se levantó de la mesa inmediatamente y me mostró los pabellones donde dormían los jugadores. Me acuerdo de que en un cuarto me señaló a los delanteros, que estaban frente al televisor mirando videos de cómo defendía el rival siguiente, en otro los defensores observando cómo atacaban”.

Forti se refiere también a una preocupación que lo acompañó en toda su carrera: "Una de las cosas que lo preocupaban de ese momento era que cuando daba la formación de un equipo, sentía la presión del profesionalismo, porque según los 16 tipos que él nombraba, determinaba quién ganaría el premio y así él estaba designando por ejemplo, quién podría cambiar el auto". Una década después, con el profesionalismo totalmente arraigado en sus costumbres y dirigiendo hombres de muy buen pasar económico, lo angustiaba el mismo tema, aunque más ligado a las expectativas creadas que a lo material; consultado acerca de la preselección de 35 jugadores que debía armar (la FIFA después revocó la idea), de los cuales quedarían 23 para el Mundial, se sorprendió y por el gesto pareció resignarse: "No lo sabía, pero eso generará en algunos futbolistas una expectativa que no es conveniente".

En la Selección se aprendió rápido los apodos, pero nunca los tuteó. Husaín, uno de los pocos que dirigió primero en un equipo y después para la Argentina, cuenta que "Bielsa demuestra que tiene en cuenta a los futbolistas de otra manera. Conmigo a veces le sale 'dale Turco', pero generalmente le cuesta tutearme y entonces se produce algo gracioso, porque me trata de usted, pero por el sobrenombre".

No se hace amigo de los futbolistas porque, asegura, como entrenador toma decisiones que afectan a los intereses del hom-

bre. Aquellos con los que extiende su relación se pueden contar con una mano; entre ellos, Eduardo Berizzo y Darío Franco.

Franco jugó en el primer año de Bielsa como técnico de Newell's, fue vendido a México y en el primer viaje de vuelta, fue a visitarlo a su casa; varios años antes, cuando había llegado de Córdoba y cursaba quinto año en el Sagrado Corazón, Marcelo se valía de sus amigos en ese colegio para que lo dejaran faltar a la clase de gimnasia y así pudiese concurrir a las prácticas.

Berizzo era con quien habitualmente se estrechaba primero en un abrazo tras cada éxito importante de Newell's. El jugador le está agradecido: "Lo tuve 8 años, 6 en Newell's y 2 en el Atlas de México, después en la Selección, y puedo decir que después de trabajar con él, uno es mejor jugador. Es un constante corrector de errores, aun en el triunfo".

En Vélez, pese a que supuestamente tenía debilidad futbolística por él, dejó afuera a Cristian Bassedas, no por haber dicho éste que "los entrenamientos son aburridos", sino porque sus viajes con la Selección de Daniel Passarella lo devolvían sólo para los partidos. Con Bielsa juega el que está mejor. Bassedas luego lo entendió: "Bianchi, Basile, Veira, bancan a sus jugadores porque saben que ellos los van a salvar a la hora de la verdad. Marcelo, en cambio, si te ve mal, te saca".

Los jugadores eligen al mejor técnico que tuvieron en sus carreras según los éxitos deportivos, cuánta continuidad hayan tenido, o bien, dependiendo del modelo que necesitan por su personalidad. Carlos Cordone tuvo a Carlos Bianchi y a Marcelo Bielsa, pero "me quedo con Bielsa" dice, "porque es con el que más jugué. Lo que más me sorprendió de él fue que jugaba el que andaba mejor. No le importaban los nombres. Le daba lo mismo uno consolidado o uno que recién empezaba en Primera".

Fernando Pandolfi, que por lo contrario prefiere a Bianchi, quien lo guió en sus desplantes anímicos, igualmente elogia a Marcelo: "Nos daba un poco de bronca que fuera cerrado, que fuera sólo un enfermo de fútbol, porque en el fondo lo apreciábamos y sabíamos que era un tipo con el que se podía hablar. Más allá de que era seco y no lo pude tratar, de parte mía y de la de él siempre hubo la mejor onda".

En Chile uno de sus desafíos será poder adaptarse a la idiosincrasia del futbolista chileno. Por lo pronto, gran parte de los jugadores que lo tuvieron hasta ahora se lamentan por no haberlo tratado. En la convivencia con ellos, Bielsa es inabordable.

PERSONAJES

BIANCHI, RIQUELME, MENOTTI, VALDANO, GRIFFA, BATISTUTA, ORTEGA

Carlos Bianchi juega un papel trascendental en la contemporaneidad de Marcelo Bielsa. Sólo el desprecio a confrontar de ambos, ser enemigos de las antinomias, han imposibilitado una versión actualizada del duelo entre Carlos Bilardo y César Menotti. Estos dos personajes redujeron las décadas del '70 y del '80, en el debate futbolístico, a pertenecer a una u otra columna. En cambio, Bianchi y Bielsa fueron marcados como referentes bien distintos, pero nunca se enfrentaron debido a no responder a declaraciones de otros, no imaginarse públicamente en puestos ajenos y nunca separarse del perfil bajo. No obstante, y más allá de no quererlo, alimentaron su prestigio teniendo un colega a vencer.

El comienzo de sus carreras es notablemente parecido. Son de la misma generación (Bianchi es seis años mayor), debutaron como entrenadores en la misma época (Bielsa en 1990, sólo tres temporadas antes que su colega), fueron novatos campeones y fracasaron en Europa (en el Espanyol Bielsa y en la Roma, Bianchi).

La final de la Copa Libertadores de América fue el gran dolor de Marcelo y 24 meses después, el gran despegue de la carrera de Bianchi: ambas fueron frente al San Pablo, en el estadio Morumbí y por penales. Cuando habían alcanzado la gloria con sus respectivos equipos de jóvenes (Newell's uno, Vélez otro), los diferenció que al Virrey lo catapultó una campaña espectacular en Boca, en tanto el Loco bajó su renombre por irse a trabajar a México.

Las comparaciones tuvieron un pico cuando Bielsa llegó a Vélez, que había sido multiganador con Bianchi, un técnico de la casa que supo manejar a un grupo famélico de títulos. Los jugadores históricos se quejaron cuando en su primer torneo en el club de Liniers, Marcelo dijo que se despedían de la lucha por el campeonato tras empatar con River, cuando su antecesor, mientras los dirigía tres certámenes antes, había bajado el pesimismo después de una derrota ante Boca y terminaron dando la vuelta olímpica. Ambos luego fueron candidatos para dirigir a Boca: el recordado Juan Carlos Lorenzo recomendó a Marcelo, que ya había viajado a Barcelona para asumir en Espanyol. En ese momento, a días del Mundial de Francia '98, Bianchi fue el primer técnico en el que pensó Julio Grondona para suceder a Daniel Passarella en el Seleccionado argentino. Los éxitos inmediatos de Bianchi en Boca (cantidad de títulos que se renueva anualmente), contra la poca aceptación que tenían los primeros días de la gestión del Loco en el Seleccionado, influenciaban profundamente en la opinión popular. No faltaron aquellos que reflexionaban con que la demora en la firma de la renovación del contrato de Bianchi, en junio de 1999, tenía que ver con la especulación de lo que sucedía en el equipo nacional, donde Bielsa estaba a prueba. El cómodo liderazgo en las eliminatorias, con evidente superioridad incluida, no fue suficiente para evitar que en el 2001 el

Virrey fuera elegido en la prestigiosa encuesta del diario montevideano "El País", apoyada por la Confederación Sudamericana de Fútbol, por segundo año consecutivo, como el mejor entrenador del continente, relegando a Bielsa al segundo lugar.

A fines de 2002, ambos se cruzaron un par de dardos elípticos, cuando Bielsa dejó entrever que el primer Boca de Bianchi era un equipo mezquino, y al poco tiempo, éste declaró que le habían ofrecido la dirección técnica de la Selección en 1998 (cuando asumió Bielsa) y que no aceptó por no estar de acuerdo con Julio Grondona.

El duelo estuvo cerca de revivirse, implícitamente, cuando quedaron cerca de disputarse la jefatura de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires Rafael Bielsa (fuera de la candidatura por su anterior asunción como Ministro de Relaciones Exteriores de la Nación) y Mauricio Macri, quien limpió su imagen presidiendo a Boca en el momento más glorioso de la historia, justamente gracias al orden que le dio Carlos Bianchi en el orden futbolístico.

Bielsa convocó pocos jugadores de Boca, midiendo los resultados a nivel nacional e internacional. Varios futbolistas de ese club fueron a la Copa América de 1999 (Riquelme, Cagna, Delgado, Barros Schelotto) y luego, prácticamente no volvieron a ser convocados. Guillermo Barros Schelotto declaró cuando Marcelo comenzó su segunda gestión en el Seleccionado que "ya no tengo demasiadas expectativas de la Selección. Es más fácil ser convocado jugando en el exterior".

Desinteresados de las polémicas, Bielsa y Bianchi demostraron que el camino al éxito no es único. Menos en el fútbol, donde un técnico puede ser ganador auscultándose en la teoría de esta actividad, mirando constantemente videos para explicarles las correcciones a sus jugadores, desapareciendo de los entrenamientos y siendo verborrágico cada minuto de partido (como lo es Bielsa); como así también, rescatando la parte prác-

tica de este deporte, hablando desde las experiencias personales, organizando asados con el plantel y evitando la visión del fútbol como algo definitivo (como actúa Bianchi). Además de la superioridad en títulos, una diferencia a favor de Bianchi fue el usufructo del talento de Juan Román Riquelme. Se mostró dispuesto a mantenerlo más allá del nivel que mostrara, se interesó por su vida fuera de la cancha y hasta hizo diferencias cuando armó la manera de jugar de Boca, con Riquelme despreocupándose totalmente de los adversarios y sus compañeros trabajando para darle el balón.

Justamente tres aspectos que no tolera Bielsa, quien utiliza a los de mejor actualidad más allá de los nombres, nunca se interesa por cuestiones extra futbolísticas del jugador y ubica para cada dirigido una pieza a marcar del equipo contrario.

Bielsa no lo convocó al Mundial porque siempre prefirió a otros; lo avisó entrelíneas meses antes: "Hay cuatro o cinco jugadores que merecen un lugar y no van a estar en la lista final".

Así como Marcelo aclaró tácitamente con Bianchi la relación entre ambos y nunca se mencionaron, tampoco se refiere a sus antagonistas, que son aquellos que le critican la sistematización del fútbol y sus jugadas armadas en un cuaderno para ser ejecutadas en el campo. Están personificados obviamente en César Luis Menotti, quien siempre le reconoció ser "de los pocos con los que se puede discutir de fútbol sin intencionalidad, por pura ideología. Yo a él lo respeto porque creo que es un gran profesional, pero en lo futbolístico guardo profundas discrepancias". Para Bielsa primero está la táctica y luego los nombres; declara que siempre un centrodelantero y un enganche deben estar en los conjuntos, y llegó a improvisar extremos derechos o izquierdos pese a no tener jugadores con esas características. Para Menotti es un error no nombrar los puestos sin nombre y apellido. En la época del Mundial, sobre todo le criticaban, él y

su bando, la tan marcada verticalidad de sus equipos, la falta de pausa. Y obviamente, propensos a movilizar a los futbolistas desde lo anímico, desterraban la idea de no relacionarse con ellos. El Flaco, apenas quedó eliminada la Argentina, dijo que esta Selección nunca había jugado bien.

Uno de los que siguen la línea de Menotti es un amigo de Marcelo desde años: Jorge Alberto Valdano, con quien se conocieron a los 15 años jugando en las inferiores de Newells y armaron lo que puede llamarse una unión en el disenso. "Lo conozco desde los 15 años. El nuestro es un civilizado desacuerdo. Cada uno expone enérgicamente sus ideas y luego terminamos resignando", piensa Valdano, acerca del cambio de ideas sobre fútbol que se cruzan hasta entrada la madrugada.

El hoy director deportivo del Real Madrid un día lo definió casi poéticamente: "Bielsa es de esos tipos que se destacan en el paisaje". Cuando lo carga, el Loco recurre a decirle que "vos sos verso y el fútbol quiere resultados".

Cada uno con su estilo, difieren en conceptos futbolísticos, pero no en aquellos de la conducción. Bielsa postula que "la conducción es fundamentalmente convencer"; Valdano piensa lo mismo, pero con sus palabras: "Un líder es, ante todo, un seductor. Y seducir es convencer".

Tras su retiro Valdano se preocupó acerca del reclutamiento de grupos de trabajo. Con ese fin escribió "Liderazgo. El libro que da las claves para formar equipos en la empresa y el deporte"; para el cual entrevistó a empresarios españoles, académicos, un par de futbolistas (Raúl y Josep Guardiola) y a siete directores técnicos, entre ellos a Marcelo. Bielsa y Valdano tienen una profunda vocación por el deporte, que con el tiempo llevó a uno a la dirección técnica de una de las selecciones potencias del mundo y al otro a un cargo decisivo en el club más prestigioso del globo. Un rosarino que porta-

ba un apellido casi aristocrático en la ciudad y un campesino de un pueblo de Santa Fe llamado Las Parejas.

Dos casos de los más disímiles cuando llegaron a probarse en las juveniles de Newell's, que obviamente pasaron en su formación por los consejos de Jorge Griffa: "En el fútbol juvenil tuve los ejemplos más diversos: a Moriconi que se hizo cura, a Quinto Pagés que se recibió de médico, a Zamora que vendía flores. Entre muchos chicos que dieron una buena respuesta en el fútbol y en la vida, Marcelo y Valdano son dos grandes hitos. Provenían de puntos opuestos, pero coincidían en una plena inteligencia para desarrollarla en el fútbol".

Griffa, quien dirigió el fútbol amateur de Newell's desde 1973 hasta 1996, caminó constantemente a la par en la carrera de Marcelo. Hoy no tiene problema en hacer diferencias: "Marcelo es mi alumno predilecto, sin dudas. El lo sabe. Lo conocí apenas empecé con los juveniles. Yo quería cambiar la mentalidad de la generación que venía. El tenía 17 años y en nuestro primer contacto directo, me preguntó si estaba loco por haber preferido volver de Europa para trabajar aquí".

En 1974 la AFA armó una lista de 20 jugadores para participar en el Sudamericano Juvenil de Chile, de los cuales 15 debieron retornar porque superaban el límite de edad. Newell's, que comenzaba a armar su estructura, envió los reemplazos y hasta allí fue Bielsa. Ni siquiera fue suplente, pero todavía guarda la camiseta que Alberto Tarantini le regaló por su solidaridad con el grupo.

La historia fue similar dos años después. César Menotti ya dirigía la Selección mayor y pese a que su exigencia de que los equipos nacionales fueran prioridad había encontrado eco entre los dirigentes, debió pedirle a su amigo Jorge Griffa, si podía utilizar el plantel entero de la reserva campeona de Newell's, en el Torneo Preolímpico de Recife, Brasil.

Una editorial de "El Gráfico" del 4 de febrero de aquel año alertaba: "La AFA y el cuerpo técnico se habían puesto de acuerdo para que la ilusión, tantas veces trunca, tuviera por fin, razones para encenderse. Pero el comienzo de este año devolvió viejos vicios, alentó a los eternos pesimistas. El primer antecedente importante, aunque parezca minúsculo, fue el vacilante tratamiento que tuvo el Preolímpico; concluyó enviándose a una delegación improvisada, que con dignidad superó el compromiso". Finalizaron terceros, detrás de Brasil y Uruguay. Sobresalía el mediocampo, con Ricardo Giusti, Enzo Bulleri, quien relegaba nada menos que a Américo Gallego, y Roque Alfaro, y también el primer zaguero central: Marcelo Bielsa, quien guarda todavía de aquel certamen los diarios brasileños donde lo ubicaban en el equipo ideal. "Me acuerdo de que compartía la zaga con Edinho, que después triunfó en la selección de Brasil. Qué falta de respeto...".

Griffa fue una referencia permanente en su carrera. Lo dirigió cuando jugaba en inferiores y afirmaron el contacto cuando Bielsa se retiró. Ya recibido de profesor de educación física y de técnico, el Loco acudió a él para decirle que quería dedicarse a su vocación: "Yo quiero estar a su lado para crecer", le manifestó. Luego Griffa lo iría ascendiendo mientras dirigía inferiores y le encomendaría recorrer el país para reclutar el mejor material de jugadores.

Fue quien esperó el momento justo para recomendarlo para la Primera División: quería que aprendiera de la etapa de la formación de los futbolistas y que moderara su ansiedad. El valor que adquirió Griffa en su vida, queda demostrado en la elección de líderes por parte de Marcelo, que lo junta a aquél con Ernesto Guevara y Mahatma Gandhi.

En 1992, cuando después de dos títulos nacionales y una final continental en dos años, Bielsa se marchó tempestuosa-

mente entendiendo que se había roto la relación con los jugadores, el cordón con su maestro se cortó por primera vez. "Creía que debía seguir en Newell's para seguir armando lo que habíamos pensado. Me enojé. Aunque yo tengo el derecho de disgustarme con él porque lo considero un hijo. Y un padre con su hijo, ya sea en la vida como en el fútbol, no pueden tardar mucho tiempo en reencontrarse", recuerda hoy Griffa.

Antes y después de ese distanciamiento, continuaron las charlas cuyo hilo conductor es el fútbol. Cada lunes analizaban el partido del día anterior y siempre encontraban el momento para referirse a jugadores en particular, entre los pibes que asomaban o los que llegaban ilusionados a Rosario. Entre ellos, aquel gordo que más de quince años después, consagrado como el máximo goleador histórico de la Selección Nacional, aceptaba que de chico lo apodaban "elefante" porque aducían que tenía los pies redondos: Gabriel Batistuta.

Bati comenzó confundiendo a Bielsa, tanto que le preguntaba a Griffa qué le había visto cuando lo había fichado al verlo en un representativo de Reconquista, su ciudad. Griffa seguía firme: "Le contestaba '¿no te das cuenta de que es un tremendo goleador?'. El lo quería, pero no encontraba la visión del futuro sobre Gabriel que tenía yo. Ojo que yo tampoco pensé que llegaría tan lejos...".

De cada jugador exitoso invariablemente surgen varios hombres que se adjudican su descubrimiento. Bielsa no es precisamente un descubridor; de hecho, cuando recorrió la república, su principal objetivo no fue seleccionar potenciales jugadores, sino fijar puntos de referencia mediante corresponsales. Pero sí es un gran formador, desde su primario interés por la educación física, la constante corrección de movimientos y la empírica manera de pulirlos. Batistuta lo asegura, en su libro "lo Batigol racconto Batistuta": "Bielsa fue mi primer verdadero entrenador. Fue el director técnico más importante en mi formación. Me promovió

a la reserva, después de esperarme con paciencia porque mis compañeros estaban mejor en la parte física y yo siempre estaba retrasado".

Un sinfín de anécdotas derivan de aquella espera al gran goleador, porque el delantero a pura potencia que conocemos, de chico tenía una debilidad: los alfajores. Con su particular léxico, Bielsa lo recuerda "gordón". Su hermano Rafael dedicó casi un capítulo del libro que escribió sobre sus vivencias como hincha de Newell's: "Marcelo iba a los entrenamientos en un Citroen terracota, y en el semáforo de Godoy y Mendoza, se cruzaba con unos chicos que le vendían alfajores Fantoche. No había terminado de bajar del auto cuando ya lo tenía a Bati pegado al vidrio del auto, listo para manotear algo. Por lo que respecta al arco, los años han transformado aquella gula en ferocidad vigente". Gabriel lo reconoce: "Marcelo me hizo adelgazar y cuando terminé la dieta, me llevó a mi habitación, debajo de la tribuna del estadio de Newell's, y me regaló una caja de alfajores".

Batistuta era parte de la carnada, junto a Gamboa, Berizzo, Franco, Lunari y Raggio, más Pochettino y Ruffini, un par de años más chicos, que subía divisiones de la mano de Bielsa y que todavía en reserva, se juramentaron continuar ese ascenso en primera con un título. Bati pasó a River Plater, pero con el compromiso de su representante Settimio Aloisio de que volvería si no funcionaba. No obstante apareció una oferta de Boca Juniors y aquél se negó a reencontrarse con quien fuera su educador, que asumía en la Primera de Newell's. Marcelo realmente se disgustó, ya que idealiza a veces un mundo donde las obligaciones queden explícitas con las palabras y no con las firmas. Recién recompusieron la relación en contextos totalmente distintos: en Amsterdam, antes del amistoso frente a Holanda en marzo de 1999, en lo que fue la segunda convocatoria del Seleccionado. Desde allí, más allá de que dijera que la única ventaja que tenía con Bielsa en el Seleccionado es que "me

gusta como trabaja", conocer al entrenador lo ayudó a sentirse titular, pese al bajón en el 2002, contra el descrédito de varios de sus compañeros y luego de una relación de desprecio del anterior técnico, Daniel Passarella.

Así como Bielsa tuvo en Gabriel Batistuta su jugador emblemático, el de Passarella indudablemente había sido Ariel Ortega. Lo hizo debutar en primera, con él ganó sus títulos en River y en él depositó la creación de juego en su Selección, la primera sin Diego Maradona. Ortega fue quizá la gran demostración de cuánto necesitó adaptarse Marcelo a las estrellas del equipo nacional. Gran revuelo causó la persecución que intentó en cada avance del lateral Roberto Carlos, en el primer Argentina-Brasil de la era.

Con el tiempo Bielsa entendió que debía bajar las pretensiones. Comprendió que debía pedirle lo que quería de él en breves frases, porque en caso contrario, se distraería. Que para rendir, ante todo necesitaba confianza y cierta libertad táctica. Logró un punto medio: sólo ocasionalmente le mostró un video, trató de no darle un discurso demasiado "científico" y sabiendo de su informalidad, comenzó a decirle Burrito, aunque nunca lo tuteó. El desfachatado Ortega, casi un incomprendido por los técnicos europeos, respondió a las exigencias; aportó el quiebre de cintura en un equipo marcado por la aceleración y nunca dejó de responder en la marca.

Por edad, los primeros cuatro años de Bielsa en la Selección debían significar la madurez del jujeño (llegó al Mundial con 27). Después de aquel cabezazo al arquero holandés Edwin Van der Sar, el día de la eliminación en Francia '98, Ariel Ortega rara vez repitió aquellos actos de indisciplina representando a la Selección. La única fue frente al Espanyol en Barcelona, cuando varios se vieron desbordados y acudieron a fuertes infracciones. Bielsa prestó especial atención a este rasgo. Lo siguió especialmente en su vuelta a River en el 2000, donde lo expulsaron

en tres partidos en menos de una temporada y media, siempre por reaccionar alevosamente. Luego de una de ellas, le preguntaron si hacía hincapié en que no simularan faltas o protestaran fallos; detrás de su respuesta ("sé que ese es un tema de moda en el fútbol argentino. Pedimos que respeten el reglamento"), se escondía su previsión a esa eventualidad.

A Ortega hay que saber tratarlo. Es de ese tipo de futbolistas que se molestan con los técnicos seguidores y se exceden con los que dan demasiada rienda. Bielsa jamás querrá hacer diferencias, siquiera contando con un elegido. No duda en afirmar que "a los históricos hay que exigirles más". Sin embargo, en tiempos en que las convocatorias a Claudio Caniggia traían suspicacias, nunca dejó de demostrarle confianza al jujeño. A dos meses del Mundial, no podía dejar que se deprimiera.

La relación entre Bielsa y Ortega fue más fraternal que nunca en el vestuario del estadio de Miyagi, en Japón. El Seleccionado Argentino acababa de quedar afuera del Mundial y al técnico frío e impenetrable, le secaba las lágrimas el jugador número 10.

Casos especiales de tratamiento siempre existirán. Por lo general con aquellos que vivieron una infancia privada de lujos y que muy jóvenes debieron emplearse. La personalidad tan cerrada de Marcelo, su aversión a mostrar su lado humano y sus emociones permanentemente escondidas, no lo deja mimar a sus dirigidos. Julio Alberto Zamora, ex jugador de Newell's, fue otro paradigma. De adolescente, vendía flores en los semáforos y Jorge Griffa debía suplicarle que no faltara a los entrenamientos.

La relación de Zamora con Bielsa comenzó en 1983, mientras jugaba prestado en el club Tiro Federal. Habían organizado un amistoso entre menores de ambos clubes (en Newell's figuraban Roberto Sensini y Abel Balbo), pactado para las ocho de la mañana, aunque los pibes del Loco debían reunirse una hora y media antes. El tinte legendario recuerda que Zamora, sin des-

cansar la noche anterior debido a su ocupación, llegó sobre la hora y finalizó siendo gran revelación, marcando tres goles del 4-1 final. El recuerdo vago de Marcelo, al año siguiente, impidió que le permitieran marcharse: "Ese negrito un día nos hizo tres goles, no lo dejen ir" les dijo a los directivos.

Así y todo Zamora lo miraba de reojo, debido a que no lo había seleccionado para un torneo juvenil llamado Proyección '86 y porque ya como profesionales, le pedía sacrificarse, de ser necesario, hasta el área propia. Era uno de los pocos que se negaban a estudiar lo publicado de los siguientes rivales: "A mí no me decía nada, porque sabía que yo no me iba a meter en eso. Pero al resto le hacía conocer las estadísticas, los resultados en el resto del torneo, quién era el goleador, con qué defensores venían jugando, los cambios que había hecho. Quería que supieran cada detalle del equipo que íbamos a enfrentar".

Zamora se cansaba de patear entre 70 y 80 centros en las prácticas de los sábados, y era el único que en aquel equipo lo confrontaba: "Discutía con Marcelo únicamente por temas futbolísticos. Dijeron que yo me enfrenté con él; al contrario, siempre me la jugué por Newell's, estuviera Bielsa o no. Llegamos a tener una buena relación, de respeto mutuo".

Mejor jugaba cuanto más presión había. En esos casos Marcelo arengaba pidiendo recordar aquellos picados juveniles de barrio, en los que ganar se entendía como la vida misma, esos picados donde no cabía la posibilidad de volver a casa derrotados, aquellos que Zamora había jugado muchas veces, lo que generaba que entendiera a Bielsa como ninguno.

SU VIDA

... "CUANDO SOS TAN PERFECCIONISTA, VAS PERDIENDO LO HUMANO"

"Nunca somos la misma persona para diferentes interlocutores. Siempre llevamos una máscara, una máscara que cambia para cada uno de los papeles que tenemos asignados en la vida". Esta reflexión de Ernesto Sábato apunta a que no somos lo que creemos ser, sino lo que los demás piensan que somos. Y que nos comportamos diferente según las circunstancias o las relaciones. De esta manera, Marcelo Bielsa desarrolla sus múltiples máscaras: se adapta a los temas profundos que se abren en las rondas de familia, llamará de por vida "amigos" a los suyos pese a verlos esporádicamente, piensa que sólo debe tratar a los jugadores mediante el fútbol y no tiene el mínimo interés en que lo conozcan sus desconocidos.

Como en el teatro la tragedia y la comedia, sus dos caras son la seriedad con la que se muestra en público y su risa fácil rodeado de sus íntimos. Sólo estos conocen su carácter extrovertido, bromista y expansivo, salvo en aquellos momentos de sufrimiento, o sea, antes de un partido o después de una derrota.

También en el trabajo presenta dos aristas: el profesionalismo y la pasión, aspectos que logra hacer cohabitar pese a los prejuicios acerca de que es imposible.

Un día lograron que se definiera: fueron los periodistas del diario "As", que le pidieron que se presentara a la afición cuando llegó a Barcelona. "Soy sinónimo de ilusión, eso es", disparó tras pensarlo.

Para ser amigo de él hay que saber guardar distancia. Carlos Altieri es uno de los pocos (casi el único) que frecuenta; la amistad se dio desde el fútbol hacia la vida, y obviamente desde Newell's. Fanático como Marcelo, se empleó como delegado del club en la Asociación Rosarina de Fútbol; cuando Bielsa empezó a dirigir en inferiores, ya era vicepresidente de la entidad, cuyos torneos empezaron a jugarse, durante tres años, a medida de las preferencias del Loco.

Altieri lo conoce bien: "Está siempre en movimiento. Piensa a 200 por hora. Tiene en mente cada una de las cosas que lo preocupan y las tiene todas a la vez, desde una lesión de un jugador hasta un impuesto que tiene que ir a pagar".

Detrás de un ex deportista que no tiene ni la postura ni el andar de tal; del apodado "Don Carmelo Batata" por su hermano; de alguien que descarta los trajes y se envuelve en ropa deportiva, sea cual sea su tarea; del que siente debilidad por los raviolos, el puchero y los postres, aunque se preocupa por su silueta (de hecho suele internarse en un centro de salud de Entre Ríos).

Detrás de un ciudadano que descrece de los políticos y no habla de esos temas con casi nadie (le decía a su hermano que él junto a sus compañeros peronistas revolucionarios eran todos subversivos); de quien podría ser enrolado políticamente en centro izquierda, progresista; de un hombre que se rebela con la injusticia y la inmoralidad; detrás de todas esas facetas, existe un hombre que puede recluirse semanas en el campo de su suegro,

en la localidad de Alcorta (provincia de Santa Fe), sin otra unión social que aquella con su mujer, sus hijas Inés (nació a fines de 1989) y Mercedes (de enero del 92), y un casero que no sabe nada de fútbol. Sin más que ocuparse del campo, mirar videos de fútbol y salir a trotar.

Y además, Bielsa es un ser casi consumido por la vocación, por los detalles, por querer tener una respuesta a cada inquietud, como dice su gran amigo: "Yo difiero con él en todo. Él es muy perfeccionista, yo dejo que todo se dé como se tenga que dar. Para mí, la prioridad es lo humano y cuando sos tan perfeccionista como él, vas perdiendo lo humano. Él tiene esa característica que hace que yo no crea que es realmente feliz. Es el costo del triunfo de su vida. Digo esto con lo difícil que es hablar del disfrute de cada uno, porque la felicidad de uno no es la misma del otro. Él tiene tantas cosas buenas para disfrutar... Pero no lo hace a propósito, ya está metido en él".

Sólo haber trabajado cinco años en México, que moderaron su forma verborrágica de exteriorizarse, pudieron desterrarle la idea que tenía sobre perder y que definía hace más de una década: "¿Usted sabe que yo me "muero" después de cada derrota? La semana siguiente es un infierno. No puedo jugar con mi hija, no puedo ir a comer con mis amigos. Es como si no mereciera esas alegrías cotidianas. Me siento inhabilitado para la felicidad por siete días".

Pocas veces se mostró tan terrenal como en una charla brindada a un grupo de alumnos del colegio donde estudió. "En el fracaso", les contó, "sufro mucho la injusticia del trato, no logré nunca dominar eso. Siempre sufro mucho cuando perdemos y cuando soy maltratado, pero sí logré no crearme la duración del éxito. Como no se revisa por qué ganaste, como te adulan por haber ganado, no porque mereciste ganar o por el recurso por el que ganaste, entonces tuve claro siempre que esa franela, ése es el término, es impostora".

Eduardo Bermúdez, uno de sus primeros técnicos, se suma: "La última vez que hablamos le pregunté cuándo va a largar. El no es como la mayoría de los técnicos, él termina el entrenamiento y empieza el trabajo duro. Cuando puedo le recomiendo que largue la profesión, que empiece a dar charlas. No puede seguir cargando con esta presión. En cualquier momento se va a infartar. Lo que lo hace distinto, su gran obsesión, también es lo que le resta felicidad".

El día anterior a su primer clásico como técnico, su hermano vivió una anécdota que pese a sonar repetida, nunca dejará de sorprender: "Llegué a la concentración del Liceo de Funes, pregunté en qué pieza estaba mi hermano, entré y lo vi tirado en la cama, cuan largo era. Sin mirarme, me preguntó '¿te acordás del negro Cali? ¿El que se fue a vivir a Nuevo México, a Estados Unidos, y cada dos o tres años se cortaba un dedo para cobrar el seguro de accidente de trabajo? Bueno, tengo ganas de hacer una promesa: si le hacemos cinco goles a Central, me corto este dedo'. Y me mostró el índice de su mano derecha. Le vi tanta ferocidad en los ojos, tanta soledad, tanta deliberación, que di un paso hacia él, aprontándome para restañar la sangre inminente. Con el 4-3 puesto, lo vi recién el sábado siguiente y no me atreví a mirarle la mano; aunque al fin y al cabo, cinco goles, lo que se dice cinco, no les habíamos hecho, así que tomé coraje y allí estaba la mano derecha, completa, con los cinco dedos, invicta". Sólo en el fútbol no usa una máscara de circunstancia, el único espacio donde se muestra tal como es y donde evidentemente no es un improvisado. Daniel Carmona trabajó con él desde las inferiores y dice que "llevaba diez años preparándose para llegar a primera división. En sus clásicos cuadernos Arte, tenía la biografía de cada jugador del fútbol argentino. No sé de dónde sacaba la información, pero lo tenía todo". Antes ya filmaba los partidos de Newell's desde la platea, en la época en que tener una cámara era cuestión de elegidos.

Siempre se las ingenió para conseguir imágenes de equipos de todas partes del mundo. En 1976, su amigo Roberto di Nóbile le enviaba compactos del fútbol español desde Madrid. Luego, a través de jugadores que habían emigrado a Europa, como Roberto Sensini. Y con el tiempo, gracias a conocidos y relaciones que tejió en muchos países. El mismo hoy paga muchos de esos videos que le llegan con fútbol de todo el mundo. Marcelo se comportaba como técnico mucho tiempo antes de hacer el curso en Granadero Baigorria. Incluso, su frustración como jugador profesional fue un punto de inflexión en su visión de este deporte. Haber sido un jugador de buena técnica pero lento, lo hizo recapacitar acerca de la constante movilidad necesaria para jugar. Le gusta jugar con líbero, cuando él, siendo zaguero central, lo hacía en zona porque su textura física le impedía girar con facilidad. El poder de esfuerzo para entrenarse le dio a pensar la importancia de tener que estar preparado físicamente casi hasta el límite. Jorge Griffa dice que "no tenía las características de un gran jugador, pero sí tenía los conceptos del gran jugador". Un futbolista del montón recapacita qué tendría que haber hecho después, quizás al día siguiente; al distinto se le ocurre antes de la

jugada.

Debutó en la primera de Newell's el 29 de febrero de 1976, en la 4a jornada del Metropolitano, 1-2 ante River en Rosario. No pudo tapar a Ártico cuando éste empató el partido y vio cómo Sabella lo esquivaba antes de tocar a Crespo, que definió y lo dio vuelta; así y todo, Juvenal lo calificó con 6 puntos. El equipo formó con Bargas; Aguerópolis, Bielsa, Capurro, Ortiz; Gallego (luego Ribeca), Berta (Picerni), Mario Zanabria; Robles, Palacios, Rocha.

Volvió a jugar la semana siguiente en el 1-1 con San Lorenzo en Buenos Aires y recién lo hizo nuevamente el 14 de diciembre, simplemente porque Newell's, para jugar por la última

fecha del Nacional, contra Talleres (perdió 3-1) en Córdoba, presentó técnico (Roberto Jesús Puppo) y equipo alternativos (Bargas; Delpóntigo, Bielsa, Jara, Aguerópolis; Ribeca, Bulleri, Roque Raúl Alfaro; Danguise, luego Rodríguez, Irigoyen, Costa, más tarde Cicapolli).

Su paso por Instituto, al año siguiente, casi nadie lo tiene en cuenta, porque jugó en el campeonato de la liga local y porque en pleno transcurso, debió volver porque su hermano había sido secuestrado por la dictadura militar que ya imperaba en el país. El 16 de julio de 1978, jugó su último partido en Newell's (ingresó en reemplazo de Capurro), que fue su única victoria: 3-1 ante Gimnasia en La Plata, en un equipo que ya dirigía Miguel Ángel Juárez.

La excelencia inculcada por su madre, el mensaje antimediocridad, lo llevó a retirarse cuando entendió que si a los 23 años, su presente demandaba jugar en Argentino de Rosario, en Primera C, debía prorrogar sus sueños de fútbol.

Marcelo le confía a sus amigos, desde joven, que la influencia de su mamá fue fundamental. La máxima que en su niñez oyó hasta el cansancio, "nunca te guardes el último esfuerzo", hoy la reproduce. Su hermano Rafael Antonio, dos años mayor, dice ser igual de ordenado con la documentación y en la persecución de una meta personal. Y también se refiere a su madre, quien se encargó de criarlos, como gran causa: "Siempre fue muy rigurosa, imponiendo sacrificio. Para ella las cosas se deben obtener después de un trabajo muy largo; si no, no sabremos cómo perseverar para conservarlo. Los tres, mi hermana menor también, heredamos esa obsesión".

Lida Silvia Rosa Caldera se llama esa señora, que fue una recta profesora de historia con una presencia que hacía temblar a las alumnas del Misericordia. Una presencia que generó que sus hijos se sintieran más cómodos siempre asumiendo riesgos.

Lida es quien le aclaró a su hijo Marcelo que debía estudiar o trabajar, tras el fracaso en el curso de ingreso a Agronomía (10 en Matemáticas y 3 en Castellano, con lo que no le dio el 7 de promedio). El resultado fue su fuga a la pensión de Newell's para jugar al fútbol, la desesperación nocturna de Lida y la consecuente búsqueda por parte de su padre. Marcelo también heredó de ella una forma de llamar diciendo "venga, venga". Su hermana se llama María Eugenia; de chica (es tres años menor), Rafael y Marcelo la sobornaban para que se quedara tocando el piano, mientras su madre, al tiempo que corregía la tarea de sus alumnos, pensaba que eran los varones, y ellos salían por la ventana con la pelota.

Todos estudiaron largas carreras; Eugenia es arquitecta y fue vicegobernadora de la provincia de Santa Fe. Marcelo le contaba a uno de sus compañeros del profesorado de educación física, "en mi casa estoy rodeado de una cultura impresionante, no te imaginas el nivel de charlas, el más bajo soy yo". El técnico de fútbol de la familia conoció a su esposa, Laura Bracalenti (con quien se casó en 1987), cuando su hermana la invitó a estudiar a la casa.

Las actuaciones del Seleccionado las toman cada uno con su estilo. El padre con indiferencia, la madre con preocupación por tratarse de su hijo, la hermana con una atención relativa porque no le interesa el fútbol pero sí su hermano, y el hermano, con fanatismo, hasta con un conjunto de ritos cabalísticos.

El papá, Rafael Pedro, Bielsa y abogado como manda el designio, dejaba una confidencia en 1998, en "El Gráfico": "Nunca vi jugar o dirigir a Marcelo no porque no me guste el fútbol, sino porque soy hincha de Central. Y además a mí me gustaba el fútbol de antes, sin tanta marca y presión. Discutimos con él esto siempre que viene a casa. Él coincide, pero dice que debe preparar sus equipos para ganar partidos".

Rafael padre, un convencido de que "la salvación de los pueblos es la cultura", usa un criterio personal para evitar hablar de la ocupación de Marcelo, con la misma capacidad de incomodar de su hijo: "Para mí en el fútbol debe haber diez Maradona. Este fútbol no lo entiendo y no puedo hablar con él".

Los tres hijos reconocen que no fue fácil crecer en la familia. Rafael escribió en "Clarín" que "aun cuando conociéramos las claves, el trabajo era agotador. Era forzoso leer continuamente, tener algo con sentido para decir, ser rápido y filoso en las respuestas, despreciar los bienes materiales, menospreciar las tentaciones, apreciar las normas del clan". Alguien que quiere mucho a Marcelo y que lo frecuentó en estos cuatro últimos años, también utilizó el término "clan" para definir a la familia, a la cual el Loco le está muy agradecido.

Marcelo, que padeció el rigor al punto de considerarlo casi traumático, arrastra su forma de ser de los preceptos que enumeraba su hermano, sobre todo del desdén al dinero (muchas veces ayudó a sus amigos necesitados).

Bielsa vive dando razones. En definitiva, porque él medita la razón de cada paso que da. Estimulado en su pragmatismo, actuando siempre en función de un proyecto, de su visión. A los jugadores no los convence haciendo participar de las ideas, sino exponiendo y fundamentando su conocimiento. Aunque a veces, también es inseguro. Por ejemplo, a un futbolista puede preguntarle varias veces antes de un partido si está seguro de que va a poder correr 30 metros a un rival. Sólo en la planificación total navega en la certeza.

Daniel Carmona, uno de sus ayudantes en su época de técnico de Newell's, fue un fiel testigo de los cambios de Marcelo, que llegaba a retarlo muy fuerte, pero recapacitaba al día siguiente y le pedía perdón.

El periodista Miguel Tití Fernández rescata una anécdota del mismo estilo: "Viajamos en el mismo vuelo a la Copa América

del 99. En el aeropuerto de Asunción, me anotó un número de teléfono y me lo dio. Es para el amigo, no para el periodista', me dijo. Después de perder contra Colombia, el día de los tres penales errados por Palermo, un momento muy duro para Marcelo, lo llamé porque creí que era el momento. Me contestó bien seco: 'Discúlpame, pero a mis muertos los velo yo solo'. Me puse loco, lo hubiera cagado a trompadas. A la mañana siguiente, suena mi celular: era Marcelo, que estaba viendo el partido grabado, y me llamaba para pedirme disculpas".

Cuando tenía 25 años, Bielsa alquilaba casas y las habilitaba como pensiones. Su padre dice que por la obsesión que tenía por leer, cuando pudo se compró un kiosco de diarios en Rosario, del cual hacía él mismo el reparto.

Le da pánico viajar en avión, donde ni siquiera puede dormirse. Aunque apenas baja de la nave, adquiere cuanto material periodístico deportivo se le cruza. Le llegan diariamente cinco publicaciones de todo el mundo y por Internet se encarga de acceder a por lo menos una decena más. Es asiduo lector del diario español "El País". Cuando dirigió al Espanyol, aceptó gustoso una invitación para comer en la redacción de la revista "Don Balón", donde preguntó hasta acerca del proceso de confección. Recibido de profesor de educación física, a principios de la década del '80, se radicó en Capital Federal, en un ambiente en el T piso de Córdoba y Maipú, una zona plagada de oficinas. Y gracias a los contactos de su hermano en la función pública, fue el entrenador de la selección de la Universidad de Buenos Aires, en lo que fue su primera experiencia como DT.

Aldo Forti, uno de los arqueros de aquel selectivo, conmemora que "su llegada fue todo un shock. Antes teníamos un técnico que vivía en pedo, siempre estaba con la nariz colorada; hacíamos una gira por el interior y no sabía dónde ni a qué hora jugábamos. Llegó Marcelo y apenas puso un pie, mostró su forma de ser, todo derecho, tratando a todos de usted, con sus

conos, banderas y cronómetro para entrenar". Ni siquiera disponían de luz, por lo que como los entrenamientos eran nocturnos, no podían realizar trabajos tácticos.

Miguel Caloni era otro de los sorprendidos por una nueva manera de practicar, pese a que casi no tenían contra quién jugar: "Bielsa pudo organizar un par de amistosos: empatamos 0-0 con la tercera de Boca y perdimos 3-1 contra la de Argentinos donde jugaba Borghi... Me acuerdo que era muy impulsivo; un día, jugando contra los graduados, un rival que había jugado de 9 en San Lorenzo, llamado Vilar, le pegó un codazo a uno de nosotros, y Bielsa quiso entrar a pegarle. Lo tuvimos que parar entre todos, no le importaba que el tipo había ido con la esposa y con la hija. Nos daba gracia además, algunos términos que usaba, que quizá los arrastraba de Rosario. Aquel día, por ejemplo, decía 'lo voy a agarrar a puñetes'".

Es de actuar asombrando a todos y cambia cíclicamente, típico, según dicen, de su signo cáncer.

Su hermano Rafael, uno de los pocos que siempre lo apoyaron y llegó a compartir su sueldo para que desarrollara su sueño, se desempeñó en cargos estatales desde la adolescencia: en 1974, a los 20 años, ya trabajaba como auxiliar en la Fiscalía N° 2 de los Tribunales Federales de Rosario. Hasta la renuncia de Fernando de la Rúa a la Presidencia, había sido el síndico general de la Nación, una función muy expuesta, desde la cual fue víctima de un plan de amenazas diseñado, según él, por profesionales (llegaron a tirar una bomba en el estudio jurídico del padre). Luego fue el Canciller de la Nación.

Años antes, por ejemplo, había sido designado experto de las Naciones Unidas en la Misión para la Verificación de los Derechos Humanos en Guatemala y asesor de la Corte Suprema de Justicia de El Salvador; en el '92, renunció a la Dirección de Gestión y Resultados de la Municipalidad de la Ciudad de

Buenos Aires. También jugó al fútbol, como "clásico volante tapón", hasta la tercera de Newell's.

Sin embargo lo que más lo marcó fue haber vivido en persona la serie de torturas, amenazas y denigraciones que el último gobierno militar desparramó en la República Argentina, tras su secuestro y reclusión en un descampado de la localidad de Funes. Recuerda el Mundial de 1978 "sin ninguna connotación de alegría". Y alguna vez escribió un texto emocionante llamado "Esos años sin par".

Allí se refirió a su traumática década del '70: "Si hay una certeza en los que pasaron por el secuestro, la tortura y el exilio, es que en la mayoría de los casos ni la lógica militante ni la ideología ayudan a tolerar dichos trances con dignidad. Es la dureza anímica circunstancial, la pasión, lo que prevalece. (...) Los frutos de esta democracia son una prolongación de las tortuosas raíces de los '70. (...) Muchos de nosotros, como mi amigo Rodolfo Galimberti, fuimos insurgentes, no insurrectos. En aquel sentido, una eficaz herramienta para dañar planificada-mente al enemigo de entonces. (...) Vivir los '70 fue lo más trascendente que me pasó en la vida. Me gustaría volver a vivir el primer tercio de los '70, si pudiera tener los mismos 20 años que tenía. Es el sitio donde comencé a formularme una cantidad de preguntas importantes, sin haber obtenido respuesta suficiente. (...) Si no nos hubiera importado tan poco nuestra sangre, ¿nos habría interesado de un modo diferente la ajena?".

EL INCONFORMISMO ARGENTINO

... "MI DECISIÓN SIEMPRE CONSPIRARÁ CONTRA ALGO DE TODO LO QUE SE PIDE"

Cuando Carlos Ramaciotti lo sucedió en el América de México, Bielsa sólo le hizo una mención al compatriota que tomaba su posta: le advirtió que se cuidara del periodismo. Haber trabajado en un club manejado desde hace décadas por el multimedio Televisa, haber tenido que convivir forzosamente con cronistas simplemente porque tenían el mismo patrón, lo hizo recapacitar acerca de la relación conveniente con la prensa.

Percibió que los medios ponderan sólo lo inmediato; que sumidos en la vorágine de la información diaria, interesa tanto el éxito más allá de que sea momentáneo, que relegan la consideración a aquellos que se esfuerzan a largo plazo. Fue un verdadero punto de inflexión en su trato con el cuarto poder.

Por eso tomó una decisión salomónica apenas asumió en el seleccionado argentino, dos años después; con su estilo, casi extremista. Prácticamente borró de su agenda y de su memoria a los periodistas con quienes los unía un lazo afectivo.

De esa manera, se aseguraba no hacer diferencias, más allá de que el poderío económico de Torneos y Competencias respecto del resto podría haberlo seducido, y sobre todo, mantener-

se a distancia, sobre todo después de los choques que habían tenido los mismos jugadores con la prensa, durante la era de Daniel Passarella. Sólo los resultados, pensó, condicionarían su imagen en los medios, por más atención que les dispensara. La tónica que incorporó fue atender los requerimientos únicamente en conferencias. Las rondas de preguntas y respuestas duraron hasta tres horas, se extienden lo que las interrogaciones demandan. Sin posibilidad de semblantearlo en ese formato de entrevistas, casi sin repreguntas, nunca se abrió lugar a indagar sobre su vida privada y sus pensamientos profundos. Sólo se prestó a charlas informales, sin grabadores ni cámaras, en Chicago y en Wembley, los dos primeros viajes del Seleccionado (hasta que un periodista ventiló lo hablado con los grabadores apagados). Indudablemente, un plan diseñado a la medida de sus preferencias. Con Juan José Marón, periodista del diario "Ole", tenía buena relación. Una vez que se encontraron con el motivo de una nota, Bielsa primero cruzó a un mercado, en el que compró fiambre y jugo de naranja, y lo invitó a comer. Cuando Marón le recordó la nota, el por entonces técnico de Vélez le contestó: "Qué nota ni nota... Coma este queso que es de primera. Si salimos campeones, le doy la nota". Vélez fue campeón y el propio Bielsa le recordó la entrevista. Eso sí, cuando asumió para el equipo nacional, le anticipó: "Quiero que haya igualdad para todos, que tenga el mismo trato un periodista de Jujuy que uno del mejor medio de Buenos Aires. Así que no vamos a hablar más". Su hermano Rafael, en los meses posteriores a su llegada a la Selección, ya imaginaba lo que ocurriría: "Mantendrá buena relación con el periodismo deportivo científico. Genéticamente condicionado como un anofeles, agradece jubiloso todo lo que lo ayuda a pensar. Y desdeña más la mala intención de lo que venera la inteligencia. El periodismo tendrá que tener presente

que posee una capacidad de hacer sentir tan incómodo como lo hicieron sentir a él". En su primera época como técnico los periodistas le pasaban por fax las notas antes de editarlas; no las corregía, pero solía enojarse. Cuando asumió en el Espanyol, un cronista le preguntó por su mala relación con la prensa; "ya tendrá ocasión de verificarlo", le contestó escuetamente.

Francisco Reyes trabajaba en las relaciones públicas del América cuando Bielsa fue el técnico y también cubría los entrenamientos para Televisa, el gigante mexicano de televisión; Reyes se acuerda de esa época: "Trataba de pensar bien las preguntas que le iba a hacer, porque cuando le hablábamos de cosas muy generales, él respondía algo obvio. Una vez un periodista le preguntó por qué contestaba siempre lo mismo y él le devolvió la respuesta: '¿Por qué usted me pregunta siempre lo mismo?' le dijo". Para acceder a hablar mano a mano con un periodista, llegó a cerciorarse de que el interlocutor entendiera de fútbol y lo probó con dibujos de sistemas tácticos, formaciones y movimientos que se pueden dar en una cancha.

Los considera gravitantes por ser quienes forman la opinión. Demostró esto en la conferencia del 4 de diciembre del 2001, tres días después del sorteo del Mundial, al decir que "si bien no es lo mismo superar a una potencia que superar a un equipo de segundo nivel y no es lo mismo ganar jugando bien que hacerlo casualmente, en definitiva únicamente estaremos de acuerdo en la posición donde se pretende y donde se imagina en el Mundial. Lo que se considera, no digo lo que a mí me importa, lo que se considera de parte de los analistas y luego los espectadores, es donde terminemos". Para conocerlo hace falta leerlo entrelíneas. Ese luego marca el camino del mensaje a través de los receptores, que cuando se convierten en emisores, pueden distorsionarlo a su gusto.

En mayo del 2003, dejó claro el porqué de su resistencia a los periodistas en general: "No hay método más preciso para educar que los medios de comunicación, y me rebelo contra los mensajes que se envían". Volvió a reprochar la insensibilidad, la inmediatez y la falta de una corriente interna que enfrente a la mayoría en ocasión del retiro de Nelson Vivas, asediado entre otras razones por las críticas.

Desde el trato que recibió en México, Bielsa quiere bien lejos a la prensa. En sus comienzos no tenía problema en sentarse a una charla informal sobre fútbol. Hoy, en sus formales respuestas de las conferencias con marca registrada, a algunos le disgusta la forma en que expone (lo tildan de soberbio) sus conocimientos del juego.

Así como Julio Grondona reconoce que quien le habló de Carlos Bilardo fue Fernando Niembro, Marcelo Araujo se adjudica, entre amigos o entre colegas, el nombramiento de Bielsa como técnico de la Selección. Sin embargo, Niembro conoció anteriormente a Marcelo en sus viajes por Sudamérica en ocasión de la Copa Libertadores. "Hablaba mucho con él. Y le dije a Araujo que teníamos que armar una reunión, que se trataba de un personaje notable", recordó en uno de sus programas. Luego sería quien más lo criticaría entre los periodistas de Torneos y Competencias, la empresa que domina mediáticamente al fútbol argentino.

Miguel "Tití" Fernández lo visitaba cada vez que Newell's se concentraba en Buenos Aires. Vislumbrado por una tarea que les encomendaba a los jugadores (por ejemplo, seguir con atención los artículos periodísticos del rival), lo llevaba a las cenas que los jueves a la noche, reunía a personajes del fútbol como Luis Bonini, Carlos Griguol, Adrián Paenza y Víctor Hugo Marchesini. Fernández cree que "Marcelo es un tipo con mucho afecto para dar. Coincidí en no darle prioridad a ningún medio,

pero le aconsejé hacer conferencias en distintos puntos del país .

Bielsa le da especial atención a cómo fabrica antinomias la prensa. Para no prestarse no responde a opiniones ajenas. El fútbol ha sido históricamente un lugar propicio para dejar crecer opuestos y generar sus enfrentamientos.

En ese sentido, Fernando Redondo alineó a directores técnicos, periodistas y algunos jugadores. Ser casi el único volante central con más condiciones de distribución que de recuperación, lo erigió en el referente de un grupo que profesa un fútbol que cuesta desplegar desde hace tiempo y que fue tildado de lírico. No fue sólo la cabeza levantada y el borde externo del pie izquierdo para jugar, sino también aquella negativa a Bilardo para integrar la Selección en el '89, que tuvo como razón su rechazo al Narigón y como excusa sus estudios, la que lo situó en "el camino a seguir", formando un bando claramente identificable.

Julio Ricardo Villa, uno de los que se alistan en ese grupo, criticaba en la revista "Sólo Fútbol", en septiembre de 1999: "Nuestro problema hoy es que nos la pasamos copiando y nos olvidamos de la esencia. Queremos, por momentos, vivir en la Argentina y jugar al fútbol europeo. Yo soy de los que no creen que cualquier jugador puede andar en cualquier sector de la cancha y cualquier andarivel. Bielsa deberá decidirse entre Redondo y Simeone. Según como pretenda jugar, se definirá por alguno de los dos". En la revancha ante Brasil (2-4 en Porto Alegre) Redondo jugó por última vez con la camiseta argentina. Primero desistió de jugar la Copa América y luego de un partido amistoso. Bielsa todavía seguía opinando, pese a que no le gusta realizar valoraciones sobre un jugador en particular, que "es un futbolista con condiciones demostradas de ser interpretado como uno de los mejores exponentes del fútbol argentino en esa posición".

El 15 de marzo de 2000, Redondo rechazó la convocatoria para jugar frente a Chile, en la apertura de las Eliminatorias (su tercera negativa a este cuerpo técnico), debido a que no quería alterar su rendimiento por atender dos frentes. Para el entrenador resultó suficiente la causa expuesta. "Su postura de no poder atender los partidos del Seleccionado no fue variada. De haber tenido la imposibilidad sólo por un tiempo, me lo hubiera planteado; estamos hablando de un profesional. Es un tema agotado para mí", manifestó Bielsa un par de meses después, allí sí brindando su parecer. Luego, las operaciones en la rodilla lo alejaron de las canchas y evitaron que el clamor de aquel sector acompañara las decisiones de Marcelo. Sería el tiempo de los pedidos por Juan Román Riquelme, luego Carlos Tévez y varios otros.

Las lesiones de Fernando Redondo solucionaron lo que hubiera sido una constante entre defensores de él y los de Diego Simeone: que se debatiera en el orden de que elegir a uno equivaliera prácticamente a odiar al otro, tal como sucedió luego con Gabriel Batistuta y Hernán Crespo. El rechazo a estas actitudes, siempre provocadas, es de familia, porque su hermano tiene una opinión interesante: "Las antinomias son propias de países incultos. Esconden la debilidad del análisis. Ocurre que muchos medios han hecho de la antinomia una marca registrada y por eso los escuchan o los leen. Pero en las naciones con una cultura vieja, el pensamiento es mucho más avanzado". Al respecto, en la Argentina se planteó alguna vez la cuestión entre el corrupto y resolutivo, o el honesto e incapaz: ¿no podremos apuntar a una mezcla?

Desde el puesto de técnico del Seleccionado de fútbol, un cargo cuya toma de decisiones es unipersonal aunque a veces parece supeditada a millones de voces, queda también muy evidente lo imposible que es conseguir la totalidad de criterios a favor. El escritor Orlando Barone lo ejemplificó: "Ni Dios tole-

ra la unanimidad ya que carga con su coro masivo de ateos, herejes y agnósticos. Tampoco el diablo, aunque aspire a lograrla".

Siempre una fracción alzará su queja. Marcelo lo sabe: "La gente tiene una vinculación muy marcada con el triunfo. Se reclama estilo, pero también que ese estilo le permita el triunfo". Con el equipo punteando cómodamente en el continente, fácilmente podía advertirse algún déficit: "¿Si falta pausa? Se reclama pausa cuando hay ritmo y velocidad. El rasgo del equipo es la aceleración y no la pausa. Pero es muy difícil encontrar equilibrio".

Los jugadores se molestaron con la crítica, del periodismo y de la gente, por primera vez (sería recurrente luego) en el 2-1 a Brasil por la segunda ronda de la clasificación al Mundial. Crítica en la cual se prestó más atención al flojo primer tiempo que a la gran recuperación en el complemento. Bielsa desarrolló una larga explicación, que contemplaba, según él, la necesidad de analizar teniendo en cuenta al rival, la propuesta de juego de éste, los detalles tácticos, la comparación con otros partidos y concluyendo: "Si me preguntan '¿jugaron bien?', digo 'no, intentamos pero nos fue imposible', pero que jugamos mejor que el rival es indudable". Hizo todo lo posible para que el periodismo entendiera su postura implícita: él quisiera que reclamen considerando que a veces hay que resignar el ideal y que es imposible conformar a todos.

Le interesa fundamentalmente que quede bien entendido lo que dice y se toma el tiempo necesario para hacerlo. Se valió de casi diez minutos para dar su visión del empate ante Uruguay, en la última fecha de las eliminatorias, cuya última parte se desarrolló bajo un pacto de no agresión para permitir el pasaje de los charrúas a Japón-Corea; recordó cada movimiento de ambos equipos en el campo para convencer de la honestidad y la transparencia, aunque apenas después del encuentro, había calificado de trámite "neutro" a aquel tramo.

En una de las conferencias en el predio de Ezeiza, Bielsa había deslizado que ningún equipo juega regularmente bien en el mundo. La ronda se había tornado interesante, como siempre cuando la temática pasa por sus reflexiones de fútbol, pero dado que ya llevaba más de una hora, varios camarógrafos y periodistas se habían retirado. Martín Cicioli, de la radio Rock & Pop, quiso recalcar en "cómo se juega, algo que no me parece un tema menor", pero Bielsa lo interrumpió: "Mire, sí es un tema menor. Si usted mira la cantidad de gente, se dará cuenta de que sí es un tema menor. Para el medio futbolístico es un tema menor y está expresado en la cantidad de gente".

El periodista quiso retomar la pregunta y lo volvió a frenar: "Es muy importante puntualizarlo. Si usted tiene diez personas que recorren equis cantidad de temas y cuando llegamos al tema principal, hay dos, evidentemente es porque el tema es menor. Para la concepción grupal". No quiso el técnico rendirse a la posibilidad de no dejar claro su parecer. "Eso no quiere decir que esté bien", le dijo el cronista; "no, de ninguna manera, le quiero decir que es útil hacer esta aclaración", concluyó tratando, como siempre, de apropiarse de la última frase.

Marcelo Bielsa se sorprende por la cantidad de puntos de vista distintos que genera un tema. Así como es improbable la unanimidad de criterios y la conformidad total, siempre habrá algún motivo de crítica: el eterno "gataflorismo" argentino, potenciado por la exigencia impuesta al "equipo de todos".

Un día lo definió claramente: "Hay tres mensajes. El primero, el rechazo que genera que un jugador creativo asuma roles momentáneamente defensivos; por ejemplo, Ortega asumiendo alguna posición circunstancial defensiva respecto al lateral rival que le tocaba enfrentar. Otro mensaje es que tienen que jugar todos los mejores, porque Brasil alguna vez jugó con cinco números 10. Y el otro es que a veces el equipo se descompensa defensivamente porque hay mucho ataque. Cuando uno tiene

que hacer convivir todo, termina tomando decisiones que afectan alguno de esos tres mensajes. Si un ofensivo asume roles defensivos, no está bien; si un gran jugador queda afuera, no está bien; y si nos descompensamos defensivamente porque atacamos, no está bien. Bueno, mi decisión siempre va a conspirar contra alguno de todos esos mensajes que se piden".

Cada convocatoria ha sido el desencadenante más fiel de esta aseveración. Existen gustos de los más variados. Y fundamentalmente, recayendo en la mítica posición de número 10. Antes del Mundial de 1978, César Menotti había afrontado un problema similar, al tener que elegir entre José Daniel Valencia, Julio Villa, Norberto Alonso, Ricardo Bochini y Diego Maradona.

Bielsa siempre demostró sus preferencias entre Juan Sebastián Verón, Pablo Aimar, Marcelo Gallardo, Juan Román Riquelme y hasta la posibilidad de Andrés

D'Alessandro: "Existe una gran cantidad de exponentes muy aptos para esa posición.

Pero no pueden jugar más de los que juegan. No pueden estar todos los que quisiéramos. Yo escucho: '¿cómo tal jugador no está entre los mejores 20 jugadores del fútbol argentino?'. Pero uno no puede designar cinco jugadores en un puesto y sólo uno en otra posición para que tengan cabida los que son mejores. Aquel que no es convocado, no quiere decir que no sea reconocido, sino que la idea es conformar un grupo de manera compensada. El que observa de afuera dice 'el equipo está bien defensivamente, pero no juega tal', y cuando juega tal, dice 'sí, de mitad en adelante bien, pero de mitad hacia atrás, mal'. Lo que uno trata es de conseguir algo satisfactorio hasta sabiendo que resigna cosas".

Si tiene Bielsa un rasgo que lo define es cuando levanta la cabeza. Mira a los periodistas a la cara sólo en determinados momentos. Cuando reconoce la voz de un cronista de su agrado. O cuando lo invaden las suspicacias y quieren avasallarlos. En

ese caso lo hace con los ojos bien abiertos, buscando ser claro y a la vez, implacable. El alma se revela a través de la cara. René Descartes escribió que "no hay pasión alguna que no sea revelada por un gesto de los ojos". Y esto se potencia en aquellos que tienen una marcada timidez, como es el caso.

Pocos deben recordar su poca inserción en el público argentino cuando comenzó la gestión en el Seleccionado. Julio Grondona no le extendía ningún signo de ratificación a mediados de 1999. A la vuelta de la Copa América de Paraguay, en una conferencia con gran carga pasional, respondía si la eliminación a manos de Brasil podía derivar en su renuncia, levantando la vista firme y tensa, buscando tal vez alguien que le devolviera la confianza. No había imaginado hasta ese tiempo las presiones que significa dirigir el equipo de todos. La falta de aliados y gente de poder que le transmitieran seguridad, lo hicieron mostrarse tal cual nunca quiere.

También se lo vio descolocado en la rueda de prensa anterior al partido contra Suecia, el que marcó la eliminación del Mundial. En esa ocasión tuvo cruces con varios periodistas. Cuando Eduardo Castiglione, del diario "Ole", quiso definir los movimientos de los extremos izquierdos del equipo, lo corrigió en tono fuerte: "Yo no dije que Claudio López y Cristian González cumplen la misma función, sino que persiguen el mismo objetivo. Hace tres años y medio que lo vengo explicando". Castiglione le replicó con sorna: "Disculpe que haya sido incapaz de entenderlo". A lo que Marcelo le dijo "no hablé de su incapacidad para entenderme, sino de la mía por hacerme entender". Todo con su habilidad para enrarecer el ambiente, con las estilísticas frases que usa para continuar la disputa que le proponen.

Pero enumerando conferencias en las que las presiones pudieron más que él, la más recordada será la del 19 de mayo de

2003. Tuvo tiempo aquel mediodía, en tres horas y 30 minutos, para defenderse de los rumores de un golpe mediático para desplazarlo, tras las declaraciones de Julio Grondona a favor de una vuelta de Carlos Bilardo.

Se lo vio como nunca. Descubrió su verdadera máscara entre tantas, la del hombre apasionado para defenderse. Enfervorizado, vehemente al máximo, en posición de atacado e intolerante. Volvió a discutir con periodistas y a uno de ellos le dijo "usted es mi enemigo". Les preguntó qué propondrían para limar la relación, dejando en claro igualmente, que no se apartaría del sistema de las conferencias, con su explicación: "Si el precio para armonizar con los intereses de los demás es que yo tengo que hacer diferenciaciones, no las voy a hacer. ¿Por qué no discutimos eso, si está bien o está mal que atienda a todos por igual? Y si está mal, díganlo. Porque hay gente que piensa que está mal, lo que pasa es que no puede sostenerlo. ¿Cómo se defiende aquel que dice que una FM de Salta merece un trato inferior al del medio más poderoso de la capital?".

Días antes de esa conferencia, Osvaldo Ardiles había renunciado a la dirección técnica de Racing Club, tras la eliminación en la Copa Libertadores. Bielsa tenía algo que expresar: "Existe un mensaje social perverso que dice que el que pierde, se tiene que ir. Me da muchísima tristeza que esto se haya convertido en ley. Ardiles, por ejemplo, un tipo bien intencionado, armó un equipo que mereció ganar pero no ganó, y al otro día renunció. Quiere decir que ganaron ustedes", dijo mirando a los periodistas del salón. Y siguió: "Disculpen que diga 'ustedes' porque sé claramente que hay una porción del periodismo que no interpreta las cosas así. Pero está instalado que el que no gana es un imbécil. No sirve más. A Ardiles lo convencieron de que las normas son las que ustedes dicen que son. El, pese a ser progresista, no peleó contra la norma, la aceptó. En los últimos diez años cambiaron

las normas: el contenido no importa más, ni tampoco la calidad de los recursos. El mensaje de urgencia que se ha instalado en la Argentina es que todo tiene que ser inmediato".

Dejó planteada una controversia con la que lucha interiormente. Porque de la misma manera que Ardiles se fue por los resultados asumiendo ser el responsable, él aceptó antes del Mundial que no ganarlo sería un fracaso. Por un lado, piensa que el camino es más importante que la meta en sí; asimismo, permite que el mensaje que se instaló en la sociedad prevalezca sobre el suyo.

LA FAMA

**... "ASUMÍ SER UN HOMBRE PÚBLICO,
PERO ME CUESTA DEMASIADO
PROCESAR SUS CONSECUENCIAS"**

Cuando asumió en la Selección argentina, Bielsa avisó que "uno de mis objetivos consistirá en ser muy prudente y muy natural. Tengo que cuidar mi vida. Seguramente voy a ser un individuo mucho más moderado que el que era". Fue la introducción a una siguiente frase, otra cabal definición: "Los sentimientos son de uno y no es bueno evidenciar lo que uno siente. Ese es el paso previo a ventilar la identidad, que es un aspecto que hay que proteger".

El pudor que siempre sintió por su vida privada lo llevó a relacionarse lo menos posible. En la época de jugador de Instituto de Córdoba, solía viajar en los primeros asientos del micro, lejos de las bromas del núcleo.

Sin embargo en sus primeros años como técnico, cuando dirigía a Newell's, lucía más extrovertido. El 9 de julio de 2004, dirigiendo la Selección argentina en la Copa América, contó el porqué de su cambio: "Hoy me describen como alguien no carismático, pero cuando dirigía a Newell's sí lo era, porque era demagogo, le daba al público el circo que reclama en el éxito. Aquello me dejó dos cosas: el que gana es ídolo indefinido para la gente;

en cambio, el que gana esporádicamente debe hacer una explosión de su imagen para que repercuta en la masa. En aquella época hacía muchas cosas que hoy me permitiría". Carlos Altieri, su gran amigo, no duda en definirlo como "la persona más ética y honesta que he conocido. Es intachable, en la vida, en los impuestos, con sus amigos, con todo. Y eso hace legítimo que siempre esté cuestionando la conducta humana. Lo que ocurre es que analiza todo desde una posición cómoda. Nunca vivió la circunstancia de estar en una situación de ajuste para comprender más a la gente".

Es cierto que nunca atravesó una coyuntura económica que lo intranquilizara. Proviene de una familia sin problemas en ese sentido. Desde que es técnico no ha permanecido más de un año sin trabajar (dejó el América de México a mediados de 1996 y tomó Vélez en el '91). Y antes de serlo, mientras se formaba, tuvo en su hermano la ayuda necesaria para concentrarse en lo suyo. En general, ha elegido la posibilidad de gloria antes que los billetes y asegura que "la retribución no altera ni aumenta la motivación". No obstante, su llegada al Atlas de México se debió exclusivamente a las cifras del contrato. La revista "Noticias", en uno de sus ejemplares de mayo de 2002, calculó que su capital llegaría a 10 millones de dólares.

La declaración que sigue desarrolla este concepto y lo conduce a la hipocresía que siente que gira en torno al fútbol, por la cual sufre interiormente: "La fama y el dinero son valores intrascendentes. Pero claro, nos los describen con un peso tan significativo que parecería imposible resistirse a valorarlos. Creo que el espíritu amateur, el amor hacia la tarea, es lo único que vuelve satisfactorio el trabajo. Cuando observo de qué manera son des-critos para el público las celebridades, los ídolos, lamento muchísimo que se los describa millonarios y extraídos de la realidad social. Para explicarlo mejor, sé que la alegría de un triunfo en un partido dura cinco minutos, termina el partido y hay una sensación de efervescencia, una sensación de adrenalina al tope

que genera excitación y felicidad. Pero son apenas cinco minutos y después hay un vacío enorme. Y una soledad indescriptible".

Ya fueron tratadas sus diferencias con sus compatriotas en general; lo cierto es que siempre Europa lo obsesionó más que la idiosincrasia argentina. Desde que le dijo a Jorge Griffa que estaba loco por regresar desde España a trabajar a la Argentina. Cuando fue tentado por el Espanyol, sus ganas de incursionar en el Primer Mundo y el deseo de que sus hijas estudiaran en un colegio de aquellas tierras, prevaleció en la decisión. Como constante corrector de errores de los futbolistas, apunta a incorporarle características europeas, en este caso la disciplina y la táctica, a la habilidad natural del jugador argentino.

En Alemania, en ocasión del viaje a Stuttgart para el amistoso pre Mundial, le preguntaron cómo se habían sentido concentrados en la Escuela de Deportes de Jóvenes Nellingen Ruit, en las afueras de la ciudad. Contestó que "estamos encantados con la hospitalidad de la gente, con las características del lugar y con el afán de copiarnos del espíritu alemán en cuanto a lo combativo... Perdón, debí decir en lo esforzado y sacrificado, no combativo".

Después del segundo entrenamiento en Stuttgart, se acercó a los hinchas que presenciaban la práctica para sacarse fotos y firmar autógrafos. A tres de ellos les preguntó qué tenían que hacer durante la noche y les pidió si podían mostrarle las particularidades de la ciudad. Bielsa se avergüenza de que el fútbol sea su única ocupación cotidiana. Debido a sus distintos trabajos y a las giras con los equipos que dirigió, vivió en varios puntos del mundo, pero conoció muy pocos de ellos.

Marcelo reniega mucho y su amigo Altieri no duda: "Tiene un problema de adaptación a la sociedad en la que vive. Eso de permanecer días y días en un campo, aislado, deben existir otras maneras de vivir...".

Cuando dirigió al equipo argentino en los Juegos Olímpicos de Atenas, se hizo amigo de Sergio Vigil, entrenador del conjunto de hockey femenino sobre césped. Vigil recuerda la fascinación de Bielsa por el ambiente de la Villa Olímpica: "Un día, charlando en el comedor, se detuvo para decirme: '¿Vio a la gente que nos rodea? ¿Los miró bien? ¿Se dio cuenta de algo notable? No hay ninguno con cara de hijo de puta...'. Su conducta es por momentos la de un misántropo. Sobre todo en los prolegómenos de un partido de la Selección, cuando se recluye incluso para sus amigos, que son pocos. Vive repartido en el campo de su suegro, en el pueblo santafesino de Alcorta, y en su domicilio de Rosario, donde esporádicamente sale, porque no tiene ganas de que lo saluden desconocidos. En sus primeros días en Chile, pidió expresamente que no haya cámaras cuando vio un par de partidos en los estadios.

Desde que trabajó en la Selección argentina, debió cambiar sus vacaciones en Valeria del Mar, en la costa de su país, por Key Biscayne, Florida, en Estados Unidos, donde puede pasar inadvertido. No suele escuchar música en sus ratos libres; los utiliza para salir a trotar.

Casi nunca concurre a fiestas, más allá de que lo participan en gran cantidad de casamientos y lo invitan a entregas de premios. No aceptó ir a su vigésimo quinto aniversario de egresados, aunque sí, excepcionalmente, a una conferencia brindada en el año 2000, en el centenario del colegio Sagrado Corazón, donde él estudió.

Esa vez, frente a más de 600 chicos, contó que nunca había pensado llegar donde llegó, que seguramente tenía algún mérito pero no sabía si era causalidad o casualidad, y recordó cuando en la escuela jugaba al fútbol entre unos árboles y unos bancos de cemento. Jorge Maza había sido compañero de Marcelo en el profesorado de educación física y en ese momento daba clases en aquel colegio. Fue quien estuvo siempre con él ese día y evoca: "Cuando le dijimos al alumnado que venía Bielsa se armó un

revuelo bárbaro. La charla fue en la capilla, donde está prohibido gritar, por lo que todos aplaudían. Entonces se armó un aplauso bárbaro, muy cerrado. Él llegó a decirles: "les voy a hacer una confesión; generalmente no me emociono con los aplausos, sólo me emocioné el día que Newell's salió campeón contra San Lorenzo en la cancha de Ferro. Y hoy ustedes me hicieron poner la piel de gallina".

Cristian Grosso, del diario "La Nación", rescató algunas frases trascendentes de esa charla, a la cual aceptó concurrir con la única condición de que no acudiera la prensa. Bielsa les habló sentimentalmente a los chicos: "Los momentos de mi vida en los que yo he crecido tienen que ver con los fracasos; los momentos de mi vida en los que yo he empeorado, tienen que ver con el éxito. El éxito deforma, relaja, engaña, nos vuelve peor, nos ayuda a enamorarnos excesivamente de nosotros mismos. El fracaso es todo lo contrario, es formativo, nos vuelve sólidos, nos acerca a las convicciones, nos vuelve coherentes. Si bien competimos para ganar, y trabajo de lo que trabajo porque quiero ganar en cuanto compito, si no distinguiera qué es lo realmente formativo y qué es secundario, me estaría equivocando".

Y también se permitió darles un consejo: "Hay que permitir que ingrese la información que riega nuestra parte noble y evitar la información que estimula nuestros bajos instintos."

También dio una conferencia en el 2001, tampoco paga (pese a ser un recurso muy redituable, no quiso cobrar en ninguna de las diez charlas que dio en su vida), en el club Pachuca de México, en el marco del centenario del club. Ese año Pachuca abrió la primera Universidad del Deporte, donde se puede estudiar Educación Física especializada en fútbol, una modalidad que él había impreso hacía tiempo estudiando el profesorado. Porque en realidad, poco le interesaba recibirse; su compañero de estudios Jorge Maza lo imaginaba: "Marcelo estudiaba para perfeccionarse, para adquirir conocimientos de la conducta del cuerpo y luego exponerlos a través del fútbol. Todo lo de él era fútbol,

entrenamientos. A él no le importaba la parte didáctica-pedagógica de la carrera, mucho menos estudiarla para ponerse a trabajar en un colegio".

Fue el único técnico que respondió, poniéndose a disposición mediante una emotiva carta que él mismo redactó, al comunicado que Enzo Francescoli, embajador de Unicef (Fondo para la Infancia de las Naciones Unidas), envió a cada selección latinoamericana, en el que les explicaba que intentaban que este Mundial fuese una ayuda para los pibes que viven en áreas de conflictos bélicos, desastres naturales o con urgencias en aspectos vitales como la alimentación, la educación y la salud.

Es casi imposible escuchar públicamente a Bielsa referirse sobre un tema ajeno al fútbol. Ser conocido no significa, para él, tener que referirse a lo que no tiene que ver con su actividad! Desde su traumática relación con la fama, ya en 1992 en un reportaje en la revista "El Gráfico", declaraba que "los protagonistas de este espectáculo estamos condenados a comportarnos haciendo abstracción de nuestra condición humana. Doy un ejemplo: hace quince años que leo los diarios todas las mañanas en el café "El Internacional", en 3 de Febrero y Ayacucho, en pleno centro de Rosario. Es un caso extraordinario. No tengo amigos y los mozos, siempre los mismos, apenas si me saludan. Desde que empecé a ser más conocido, nunca falta el que viene a felicitar o a preguntar cualquier cosa que no tiene nada que ver con lo que estoy leyendo. Yo, que no soy nadie, me fastidio. ¿Qué le pasará a Maradona, que no puede salir a la calle? Asumí ser un hombre público, pero me cuesta demasiado procesar sus consecuencias".

En aquel viaje a Alemania, los periodistas germanos estaban sorprendidos por su culto de perfil bajo. Le preguntaron por qué se comportaba de esa manera, en una actividad plagada paulatinamente por la imagen y el marketing; su respuesta resultó lo más ilustrativa posible acerca de lo que siente: "Digamos que porque no soy una estrella".

SELECCIÓN ARGENTINA

... "NOS LLEVÓ UN AÑO Y MEDIO ENTENDER AL TÉCNICO"

Frente a la puerta de la entidad que preside, la Asociación del Fútbol Argentino, Julio Grondona sabía que la estructura era novedosa en nuestro medio. "Presten mucha atención a lo que les voy a decir", les dijo a los periodistas el 7 de setiembre de 1998, "José Pekerman será el director general de los seleccionados argentinos, Marcelo Bielsa el director técnico de la mayor y Hugo Tocalli, el de las selecciones juveniles".

Del individualismo típico argentino no se escapan los directores técnicos de fútbol. Por eso, la estructura europea con un "manager" no tenía prácticamente antecedentes en estas tierras. Sin embargo Grondona hacía tiempo había decidido innovar y en septiembre del '97, se lo apuntó a Pekerman, quien con dos títulos mundiales Sub 20 ya surgía como un hombre a tener en cuenta.

Cuando viajó a Francia '98 como comentarista de la televisión, Pekerman se fijó en el modelo del Seleccionado local y a la postre campeón, y cuando le comunicaron la decisión de imponer un nuevo esquema, propuso su idea. El 10 de agosto, después del Mundial y habiendo Daniel Passarella precipitado su aleja-

miento tiempo antes, se postuló como el vértice de una pirámide y le dio a Grondona dos nombres para la Selección mayor, ante la imposibilidad de Carlos Bianchi (ya había sido contratado por Boca Juniors), prefiriendo a Marcelo por sobre Carlos Griguol, la otra opción, debido a su juventud.

Era la primera vez que el titular de la AFA no elegía al técnico. En 1982, cuando designó a César Menotti, y en 1990, con Carlos Bilardo, Grondona legitimó decisiones meramente personales, mediante una comisión de dirigentes del Comité Ejecutivo que él mismo armó. El concepto que tenía armado de Bielsa, con quien nunca se había contactado, se remitía a lo que había comentado de él Raúl Gámez, aunque éste hoy no siente tan trascendente su influencia; "Yo no fui importante en su elección, Grondona nunca me preguntó sobre él, simplemente porque mi opinión sobre lo que había hecho Bielsa en Vélez ya se la daba estando Passarella y mucho antes de que tuviera posibilidades de llegar a la Selección".

Sólo con el tiempo, Pekerman pudo quitarse la acusación de no haber tenido la personalidad para encarar su gran salto, debido a no querer asumir él. Un mote que lo inquietaba en ese momento y del cual se defendía: "El ofrecimiento de Grondona fue el reconocimiento más grande que tuve en mi vida. Pero fiel a mis principios, privilegié la función que debía desempeñar. Si nosotros pasábamos a la mayor, íbamos a dar ventajas. Argentina necesitaba que Marcelo Bielsa se sumara al proyecto".

El contrato que Bielsa desarrollaba en el Espanyol de Barcelona pareció un impedimento, pero la cláusula que había hecho incluir para evaluar la rescisión si surgía una oferta de su selección, hizo posible su sueño. "No lo podía imaginar, se estaba disputando el Mundial, simplemente pensé que no perdía nada. Entonces había dos caracteres excluyentes que impedían que el futuro de la Selección pasara por mí: Pekerman y Passarella, que si ganaba el Mundial se quedaba. Los directivos

del Espanyol no pusieron ningún inconveniente, porque consideraron que era casi imposible. Cuando apareció la oferta, un consejero del club me dijo que tenía un número entre mil y había salido", recordaba.

La relación entre Bielsa y Grondona comenzaba por referencias. Ariel Borenzstein, en la biografía "Don Julio, el dueño de la pelota", rescata un previo vínculo, del que seguramente Marcelo seguramente no se haya enterado: "Cada vez que se cruza con su hermano Héctor en el camino, Don Julio busca por todos los medios despejar la ruta. En 1995, Héctor busca ganarle espacio en la comisión directiva de Independiente al presidente Jorge Bottaro. Pelea por llevar a Marcelo Bielsa como entrenador, pero encuentra la resistencia, primero de Bottaro, y después de su hermano, que lo llama a disciplinarse. Finalmente, el técnico es el Zurdo Miguel Ángel López, y Héctor pega el portazo". Sin conocerlo, el presidente de la AFA se interpuso en la primera posibilidad de trabajar en un club grande de Marcelo.

En los primeros meses Grondona hizo muy evidente que quería dejar bien en claro el orden jerárquico, refiriéndose únicamente a Pekerman. No estuvo junto al cuerpo técnico en la primera gira (por Chicago), ni en la Copa América (prefirió observar junto al presidente de la FIFA, Joseph Blatter, las alternativas del Mundial femenino en Estados Unidos), ni en los entrenamientos en Buenos Aires. Luego se molestó cuando el entrenador no llamó a Gabriel Batistuta, la cara publicitaria de Reebok, indumentaria mediante contrato millonario de la Selección.

Bielsa nunca imaginó las presiones que sentiría en este cargo, ni los poderes a los que debería enfrentarse: tiempo después, el 23 de abril de 2001, definió al presidente de la AFA como alguien de "conducta avasallante", cuando discutieron por la cesión tardía de los jugadores.

Héctor Domínguez, ex tesorero de la AFA, elige como anécdota "las discusiones entre él y Grondona. Siempre llegan a un

límite, porque Grondona no entiende a Bielsa y Bielsa no entiende a Grondona. Entonces yo intercedo. Parecen dos tipos muy distantes, pero son muy parecidos: son dos cabeza dura. Ambos tienen los objetivos claros, ven dos metros más allá del resto. A Julio, que no tuvo la posibilidad de formarse como Marcelo, los años le han suplido las carencias".

El reajo con el que Grondona analizaba a Bielsa en sus primeros meses, dio lugar con el tiempo a una definición estridente del mismo hombre: "Es el mejor técnico que tuvo la Selección". Recién el 7 de marzo, Marcelo pisó por primera vez la AFA. Si hubiera sido por él, nunca hubiera tratado con Grondona, de quien nunca soportó que postergase las reuniones o las decisiones. Como así también rechazó en estos cuatro años, cualquier trato con empresarios o personajes que están en el fútbol desde que se ha tornado en un gran negocio. Eduardo Bermúdez, ex técnico suyo y de anterior buena relación, representa a futbolistas (Walter Samuel entre otros); no tuvo contacto desde que Marcelo firmó para el Seleccionado: "Tal vez las negativas de algunos jugadores a la Copa América hayan influido. Se habló mucho en ese momento de la injerencia que tenían los representantes. Él siempre me dice 'yo no trato con mercenarios'".

En su primera conferencia, Bielsa adelantó que "no es el momento para hacer nombres, pero van a estar los mejores, sin distinción del sitio en donde jueguen. Para seleccionarlos tendremos en cuenta condiciones, trayectoria y antecedentes". Más allá de sus palabras, más tarde preferiría a los que actúan en Europa.

Su primera nómina de convocados sí tuvo únicamente jugadores que actuaban en ese momento en el país: Burgos, Bizarri, Ibarra, San Esteban, Méndez, Samuel, Berizzo, Lussenhoff, Astrada, Claudio Husaín, Sorín, Bassedas, Cagna, Gallardo, Solari, Guillermo Barros Schelotto, Delgado, Darío Husaín y Palermo. Sólo llevaría a cinco de ellos al Mundial.

En condiciones ideales, sin lesiones ni negativas de los clubes extranjeros, eligió a los jugadores que habían trabajado con Daniel Passarella en el ciclo anterior, sabiendo que sólo necesitaban consolidarse juntos. Y los siguió convocando una vez clasificados al Mundial. Roberto Ayala, en octubre del 2001, le reconocía la confianza: "Significa un respaldo. Y es lo que ayudó en su momento para que nosotros nos asentáramos como equipo". Los futbolistas argentinos analizan al entrenador que asume funciones. En este caso, el bajo renombre (procuró por él a lo largo de su trayectoria), su corta historia como técnico en nuestro medio (dos años en Newell's y uno en Vélez) y su nula aparición con la camiseta argentina, eran los puntos en contra. Fundamentalmente, notaban que el técnico no tenía una historia como jugador que avalara su nombramiento. Podían sentirse entonces a la par de quien los dirigía y pasar por encima de sus decisiones. Incluso Ayala había declarado, en julio de 1999, que no tenían convencimiento para implementar lo que les pedía su nuevo entrenador. El crédito del técnico del equipo de todos se achica ante el mínimo desliz y cuesta demasiado agrandarlo. Marcelo Bielsa lo sabía, pero no estaba preparado para quedar inserto en esta trama de intereses desconocidos para él, que sólo gusta pensar en y hablar de fútbol. Por momentos fue absorbido, a lo largo de su primer año de gestión, por los intereses particulares y por lo que les recomendaban a los futbolistas sus representantes.

Con vistas a la Copa América de Paraguay, a mediados de 1999, el primer certamen de valor de esta era, surgieron todo tipo de excusas de varios de los que actuaban en el fútbol europeo, donde estaban finalizando la temporada. Gabriel Batistuta explicó que quería descansar para recuperarse físicamente, Fernando Redondo dio una de sus varias negativas, a José Chamot le pidieron en el Atlético Madrid que no jugara, Roberto Sensini también se negó y el intermediario Gustavo Mascardi apareció en escena

para deshacer a su gusto la base del equipo, haciéndoles entender a sus representados (Hernán Crespo, Juan Sebastián Verón, Claudio López) que dicho torneo no los beneficiaba en lo económico ni en lo profesional.

Estas negativas motivaron las frases agraviantes de Diego Maradona y sobre todo de Oscar Ruggeri: "Me da tristeza escuchar a algunos decir que están cansados de jugar en la Selección. Me sorprende lo de Batistuta. Dice que está cansado, me parece una joda. A esos que ahora no vienen, no hay que volver a llamarlos". Sólo los posteriores éxitos borrarían de la memoria las prioridades de otros momentos de algunos jugadores.

El 13 de julio de 1999, a la vuelta de la Copa América, Bielsa protagonizó una de sus conferencias de prensa más recordadas. En sus respuestas, demostrando sus sentimientos más que lo habitual, se le advertía fácilmente su crisis. Encima, debía responder si pensaba en renunciar: "Jamás imaginé esa posibilidad. Lo que hicimos nosotros merece ser valorado, estoy orgulloso del trabajo que hice. Si por haber perdido un partido tengo que admitir que las cosas están mal, no lo voy a hacer".

Fue uno de los dos momentos traumáticos de los cuatro años de trabajo. El otro, claro está, se daría con la eliminación en primera ronda en el Mundial. Retornando de aquella Copa América (eliminado en cuartos de final ante Brasil), todavía en el aeropuerto de Asunción, Marcelo Bielsa protagonizó la escena más desafortunada, quizá, de su carrera, cuando quiso solucionar mediante una pelea con José Luis Calderón su momento de desconcierto total.

Calderón había dicho desde Paraguay, por Radio Mitre, que se había sentido de relleno en el grupo que jugó la Copa. Había sido uno de los cuatro integrantes que no actuaron en ningún partido de ese certamen, teniendo a su favor la muy floja actuación de Palermo (quien erró tres penales en un partido frente a

Colombia, luego de los gritos del técnico para que él no se encargara de la ejecución del tercero de ellos).

El técnico, irritado porque uno de sus jugadores lo había criticado a través de la prensa, irrumpió ante el delantero, gritándole "sos una basura" y recibiendo de respuesta "y vos sos un hijo de puta". Cuentan los testigos, numerosos por cierto, que Calderón lo reprendió: "Si querés pegarme, pégame. ¿No ves que está lleno de periodistas? Vos sos el que tenes que dar el ejemplo"; y que los separaron Diego Simeone y Roberto Ayala, quienes casualmente habían ido a preguntarle a Calderón por qué había hecho público su enojo.

La relación con Calderón nunca fue buena, desde el momento de la convocatoria, en la que también medió Gustavo Mascardi. "Bielsa me manifestó que cinco minutos antes de que me citara, había llamado a otro jugador y le había dicho que no. Además me dijo 'arrancamos mal, el lunes veo el diario y usted dice que no está contento con la forma en que lo llaman'", se defendía el jugador. "Me pude equivocar, pero eso no autoriza a ningún reclamo. Porque una ley elemental de convivencia entre profesionales es no reclamar las decisiones de los otros", fue la única versión del técnico. Siendo un absoluto creyente de los incondicionales y un hombre que no sabe de reconciliaciones, nunca más lo convocó.

Tiempo después, en setiembre del 2002, José Luis Calderón contó que "después de la eliminación en la Copa América, Bielsa llamó jugador por jugador a su habitación. A mí me dijo que no entraba en su sistema de juego y que me había llevado porque la gente me pedía. Le dije de todo. Al día siguiente reunió al plantel entero y les mintió: dijo que yo había hablado mal de ellos a la prensa".

Desde su asunción como técnico, y en pocos meses, la Selección sumaba desaciertos: un empate en Buenos Aires con Lituania, una derrota ante los Estados Unidos (dos equipos sin

nivel), renunciando a la camiseta, falta de apoyo de Julio Grondona y la notoriedad de un grave incidente entre un técnico y un jugador.

José Pekerman aceptaba públicamente que estaban a prueba hasta fines del '99. Aunque siempre los contratos de Bielsa son cortos ("trabajo para que lleguen, pero los resultados no dependen de mí; por lo tanto no hago planes a largo plazo"), en este caso, influía el descrédito que le daba Grondona.

La prensa comenzaba a jugar el papel importante del que desconfiaba Marcelo cuando asumió. El diario "Clarín", formador de opinión por excelencia en estos tiempos, que primero había potenciado su ángulo antiresultadismo y simplemente pedía tiempo para juzgarlo, empezaba a criticarlo con fuerza. La revista "El Gráfico" se sumaba, sobre todo mediante las editoriales de su director, Aldo Proietto, que pese a que había exigido "tener fe en la buena fe", ahora escribía contra su discurso: "Bielsa tiene una verba floridamente confusa, razón por la cual nadie se atreve a discrepar. ¿Cómo hacerlo ante lo incomprensible?".

Y obviamente, algunos representantes de Torneos y Competencias (por ejemplo Fernando Niembro, de cuyo programa "El equipo de primera" Bielsa se negó a ser columnista, y Enrique Macaya Márquez, quien en realidad sólo le reprochaba el juego del equipo) lo enfrentaban. Bielsa no hacía diferencias y rechazaba las ofertas cuantiosas para prestarse a reportajes exclusivos.

A su entorno, Marcelo le decía que no lo iban a cambiar. Que aunque lo siguieran criticando, continuaría en su tratamiento por igual, que seguiría respetando de la misma manera al monopolio mediático que a las radio de menor alcance. Tenía una razón para explicarlo, la misma frase a la que recurre cuando le preguntan acerca de la alegría que puede dar el Seleccionado de fútbol a un pueblo necesitado: "Como parte de la sociedad, nuestra misión es desarrollar de la mejor manera nuestro papel".

Repetía que "lo principal no es el proyecto, sí el afán de los jugadores por conseguirlo". Sin dudas necesitaba la identificación de sus dirigidos, la cual consiguió con los primeros resultados positivos y acentuó al no variar las convocatorias, una vez que armó el equipo, pese a que la preferencia por un grupo haya provocado la crítica de dejar de lado a algunos representantes del medio local, como Juan Román Riquelme y Javier Saviola.

Los primeros éxitos en cadena se dieron en el comienzo de las Eliminatorias, a mediados del 2000. Diego Simeone diría tiempo después que "nos llevó un año y medio entender al técnico". El 4-1 a Chile del primer compromiso de la clasificación al Mundial, en uno de las mejores actuaciones del ciclo, fue clave. Y a partir de allí, el rotundo liderazgo en el fútbol sudamericano. Ángel Coerezza arbitró el primer partido en la corta carrera de futbolista de Bielsa. Veintidós años más tarde se reencontraron. El ex juez era el encargado del predio de Ezeiza donde concentran las selecciones argentinas. Coerezza entiende que "se ganó el respeto de los jugadores por su capacidad, coherencia y sobre todo, por su docencia. Además, él se hace cargo de todo lo negativo".

Las críticas dejaron de tener que ver con su manera de conducir, de socializarse con los jugadores. La discusión volvió a pasar por cuestiones de juego. Comenzó a leerse en "Clarín", por ejemplo, que "la particular pretensión de fútbol de este entrenador (presión durante todo el partido, permanente rotación, que ninguno deje de marcar ni de jugar) necesita, ante todo, del convencimiento de los jugadores, y esto requiere varios entrenamientos para interpretarlo y la total puesta en servicio en lo atlético y lo técnico de cada uno de ellos".

Le costó cumplir regularmente a este equipo ratos de vistosidad. Y la resistencia que encontró fue el tono europeo que incorporó el Seleccionado, lejos de la pausa típica de muchos jugadores argentinos: "El rasgo del equipo es la aceleración y no la

pausa. Se reclama esto cuando hay ritmo y velocidad. Es difícil encontrar equilibrio", justificaba Bielsa.

Por esa época, soltó una frase que sintetizaba la mínima necesidad de reforzar los conceptos designando siempre a los mismos, una vez que éstos incorporaron lo pretendido: "Aporto 3 o 4 ideas como trazos gruesos para armonizar el funcionamiento. El seleccionado es de los jugadores y no merece demasiada asistencia". Claudio Husaín, uno de los 23 que irían al Mundial, pensaba igual: "Nos da los horarios de trabajo y nos dice lo que vamos a hacer. Con el grupo que se armó en la Selección, no hace falta que se encargue de muchos detalles".

El invicto enfrentando a las potencias europeas, siempre jugando de visitante, tuvo gran importancia en la credibilidad del mensaje del entrenador por parte de los jugadores. En primer lugar, cortarle un invicto de 12 partidos a España. Luego, vencer a Italia después de 45 años. Está claro que únicamente los resultados ratifican las ideas en el fútbol.

En ese momento la relación con los jugadores empezaba a fortalecerse, y Marcelo les elogiaba la postura desinteresada en lo económico para jugar en la Selección y la forma de enfrentar las presiones: "La tensión excesiva perjudica, la relajación puede llegar a limitar. Nadie mejor que estos jugadores profesionales para llegar a una tensión que favorezca y no inhiba, y una relajación que permita y no quite", decía, siempre con sus modos.

Batistuta manifestaba que "estoy convencido de que hay que seguir jugando así; Bielsa nos está metiendo jugar siempre igual". Hasta los pupilos de Daniel Passarella reconocían que jugaban con más convicción ganadora. La relación era distante por preferencia del técnico, pero a esa altura los unía un cariño recíproco por saber que estaban delante de un momento inigualable. Marcelo les destacó sobre todas las virtudes el "espíritu amateur". Un término que define como "el amor hacia la tarea"

y lo reconoce como "lo único que vuelve satisfactorio el tránsito por el trabajo".

Se trataba de un Seleccionado cuyos jugadores (algunos de los cuales no habían querido jugar la Copa América) entendieron que la camiseta argentina debe ser prioridad, que sumaron millas aéreas para jugar cualquiera fuese el rival, que se acordaban de una sociedad tan bastardeada como la nuestra y por ello no reclamaban que les pagasen los premios adeudados. Que salieron a jugar con remeras apoyando conscientemente la ayuda a Aerolíneas Argentinas, a la educación pública y a la salud gratuita.

Conscientemente, porque por ejemplo, antes de salir con la bandera del maltrecho Hospital Malbrán, dialogaron casi dos horas con profesionales del instituto.

Por los argentinos decían "queremos ganar", sobre todo antes del partido ante Brasil por la clasificación al Mundial (2-1 a favor), tiempos en los cuales comenzaba a ser conocido el riesgo país. Después de ese encuentro se hermanaron como nunca antes con un público dispuesto a vibrar y a olvidar las cachetadas, todos abrazados y girando para cantar de frente a cada sector del estadio.

El 25 de marzo del 2001, por primera vez varios de los espectadores presentes en el estadio Monumental se unieron entonando "que de la mano del Loco Bielsa, todos la vuelta vamos a dar" tras golear 5-0 a Venezuela. Todavía frío, lejos de desnudar sus emociones como en su partida a Japón, el entrenador seguía acreditando el reconocimiento en el éxito del equipo: "Uno lo agradece y sabe que está atado a mantener resultados que provoquen ese puente con el público".

El reconocimiento se repitió, pero esta vez en forma casi unánime, tras el 3-0 a Colombia del 3 de junio, cuando faltando cinco fechas para el cierre de las Eliminatorias, llegó a 32 puntos, dos más que los conseguidos al final de las anteriores (terminaría con

El 15 de agosto logró clasificar, venciendo 2-0 a Ecuador, en lo que fue el primer triunfo de la historia en los 2856 metros de altura de Quito. El 25 de abril, había rescatado el único punto desde 1973, jugando en los 3672 metros de Bolivia, empatando 3-3 un encuentro que a falta de tres minutos perdía 3-1.

Así, queriendo ser protagonista siempre, habiendo entendido la forma, llegó al Mundial este equipo "insoportable para el rival", como lo definieron Nelson Vivas y Juan Pablo Sorín. El viernes 5 de octubre del 2001 Julio Grondona apareció por primera vez en el predio de Ezeiza después de mucho tiempo: "Le dije a Bielsa que mientras yo esté al frente, no voy a tener ningún inconveniente de que tanto él como Pekerman sigan en sus cargos. Si fuera por mí, a Bielsa le renovarí el contrato ya mismo. Aun antes del Mundial".

José Pekerman, habiendo superado los temblores, escribió en una columna en el diario "La Nación": "Cuando pensé quién sería quien estuviese al frente de la nueva etapa, quise alguien capaz de agregar toda su capacidad dejando de lado rancias antinomias. Marcelo es el indicado para intentar volver a ganar un Mundial sin rencores. Soñé con una Selección sin proscriptos y sin ideas tendenciosas, sino la entrega necesaria para responder a lo que la gente espera".

Estaba claro el horizonte desde hacía tiempo; desde que Grondona, en la presentación del nuevo cuerpo técnico el 7 de setiembre de 1998, flanqueado por los restantes vértices del triángulo, el autocrítico José Pekerman y un Marcelo Bielsa varios kilos más flaco que hoy, aventuraba con que "el gran objetivo de todo esto es Corea-Japón 2002".

EL MUNDIAL

... "ES LO QUE SOÑAMOS TODA LA VIDA"

Cada uno de nosotros tiene reservado un acontecimiento sublime. Y debido a que nos preparamos para ese momento a lo largo de los años, casi siempre de manera inconsciente, aquel acontecimiento está siempre formado por los distintos aspectos de nuestra personalidad.

El acontecimiento que le aguardaba a Marcelo era justamente la Copa del Mundo 2002. Y llamativamente muchos de sus rasgos quedaron expuestos en torno a esa experiencia. Bielsa no imaginaba ser parte protagonista de un Mundial cuando estudiaba para ser director técnico, aunque sí lo soñaba. Había modificado un destino que le deparaba trascender, pero no de la manera en que lo hizo. Había almacenado información y análisis buscando el éxito, sin llegar a disfrutar del reconocimiento. Había incorporado, todavía en su niñez, la noción de esfuerzo máximo.

Es paradójico que el Mundial se haya realizado en Japón, donde reina la puntualidad, la sistematización y el amor por el trabajo, características de su forma de ser. En una de las conferencias de prensa que dio en aquel país, le preguntaron si estaba conforme con el J-Village, el predio donde estuvieron concentrados: "¿Cómo puede vivir lejos del entretenimiento de bares y

centros comerciales?", le cuestionó uno que evidentemente no lo conocía. No dudó en responder que "se trata de un lugar irre-producible, donde los valores humanos de una cultura diferente son sustitutos, para mejor, de esas tiendas y bares". En Japón, no tenía problemas en detenerse, luego de trotar media hora cada mediodía, a firmar autógrafos, algo a lo que recurrentemente le escapa.

La excelencia inculcada por su madre lo hizo resultadista. Próximo a la competencia, se adaptaba a lo que dictaba una sociedad en la que habita con molestia. "El medio ya decidió que no salir campeón será un fracaso. Nosotros quedamos sujetos a esa opinión, que doy por válida", dijo antes de embarcar rumbo a Asia.

El inviolable acceso a su privacidad tiene un porqué: su vergüenza. Es sensible, pero al mismo tiempo, pudoroso de ello. Y por eso no quiere mostrarse tal cual es. Pero antes de dejar Buenos Aires, se emocionó dos veces en un par de horas.

Primero, al despedirse de los empleados del predio de Ezeiza, donde estuvo viviendo mientras armaba junto a sus ayudantes el archivo de jugadores que impresiona. Luego, al enfrentarse imprevistamente con Carlos Altieri, su gran amigo; "sólo le deseé suerte, pero no me esperaba", contó quien fue el único de los íntimos de Marcelo que lo desobedeció y apareció en el aeropuerto. El choque con una de las dos personas que más lo acompañaron en los duros trances (la otra es su esposa), le hizo recapacitar a Bielsa, en cuestión de segundos, que se estaba yendo a cumplir el hito de su vida. Sólo lo separaba un largo viaje aéreo, con el temor que les tuvo siempre.

Marchaba, tal la única forma que conoce, habiendo planificado todo con detalle. Así lo hizo desde el sorteo mismo de los grupos de la primera ronda, que vivió por televisión en su casa, lejos de Zurich, donde trajeados dirigentes se relacionaban frívolamente, de forma tan ajena a sus gustos. "No viajé porque no

hubiera ejercido ninguna función. ¿Cuáles fueron mis primeras sensaciones? Comentar, "mirá, nos tocó este", se imaginará, las mismas que usted", se permitió bromear con un periodista días después, aunque en realidad, apenas conoció los cruces comenzó a programar cada partido.

Bielsa desenmascaraba sus rasgos característicos frente al gran episodio. Sorteado en una zona donde "cualquiera de los equipos puede pasar a la etapa siguiente", recurrió a su diálogo con Dios, lo que le hizo entender que existía una suerte de destino en lo que parecía una dificultad. Que el fixture se había dado de esa forma porque el comienzo debía corresponderse con el final ("las cosas deben obtenerse luego de un largo trabajo"). El fútbol que siempre promulgó también merecía rivales de importancia: "Prefiero adversarios que se atrevan, que quieran compartir la iniciativa de juego con nosotros, porque en la presunción de ataque existe la posibilidad de que se desprotejan defensivamente".

Disfrutó que Inglaterra figurase en el segundo compromiso. "Celebro vivir un partido de esa naturaleza. Es lo que soñamos toda la vida", decía sinceramente. Los clásicos siempre lo habían marcado. Dirigiendo a Newell's, donaba el premio por ganarle a Rosario Central; y del Espanyol se marchó con frustración porque no le dejaron vivir la despedida que idealizaba: el derby contra el Barcelona.

A fines de diciembre del 2001, el diario "Marca" había encuestado a los 20 técnicos de la Liga Española, y la Argentina quedó como favorita para ganar el Mundial. Fue una de las tantas compulsas con el mismo resultado. Quizás esto era contraproducente.

Los argentinos nos creímos históricamente los mejores. Y paradójicamente, cada vez que fuimos "banca", terminamos fracasando. ¿Cuánto de tirar presión tenía que casi unánimemente, declarasen favorita a la Selección? "Diez minutos antes de cada

partido da lo mismo ser o no favorito. La sensación es la misma: hay que ganar", respondió con su estilo pragmático, en el que todas las especulaciones apuntan al momento de rodar el juego. Por un principio psicológico, suelen comportarse los grupos a semejanza de sus líderes. En sus producciones y en su manera de comunicarse. Este equipo fue siempre, como dijo Juan Sebastián Verón, "la imagen de lo que pretende el técnico". Antes y después de la identificación de los jugadores.

El periódico español "El País" publicó el 20 de agosto de 2001, un artículo titulado "Milagro argentino". Daba cuenta de un fútbol de excepción, reflejo del técnico, en un país en crisis moral y financiera. "En el Seleccionado nadie pone excusas por la demora de los vuelos, la extensión de los viajes, la altura, las ausencias o las lesiones, ni antes ni después de los partidos", se leía, siendo esto parte del más cabal repertorio del entrenador.

Bielsa llegó al Mundial convocando una lista que traslucía una relación con varios de los jugadores, a quienes comenzó a sentir propios, como siempre ocurre cuando se identifica.

El primero era Verón, punto clave en el funcionamiento, quien había pronosticado que "Bielsa puede ser nuestra arma secreta en el Mundial"; era mutuo el halago: "Jerarquizo y valoro la presencia de Verón. Cualquiera que vea un partido de Argentina, se podrá dar cuenta de su incidencia".

Detrás del jugador que le imponía el sello al conjunto, surgía el gran goleador, del que nunca dejó de confiar Marcelo, pese a encarar la Copa tras su peor temporada en el fútbol italiano, con sólo 6 goles en 34 partidos: Gabriel Batistuta. Aquel a quien Bielsa no le veía condiciones cuando lo conoció en las inferiores y necesitó del convencimiento de Jorge Griffa. Aquel que gracias a su ayuda le ganó a la naturaleza, el mismo que lo definió como "mi primer verdadero entrenador".

Mauricio Pochettino había sido el más joven de "su" Newell's; con él había hablado especialmente en el vestuario del

estadio de San Pablo, tras perder la final de la Libertadores, abrazándolo y viéndolo llorar. A mediados de los '80, Marcelo había viajado junto a Jorge Griffa al pueblo natal de Mauricio, Murphy, y pese a que cuando llegaron el pibe dormía, le rogaron a sus padres que no firmara en Rosario Central.

El llamado a Claudio Caniggia realmente mostraba que se encargaba de ver fútbol de todo el mundo. El "hijo del viento" nunca le dejará de agradecer por la oportunidad, la última de su carrera, cuando relegado al ostracismo de Escocia, Bielsa se le apareció con una edición de video de las jugadas que quería de él. Lo mantuvo en el plantel, pese a una lesión, aún con el riesgo de perder un jugador por toda la Copa (finalmente fue lo que ocurrió, con el agravante de que Caniggia fue expulsado en un partido estando en el banco de suplentes) y darles motivo a quienes lo consideran caprichoso.

Al igual que Bielsa en su época de jugador, Juan Pablo Sorín siempre lee en las concentraciones. El técnico siempre encontró en aquel una notable calidad humana y gran contracción al trabajo. Su predilección quedó al convocarlo más que a ninguno durante los primeros tres años y medio (en 27 de las 30 nóminas hasta la Copa del Mundo).

Con Ariel Ortega, Marcelo se había esmerado especialmente, por tratarse de un jugador poco proclive a recibir recomendaciones. Y a Cristian González lo fue colocando en distintas posiciones, hasta que le encontró el puesto y un gran complemento con Sorín; el Kily terminó siendo uno de los que jugaron más partidos hasta el Mundial.

A Roberto Ayala le había planteado, después de un flojo partido ante Paraguay por las Eliminatorias, que podría perder el puesto, lo que motivó especialmente al jugador. Este terminó siendo el capitán en la parte más importante del ciclo, respetando el orden que representa la votación entre ellos. "El capitán representa a los futbolistas", dice, y arma una elección entre los

jugadores. En la primera convocatoria, frente a Venezuela, fue designado Berizzo; luego, en Amsterdam, fue Batistuta, y en la Copa América, Ayala. Desde allí, Bielsa le ratificó la cinta al líbero del equipo.

Con Diego Simeone ya lo unía un lazo que se prolongaría en el futuro. En uno de los partidos anteriores al Mundial, estando concentrados y con Simeone recién llegado de Italia donde había sido campeón con Lazio, le dijo: "¿Se da cuenta? Ya está, ya pasó todo. Aparte de los hinchas nadie se va a acordar de este título, si ustedes no jugaban a nada". Por búsqueda de excelencia o necesidad de satisfacer su ego, siempre quiso dirigir un equipo que haga historia, y el ex volante coincidía en ese anhelo.

A Claudio López y Javier Zanetti, los desmenuzaba en horas de videos mucho tiempo antes de dirigirlos. A Germán Burgos lo convocaba aún suspendido en España y con una inactividad de meses. A Pablo Cavallero y a Claudio Husaín los había tenido en Vélez. De Hernán Crespo le sorprendía la facilidad para superar trances anímicos. Y de Walter Samuel, su notable madurez.

Así con cada uno, mantenía una relación con todos los jugadores que llevó a Japón, siendo Matías Almeyda, quizás, al lo que lo ligaba lo más fuerte. Almeyda le había pedido, estando concentrados antes de jugar contra Colombia por la clasificación sudamericana, ir a ver a una de sus tías, que se encontraba en muy grave estado.

Marcelo obviamente lo dejó y lo llamó preocupado varias veces, entregando total disposición, lo que el jugador recordará siempre.

Obviamente en Japón siguió sin tutearlos, pero sí sabía, a esa altura, los apodos de todos. Los llamaba, por ejemplo, "Ari" Ortega, "Gaby" Batistuta, "Mauri" Pochettino, "Seba" Verón, más los generalmente utilizados "Pupi" Zanetti, "Cholo"

Simeone, "Juampi" Sorín y "Kily" González. Entre ellos, los jugadores lo apodaban cariñosamente "marote".

Por su entereza, Nelson Vivas fue uno de los jugadores que Bielsa más quiso, pero decidió no llevarlo al Mundial por una lesión en la rodilla. Las lágrimas del defensor, ya en la proximidad del certamen, al comunicarle la decisión, realmente lo afectaron.

No hay nada que perturbe tanto a este entrenador como los problemas cuyas soluciones se encuentran fuera de su control. Las lesiones de los jugadores antes del Mundial, en cadena (la de Vivas fue la primera), que provocaron la sentencia de "mundialitis" por parte de los periodistas italianos, lo desestabilizaban.

El 10 de enero del 2002, la Federación Internacional de la Historia y Estadísticas del Fútbol lo eligió como el mejor técnico de selecciones del mundo del año anterior. Lejos de llegar a sentirse realizado, respondió con su forma: "Creo mucho más en la educación del sufrimiento que en la relajación del éxito, y creo también que la discreción siempre es un ámbito mejor que el protagonismo excesivo".

El presidente Eduardo Duhalde había prometido una Argentina próspera, coincidente con el fin de la recesión, para julio del 2002, casualmente la fecha de la finalización del Mundial. "Cualquier alegría que podamos dar no es sustitutiva de las necesidades del pueblo y de las personas honestas", le respondió de antemano Marcelo Bielsa a cualquiera que especulara con aprovechar su trabajo.

Un día antes de que su equipo debutara le preguntaron simplemente cómo se hallaba:

"La vigilia de cualquier tipo ilusionado, ese es mi estado", señaló. Nuevamente se definía de esa manera ("soy sinónimo de ilusión" había dicho cuatro años atrás).

"Debemos jugar mejor, así no hay garantías. La elaboración del ataque creo que es el punto débil" aseguraba. Pero la

ilusión se desvaneció demasiado rápido, casi como si el castillo armado hubiese sido de arena.

Luego del triunfo sobre Nigeria (conseguido por un gol generado en un córner, a través de una parábola armada en el pizarrón de la semana), advirtió que había perdido el equipo que había conseguido hacía mucho tiempo. Este fue uno de los grandes misterios que dejó el Mundial para la Argentina, tras haber sido, aquella base encontrada y respetada, primer motivo de éxito en la gestión.

El reemplazo a Germán Burgos, Juan Sebastián Verón y Diego Simeone, los termómetros del grupo, demostraban una vez más que para él no hay figura indiscutida. Las lesiones volvieron a surgir, pero esta vez con la mala fortuna de ser minutos antes del arranque (Roberto Ayala, otro de los pilares).

Otros no respondieron físicamente en los partidos, luego del ajetreo que habían sentido en las arduas temporadas. Un arrastre de esfuerzo en sus clubes que no le dejaron realizar a Bielsa la preparación física que pensaba. Más allá de esto, el periodismo que viajó a Japón, sin la posibilidad de ver los entrenamientos, imaginó y dejó escrito que el trabajo dispuesto por Luis María Bonini había sobrepasado a los futbolistas en sus posibilidades (causa ésta del desgaste de Bielsa con otros planteles en su carrera).

La permanente idea del equipo como reflejo del técnico se vio de distintas maneras. Así como Marcelo en su vida, la Selección intentó no ser previsible, pero cayó en la repetición de la fórmula para atacar que le había dado resultados óptimos. Tampoco Bielsa creyó que existían motivos para cambiarla, convencido de que no debían abandonar las formas. No es un técnico que quiera "morir" con el sistema, sino con el estilo. "Sería una actitud demagógica mía si ofrezco cambios en los que no creo. Tengo un estilo y no lo puedo sacrificar", dijo ante los periodistas meses después.

El juego europeo fue otra marcada singularidad, en un conjunto donde su director no parece argentino. Y no deja de ser significativo que una de las causas más importantes de la eliminación haya sido la falta de contundencia, "una característica innata de los futbolistas, donde poco se puede trabajar", más allá de ser el conductor un detallista extremo.

Muchos reclamaban la presencia de Gabriel Batistuta y Hernán Crespo juntos. Tal su pensamiento, luego del tiempo que le había demandado convencer a los jugadores acerca de la manera que les proponía jugar, estaba en juego cierta pérdida de credibilidad. Pero en el entretiempo del partido ante Suecia, se planteó esa posibilidad. Con el resultado sin goles y necesitando Argentina una victoria para no volverse, encaró una disyuntiva, ayudado por las respuestas de todo su grupo. A ellos le preguntó si advertían falta de definición o de elaboración; todos le contestaron lo mismo que él pensaba (elaboración), y entonces se decidió por mandar a la cancha a Verón cerca de Aimar y hacer esperar por Crespo.

Vale recordar aquella frase de una de las personas que más quiere: "Siempre pregunta, pero termina haciendo lo que le parece". Ligado a esto, algunos dijeron que él y sus ayudantes descartaron los consejos de colegas en la preparación. En realidad, Bielsa contestó medio centenar de cartas de profesionales que le hablaban de la recuperación física y del calor, entre otros temas.

Raúl Madero, por ejemplo, terminó renunciando a su cargo de encargado del Departamento Médico de la AFA después del Mundial: "Sólo un par de veces hablé con Bielsa, y no me gustó para nada. Me dio la impresión de que desprecia la medicina. El individualismo, por más genial que sea, no sirve", diría en el diario "La Nación".

Otros no pudieron contactarlo, como Daniel Passarella: "Quería decirle que no se necesitaba tanto el uno contra uno sino

la inventiva de los talentosos. Los europeos sufren mucho el talento de los argentinos". Después de caer ante Inglaterra, en el segundo encuentro, pasó mucho tiempo encerrado en su habitación, una constante a lo largo de los años tras sus derrotas más recordadas. Hace tiempo Jorge Griffa, su gran consejero, reveló que lo que más inquietaba a Marcelo en sus inicios de la dirección técnica, era que en el fútbol puede ganar el que no lo merece y perder el que más ha trabajado. Abatido, de eso les habló Marcelo a los jugadores, después de empatar contra Suecia en el tercer partido, habiendo sido superiores aún lejos de jugar bien, y resignar el gran sueño, quedando afuera de la gran competición en primera ronda

Aquel 12 de junio, el día de la eliminación, aguantó en su camino rumbo al vestuario, con aspecto de un hombre que no sabía bien hacia dónde dirigirse. En su senda, alcanzó a palmear a Claudio López y a Mauricio Pochettino, al mismo que consolaba en el otro gran dolor de su carrera, la final de Copa Libertadores perdida. Y descargó cuando estuvo lejos de los flashes.

Bielsa creció con el dolor a flor de piel que lo acompañó en su costosa formación, llena de pruebas para superar. Con la eliminación consumada, entre los jugadores recayó en una frase que muchas veces sus íntimos le escucharon: "¿Por qué a mí?". Su hermano, Rafael, dueño de notable pluma, escribía antes de la Copa acerca de la voracidad de Marcelo, "una voracidad no saciada de llegar hasta los confines del mundo, hasta su remate, el pináculo", y del temor "de no poder satisfacer ese hambre ya nunca". El técnico de la Selección Nacional consideraba que dos décadas de preparación estaban fundamentadas en ese junio del 2002 que el destino le había impuesto, justamente el "pináculo" de su carrera y sus anhelos.

Quería su gloria, por más que para conseguirla dependiera de otros. Rápidamente lo dominó la decepción, más que cualquier otra pasión, porque enseguida supo que nadie recordaría el camino previo.

Su llanto, desgarrador, contagió al de todos. Los jugadores se sensibilizaron ante la tristeza del técnico que siempre les había ido de frente y en ese momento les estaba hablando luego del gran fracaso de su carrera.

Germán Burgos se levantó y lo abrazó. Burgos, casualmente el arquero que había atajado en las Eliminatorias y fue suplente en Japón. Luego se sumó Ariel Ortega, aquel con el que debió hacer excepciones en el trato. A ambos, sin saberlo, los unía un fuerte cariño.

A veces se necesitan de las caídas para aprender a querer y a valorar. Y el plantel, en forma unánime, lo elogió a la vuelta de Japón. Ninguno lo criticó, todos mencionaron que Marcelo había vivido para este Mundial y que no se merecía un final así.»

Algunos periodistas aprovecharon que estaba bien elevado para dejarlo caer con suma frialdad. En lo futbolístico, más allá de que antes pedían atacar siempre, con el resultado puesto, criticaban que la Selección no había esperado a sus rivales, para dejarlos salir y aprovechar espacios. El "gataflorismo" (inconformismo) argentino.

Con la eliminación el periodismo se dividió. Parte de la prensa armó un desprestigio total (al punto de decir Fernando Niembro "Bielsa es un incompetente"), con la misión de imponer un técnico más abierto a sus requerimientos e influenciar con sus pareceres. Tan falto de líderes como estamos, los elogios abandonaron el fútbol, también porque los buenos rendimientos se habían limitado a los partidos anteriores al Mundial. Y pasaron a la ética, su honestidad, la preparación cultural (lejana a la media del ambiente) y su coherencia.

Hasta en la relación con los periodistas, el equipo fue la imagen suya. La Selección fue elegida la de peor trato a la prensa en el Mundial. "Me parece bien si piensan que su trabajo se limita al campo de juego", puntualizó. Para aquella nominación, pocos saben que preponderó la negativa de Bielsa de acceder a un par de preguntas, apenas después de terminado uno de los partidos, de los periodistas de la empresa que tenía los derechos de televisación de la Copa.

En las cuestiones del juego, el equipo pareció repetirse demasiado en su manera de atacar. Cualquiera que conozca a Bielsa, habrá estado seguro en pleno Mundial, de que no iba a cambiar su libreto. De hecho le elogió al plantel ser fiel al estilo. En los momentos más traumáticos, se empecina en reforzar sus convicciones. Así fue su final en México, donde su hermano le aconsejó que "como no se puede contrariar al viento, hay que entibiar el espíritu de combate".

Esclavo de sus palabras, pero sobre todo de su pragmatismo, el de Bielsa fue un rutilante fracaso en el Mundial. "Los momentos de mi vida en los que yo he crecido tienen que ver con los fracasos, que son formativos", asegura. Sería lógico pensar que no estaba preparado para volver a atravesar uno, aunque él dice que un entrenador no puede menos que prepararse constantemente para recibir golpes.

En una charla ya citada que dio ante los alumnos del secundario donde él estudió, les dijo: "No permitan que el fracaso les deteriore la autoestima. Con la victoria, el mensaje de admiración es muy confuso, estimula demasiado el amor hacia uno mismo y eso deforma mucho. Y con la derrota sucede todo lo contrario. Hay una tendencia morbosa a desprestigiarte, a ofenderte, sólo porque perdiste. En cualquier tarea se puede ganar o perder, lo importante es la nobleza de los recursos utilizados. Lo importante es el tránsito, la dignidad con que se recorre el cami-

no en la búsqueda del objetivo. Lo otro es cuento para vendernos una realidad que no es tal".

La noche de la tristeza, mientras los futbolistas no podían ni querían dormir, les habló de eso, ya más consciente. La desobediencia del fútbol con aquellos que trabajaron más y mejor, la tranquilidad de conciencia y el agradecimiento por la entrega fueron sus temas.

Se había predispuesto toda la vida para una competencia deportiva de este calibre. Y en los últimos tiempos se había dado cuenta. Aunque con resultado inverso para un hombre que siempre piensa en ganar, el Mundial transcurrió casi como un resumen de su existencia.

Por empezar, un contexto y un equipo que casi nada tuvieron de argentinos. La planificación, el destino. Los clásicos, a partir del enfrentamiento contra Inglaterra. Incluso Newell's, porque muchos hinchas fueron a apoyarlo y lo conmocionaron, tanto en el aeropuerto como en el campo, donde obviamente se recluyó a la vuelta, tratando de desentrañar algo que lo atormenta cuando no llega al logro: el error que quedó en el camino previo.

Públicamente se arrepintió, tiempo después, de haber reemplazado a Verón frente a Inglaterra; entendió que a la Selección "le faltó frescura", y reconoció que su peor error se tradujo en que el equipo encontró su mejor versión tarde. En mayo del 2003 diría que de repetir la experiencia, "lo único que cambiaría es acelerar los riesgos de puesta a punto de un jugador que no está al ciento por ciento de sus condiciones físicas, para que llegue en la forma ideal o para que quede en el camino", sin importarle las críticas que recibió en torno a la preparación física.

El resumen de su vida reflejado en el Mundial también incluyó su desprecio a los políticos y su nula relación con los dirigentes (nunca atendió a Grondona en Japón). Y una relación con los futbolistas forjada a través de un convencimiento que le

cuesta lograr, la falta de intocables y el invariable reconocimiento final.

El plantel fue imagen suya. Al punto de que les ponderó condiciones que él está orgulloso de portar: tolerancia ante las críticas, no reclamar públicamente por lo económico, no plantear excusas y guardar bajo perfil, generando que sólo se hable de fútbol.

También resurgieron sus mortificaciones y su sufrimiento cuando se ve tratado en el fracaso.

Y por último, con la derrota, Bielsa mostró frente a los jugadores su intenso estado emocional, el más puro, el que siempre escondió.

SEGUNDO CICLO, RENUNCIA Y CHILE

... "¿A QUIÉN LE AMARGA UN DULCE?"

Cuando llegó del Mundial, hablando entre hermanos, a Marcelo se le escapó que "el resto de mi vida, cuando un color o un sabor me hagan acordar a Japón, la herida va a sangrar". La comodidad que había sentido en una tierra de costumbres tan alejadas a las de su nación, no evitaron que la desgracia dejara huella. El filósofo René Descartes escribió hace siglos en *Las pasiones del alma*: "Cuando hemos unido alguna vez algún acto corporal con algún pensamiento, ya nunca se nos deja de presentar uno sin el otro". Todavía Bielsa estaba brutalmente decaído cuando dijo aquello. Todavía no había atendido el llamado que lo reavivó, más allá de que los dirigentes de la Federación Mexicana lo habían buscado para ofrecerle un puesto de coordinador general en el Seleccionado de fútbol de ese país. Casualmente México, el lugar en el cual encontró el modo de no relacionar la felicidad únicamente con el éxito. El llamado que primero lo sorprendió y luego lo reavivó fue nada menos que el de Julio Grondona, quien lo invitó a reunirse, archivando su rencor por el técnico que ni siquiera lo había saludado en Naraha, Japón, y que le había levantado la voz en

Alemania reclamándole que cumpliera con lo prometido. Grondona le ofreció renovar el contrato.

Demostrar confianza a un técnico luego de un fracaso deportivo, le permitía a Grondona ubicarse en un pedestal del que puede vanagloriarse: ser un dirigente que no se mide por el exitismo. Por primera vez en su trayectoria de 23 años, le daba una segunda oportunidad a un entrenador que no había sacado campeón a la Argentina.

Además, tras la deserción de José Pekerman, la continuidad de Marcelo era la última opción que tenía Grondona antes de tener que inclinarse, irremediablemente, a llamar a su enconado Carlos Bianchi (nuevamente ligado a la carrera de Bielsa), primero en las encuestas entre los argentinos, ya sea hinchas, periodistas o dirigentes. Y de esta manera podía estirar las cuotas de la cuantiosa deuda que había quedado.

Bielsa aceptó la propuesta, más allá de que no siguiera Pekerman, quien lo había llevado al cargo soñado, porque éste fue justamente el primero en sugerirle a Grondona la prolongación del trabajo del Loco.

Pekerman y Bielsa nunca tuvieron una relación idílica, pero sí respeto mutuo para no sobrepasarse, basados en rasgos similares, como la discreción y el "amateurismo".

Marcelo dice entre sus íntimos que "sólo quiero tratar con gente noble" y ese atributo encuentra en su colega. Ambos ya se habían reunido el domingo 7 de julio y José ya le había comentado su decisión de no continuar, además de manifestarle que no quería que él siguiese el mismo camino.

El cónclave con Julio Grondona para la renovación fue el domingo 21 de julio, cuarenta días después de la eliminación en primera ronda y nada menos que en el cumpleaños 47 de Bielsa. Marcelo niega haber implorado por revancha en medio del llanto en Japón:

"Sería un acto muy egoísta. No es eso lo que me

impulsa a seguir". Pero fue el crédito extendido para poder desquitarse lo que unieron su desazón y sus renovadas expectativas. Fueron mayoría las voces que se alzaron en contra de su continuidad. Nada menos que Diego Maradona volvió a dispararle: "Carlos Bianchi debía ser el técnico de la Selección. Era el indicado, pero Julio Grondona se mandó la estupidez de bancar a Bielsa". Anteriormente, Roberto Perfumo había escrito en su columna tradicional en el diario "Ole": "Marcelo cree mucho más en la teoría que en el olfato. Debe empezar a incluir el misterio, no hacer todo para desentrañarlo". ¿Cómo alcanzarlo, si hablamos de una persona que vivió siempre restándole chances a la suerte y de un técnico que se describe sin intuición?

El segundo ciclo resultó, naturalmente, una continuidad del final del primero. La eliminación temprana en Corea-Japón fue el trauma con el que tuvo que lidiar a diario. Los medios de mayor difusión estaban en su contra (¿porque no les concedía una exclusiva) y la opinión pública era en gran porcentaje negativa a su continuidad en el cargo. El 19 de mayo de 2003, en una conferencia de prensa que duró tres horas y media, definió su situación: "Estoy luchando en este tembladeral en el que me encuentro".

Aquellos contactos con la prensa fueron generalmente interesantes, desde la posición más visceral que asumió. "No hay método más preciso para educar que los medios de comunicación. Yo me rebelo contra los mensajes que se envían", los criticó.

Sobre el trato dispensado por el público, contestó a su manera: "A mí la gente nunca me tuvo afecto y ni siquiera quiero que me quieran. En realidad, sí me interesaría, pero sería una cuestión de carisma que yo no tengo. Claro que me gustaría, ¿a quién le amarga un dulce?".

Sus colaboradores más directos estuvieron más de un mes sin salir de sus casas después del Mundial. Él, obviamente, también.

Y fue desagradable para ellos tener que volver a Japón para jugar el primer amistoso del segundo ciclo.

En el encuentro que abrió las Eliminatorias, en septiembre de 2003, ante Chile, los bancos de suplentes del estadio Monumental fueron adelantados varios metros. La intención era atenuar los insultos del público, que igualmente llegaron. Ese día, finalizado el partido, ingresó al campo de juego para palmear a cada jugador, para alentarlos pese a no haber ganado, algo que había hecho sólo en la eliminación en el Mundial.

A una frase de Grondona sobre Carlos Bilardo ("es una buena alternativa si pasa algo con Bielsa"), Marcelo contestó: "Sus palabras no le agregan más inestabilidad a una situación como la mía". Luego hizo hincapié en que él no pidió que le renovaran el compromiso: "Sólo acepté un ofrecimiento. Lo agradezco, lo celebro, lo valoro y para mí se trató del mayor éxito de mi carrera deportiva porque ha sido un reconocimiento en mi fracaso".

Bielsa trató de no mostrarse omnipotente y rígido, aunque sabía que eran definiciones ya instaladas sobre sus formas. Vivió con la carga de la frustración y la resistencia: "Pensaba que mi moderación con los triunfos me la iban a devolver en el dolor, pero no, a uno lo terminan de masacrar. Ya aprendí a ser moderado en el éxito y sólido en el fracaso", se sinceró.

Como si fuera poco, seguía luchando contra la negativa de los clubes europeos para ceder a los jugadores, razón por la cual llegó a negarse a dirigir el Torneo Preolímpico, a comienzos de 2004. Iba a dirigir Hugo Tocalli, pero Bielsa dio marcha atrás. Terminó siendo una decisión acertada: el Preolímpico fue su primer torneo ganado y el tobogán al oro olímpico.

En aquel certamen no pudo encontrar, así como en el Mundial, la mejor forma de algunos jugadores (Tévez, Delgado, Lucho González), pero potenció lo colectivo. Su balance terminó siendo un pedido: "Se formó un grupo humano muy fuerte,

bien preparado en lo físico. Terminamos sin lesionados dentro de lo antinatural que es jugar 7 partidos en 17 días. Esto debería ser considerado. La creación es contradictoria sin energías. El fútbol necesita de desplazamientos y de la oxigenación de las ideas. Jugando cada dos días no se puede".

El título no llegó a protegerlo de la resistencia popular. Hasta se había creado una página web pidiendo firmas para que lo echaran. Así viajó a Perú para afrontar la Copa América. Y con la ausencia de varios futbolistas: Aimar, Riquelme (ambos con problemas de pubialgia), Samuel (habría discutido con él), Crespo y Verón (los dos mal físicamente). Por entonces uno de sus íntimos describió la situación: "Va a remar todo lo que pueda".

Más allá de la dolorosa derrota por penales en la final frente a Brasil (previo empate agónico de Adriano que llevó a Bielsa a definir: "Vi 50 veces la jugada, hay cosas del fútbol que son de Dios"), la Copa América sí sirvió para recuperar posiciones. Con los jugadores afianzó lazos, no los dejó ir al vestuario mientras los brasileños recibían las medallas y se encargó de otra arenga de despedida, en el vestuario y al igual que en Japón, con todos llorando.

Convocó a la mayoría de ellos a los Juegos Olímpicos, donde obtuvo, el 28 de agosto de 2004, la medalla de oro (logro que se le negaba a la Argentina en todos los deportes desde hacía 52 años). La campaña fue inmejorable: repitió en todos los partidos el equipo ("hoy se atribuye sabiduría al técnico que cambia, no es así, es una de sus frases), que ganó los seis partidos, convirtió 17 goles y no recibió ninguno, y tuvo ratos de muy buen fútbol.

El equipo subcampeón de América y ganador del oro olímpico fue más "popular". Bielsa reconocería, a la vuelta de Atenas, que el estilo del conjunto que clasificó al Mundial '02 era "más directo", pero aseguraba que el cambio no se había

dado por él sino por las características de los jugadores. Y que él siempre llamó a los mejores de cada momento. Es decir, no es que antes prefería el estilo de Simeone, Verón y el Piojo López, y luego pasó a elegir el de Lucho González, D'Alessandro y Tévez, sino que las convocatorias siempre tuvieron que ver con las actualidades: "Yo cito a los mejores, no a los que encajan con mi sensibilidad, y los mejores juegan de acuerdo a sus particularidades", eran sus palabras.

"Ganar los Juegos Olímpicos me dio mucha felicidad, pero no en el sentido en que el periodismo me lo pregunta. Me dio felicidad por lo deportivo, no por vanidad. Sí porque hay una porción del pueblo argentino que se alegra cuando el fútbol gana", resumió. En el festejo se abrazó al Kily González, con quien lo une una relación especial: "Me acordé del abrazo triste de la Copa América entre dos tipos que se habían roto el alma. Dios nos dio esta posibilidad, por fin logramos algo juntos", declaró el jugador.

Bielsa se sumó al festejo en el podio sólo para la foto de rigor, no se lo vio exultante como sí estuvo en el vestuario del 3-1 a Perú por Eliminatorias, el 4 de septiembre. Seguramente, en ese momento, ya tenía meditado lo que haría diez días después. El 14 de septiembre, el hombre de las decisiones sorpresivas fue fiel a su esencia: renunció. Nadie lo imaginaba, ni siquiera los integrantes del cuerpo técnico. Menos todavía los jugadores, la mayoría de los cuales siguió la conferencia de prensa por Internet, incluso comunicados entre ellos. A la tarde Bielsa les había adelantado la noticia por teléfono sólo a los capitanes de su ciclo (Diego Simeone, Javier Zanetti y Roberto Ayala).

"Noté que ya no tenía la energía necesaria para absorber las variadas tareas que demanda la Selección", fue su escueta explicación. Y apenas agregó frases como "Ayala me puede reclamar: 'yo aguanté los 90 minutos lesionado en la final de los Juegos y

usted ahora se corre'. Las dos cosas son malas, elegí la menos grave".

Cuando la periodista Graciana Oliveri le hizo notar que sus declaraciones eran "demasiado pobres" para explicar lo que sería tema de tapa de los diarios de todo el mundo, sonrió -no era común que lo hiciera- y le propuso: "Maquíllelo, o ponga 'Grave enfermedad le quita energías al técnico de la Selección'. Yo compraría ese diario, aunque supongo que mi madre se preocuparía".

La exposición, las críticas populares y mediáticas que habían dejado su huella, y una relación con Grondona que AO era tal fueron causas suficientemente importantes como para tomar la decisión, aun atravesando el momento más victorioso de seis años de gestión. Esto, inclusive, le permitía imaginar que sobrevendrían nuevos reveses.

En julio su hermano Rafael había contado en la revista "Veintitrés": "De repente noté que mi hijo mayor había perdido el gusto por la pelota. Le pregunté qué le pasaba y me contestó: 'Mira papá, hace seis años que me vengo bancando que me jodan con el tío, yo veo una pelota y la quiero pinchar'. Recuerdo el día de la eliminación del Mundial, el mal humor de la gente para con nosotros. Uno lo resiste, pero no sabe cómo puede impactar en un niño".

Pero si esas frases ya eran significativas, más todavía lo habían sido estas otras: "Las cosas que nos hacen felices a todos, Marcelo no las tiene. Nosotros fuimos educados para saber cómo se hace para llegar a un sitio importante, pero a lo mejor lo que no sabemos del todo es cómo se hace para ser feliz una vez que llegaste a ese lugar".

Un mes después de su renuncia, Grondona ventiló que había algo de Bielsa que le molestaba: "El predio de Ezeiza me remontaba a la ley de alquileres de la época de Perón, en la que el inquilino tenía más derechos que el propietario. Me dolía ser

el dueño de casa y no poder hacer nada". Cuando está rodeado de la más estricta intimidad, el presidente de la AFA reconoce que "fue el mejor técnico que tuvimos, pero era imposible hablar con él".

Siguieron tres años lejos de la actividad y con algunas de sus costumbres inalterables: pasar días en el campo, ver fútbol, salir a trotar y rechazar pedidos de entrevistas periodísticas. Lo que también hizo fue descartar ofertas para volver: lo quisieron River, Boca (dos veces, en la primera llamó a Diego Maradona para decirle que no aceptaría), Racing, Independiente, San Lorenzo, Estudiantes y Vélez, los clubes de mayor poderío del fútbol argentino; más otras propuestas del fútbol mexicano (incluida la Selección) y algunos seleccionados de segundo y tercer orden.

Cuando tiempo después le preguntaron qué hizo en ese tiempo, respondió: "Le contesto con una redundancia: no trabajé. En realidad, lo que hice corresponde a mi ámbito privado, no creo que interese". Más tiempo con su familia y desligarse de las presiones que sentía en la Selección argentina le hicieron recuperar plenitud y motivación.

En lo laboral no perdió actualidad. Armó un nuevo grupo para la edición de videos de fútbol, con el que trabajó luego del Mundial, separando todas las jugadas defensivas y ofensivas

que le interesaban.

A finales de 2006 se había reunido con los dirigentes de la Federación colombiana y a principios de 2007 había quedado cerca de arreglar en Porto, de Portugal. Pero la oferta que lo llevó a recuperar aquellas energías perdidas en su país fue la de Harold Mayne-Nicholls, presidente de la Asociación Nacional de Futbolistas Profesional de Chile. Lo pensó al detalle, sorprendió a los dirigentes cuando en las reuniones les mostró estadísticas que ellos no tenían, se interesó profundamente por cómo iban a poder pagarle el contrato y,

motivado "en el material humano y la estructura que podría ofrecérsele" (tal sus palabras), volvió al ruedo.

Ya no tenía los asistentes de siempre: Claudio Vivas coordinaba las divisiones juveniles de Estudiantes de la Plata y Javier Torrente dirigía a Cerro Porteño de Paraguay. Sí continuó con el preparador físico Luis Bonini, con quien se conoce desde hace más de 15 años, pero para los funciones de ayudantes de campo recurrió a un ex dirigido: Eduardo Berizzo (a quien tuvo en las inferiores y en la primera de Newell's, en el Atlas mexicano y la Selección argentina).

El camino que desanda en la Roja es el de hacer jugar como potencia a un Seleccionado que no lo es, regenerar la confianza del público local sobre sus jugadores, convencerlos a éstos con su prédica y, objetivo primario, conducir al Seleccionado a la clasificación al Mundial de Sudáfrica 2010. Si podrá, por ahora simplemente lo sabe el tiempo, gran médico y mejor juez.

Lo que nunca abandonará es la búsqueda de la excelencia que heredó de su madre. Jamás perderá su interés por ir siempre más allá de lo normal. Como lo definió su hermano, cuando escribió acerca de su deseo de "llegar hasta los confines del mundo", y de la posibilidad de "ya no satisfacer ese hambre nunca".

BIBLIOGRAFÍA

"La vida en rojo y negro". Autores: Rafael Bielsa y Eduardo Van der Kooy, Editora Catálogos, Buenos Aires, 1999. "

Las pasiones del alma". Autor: Rene Descartes, 1649. Impreso en Argentina por Editorial Aguilar en 1965. "

Don Julio. Grondona, el dueño de la pelota". Autor: Ariel Borenstein. Editorial Planeta, año 2001, Buenos Aires, Argentina. "

Los siete locos". Autor: Roberto Arlt. Editorial Losada, año 1958, Buenos Aires, Argentina. "

Liderazgo". Autores: Juan Mateo y Jorge Valdano. Ediciones El País, año 1999. Madrid, España. "

Ernesto Che Guevara. La revolución. Escritos esenciales". Autor: Marcos Mayer. Editorial Taurus, año 1996. Buenos Aires, Argentina.

"Argentina. Una luz de almacén". Autor: Rafael Bielsa. Editorial Sudamericana, año 2001. Buenos Aires, Argentina.

FUENTES

Diarios "Clarín", "La Nación", "Ole" y "Página 12", de Buenos Aires.

Diarios "La Capital", de Rosario.

Diarios "Sport", "El Mundo Deportivo", "ABC Cataluña", "El Periódico", "El País" y "As", de España.

Revistas "El Gráfico", "Sólo Fútbol" y "Noticias".

Revista "Don Balón", de España.

ÍNDICE

Prólogo	7
DESTINO	
"No hemos hecho nada de nada"	9
FÚTBOL	
"Pretendo que mis jugadores se argentinicen para gambetear y se europeicen para desmarcarse"	15
NEWELL'S	
"Mis mayores alegrías"	25
MÉXICO	
"Me volví más reflexivo y menos evidente"	35
VÉLEZ	
"¿Y éste qué me quiere enseñar?"	41
ESPANYOL	
"Pensé que Pekerman quería solicitarme algún video" ..	47
MÍSTICA	
"Este equipo merecen que hablen de su garra y de su fiereza"	51

174 ARIEL E. SENOSIAIN

SU TRABAJO EN DIVISIONES INFERIORES
"El chico está preparado para dirigir en Primera" 63

SU TRANSGRESIÓN
"La mía es una familia de profesionales"..... 69

RELACIÓN CON LOS JUGADORES
"Había que estar preparado para bancar a Bielsa".. 77

PERSONAJES
Bianchi, Riquelme, Menotti, Valdano, Griffa
Batistuta, Ortega 93

SU VIDA
"Cuando sos tan perfeccionista, vas perdiendo lo humano" 105

EL INCONFORMISMO ARGENTINO
"Mi decisión siempre conspirará contra algo de todo lo que se pide".... 117

LA FAMA
"Asumí ser un hombre público, pero me cuesta demasiado procesar sus consecuencias"
129

LA SELECCIÓN ARGENTINA
"Nos llevó un año y medio entender al técnico"

EL MUNDIAL
"Es lo que soñamos toda la vida" 147

SEGUNDO CICLO, RENUNCIA Y CHILE "¿A quién le amarga un dulce?" 161

Bibliografía 171

Este libro se terminó de imprimir, en el mes de septiembre de 2009,
en Mitre & Salvay, Heredia 2952, Sarandí,
Provincia de Buenos Aires, República Argentina.